

Manuel Rojas

5
+1

() Relatos

Manuel Rojas

5

+1

() Relatos

REGISTRO 2021-A-4885

La Ascendencia

(Versión definitiva: diciembre de 2023)

A los siete años de edad, mi abuela fue sacada del colegio y entregada a una familia para que la criaran. Las razones de aquello nunca las supe, pero podría especular al respecto: mi abuela tenía varias hermanas, todas muy bonitas y de finos rasgos. Mi abuela era fea, chica, regordeta, muy morena y además media sorda.

A mi abuela, como dije, la retiraron de la escuela y la mandaron a criar con otra familia y allá, en vez de cuidarla y quererla y educarla y protegerla, la pusieron en régimen de servidumbre: desde el día en el cual llegó y todos los días, mi abuela hubo de lavarle la ropa a la familia aquella, zurcirle la ropa, plancharle la ropa, ir a comprarles la comida, prepararles la comida, servirles la comida y lavar los platos y ordenar y limpiar la casa y fregar los pisos y el baño, todo eso todo el día todos los días y por las noches, cuando estaba toda la familia ya calentita en sus camas, mi abuela, agotadísima, se iba a dormir sobre una colcha dura y con sólo una frazada como cobertor, dentro de un cuchitril en el fondo del patio, sucucho lleno de agujeros a través de los cuales se colaba el viento y sin luz eléctrica ni ventanas y con un techo de lata lleno de agujeros por donde igualmente entraba el frío y la lluvia, y durante el invierno cuando el viento rugía y los relámpagos estallaban, mi abuela tiritaba de frío y también por su infinita soledad, y por un indescriptible e inmenso terror...

Mi abuela desayunaba y almorzaba y cenaba sola en ese cuartucho y para ella no había segundo plato ni más pan ni mucho menos postre y para ella eran las porciones más pequeñas y tampoco había repetición pero eso sí, nunca la golpearon y por eso ella no escapó de aquel lugar: “al menos tenía algo de comida asegurada”, nos decía triste mi abuela...

Ella nunca tuvo amigos ni amigas y jamás supo -desde que la “regalaron” (o la vendieron, quién sabe)- lo que era un día sin trabajar: los miembros de aquella familia, cuando llegaba el verano, se tomaban las vacaciones por turnos y a causa de eso mi abuela siempre estuvo saturada de labores.

Las navidades y años nuevos, luego de que mi abuela servía la cena, la enviaban a su cuartucho. Según nos contaba mi abuela, incluso durante el tiempo en el cual vivió con su familia verdadera, ella jamás recibió un regalo de cumpleaños ni mucho menos tuvo una celebración dada en su honor.

Desconocía el significado de un regalo de navidad y el de un abrazo de año nuevo: llena de soledad y tristeza, sola desde su cuartucho, escuchaba la algarabía de las fiestas de la navidad y del año nuevo. Ella tampoco recordaba cómo se sentía reír y sonreír.

Las palabras “felicidad” y “alegría”, para mi abuela, no tenían ningún sentido, pero mi abuela tampoco era consciente de que las palabras “felicidad” y “alegría”, para ella, no tenían sentido.

Así, bajo una humillante esclavitud (¿conoces la palabra “criada”?), transcurrió la vida de mi abuela desde los siete a los dieciséis años. A los dieciséis, por vez primera y gracias a una razón que ella jamás nos supo explicar, le dieron libre el día domingo.

Al principio no sabía qué hacer y se quedaba el domingo entero tendida en su camastro, mirando las imágenes de las fotonovelas por entrega que venían en los periódicos de ese tiempo. Observaba los recuadros y fotos y viñetas e intentaba descifrar los textos que en ellas había, tratando de recordar las lecciones que tuvo en sus pocos años de escuela.

Luego de unos meses pasando su día domingo libre de aquel modo, se aventuró a salir a un parque cercano. Caminaba y se sentaba en alguna banca a ver a l@s niñ@s jugando o paseando con sus familias, y a las palomas revoloteando mientras ella seguía el curso de las nubes avanzando en el cielo del mediodía.

Sentada en el mismo banco, almorzaba los panes sin queso ni cecina ni mantequilla que le daban antes de salir; y veía a las alegres familias sentadas sobre una manta, riendo y comiendo ricos alimentos en enormes fuentes de ensalada, bebiendo jugos naturales en inmensos jarros, mascando descomunales sándwiches y coloreadas frutas y aromáticos trozos de carne asada y frita...

Al atardecer, y ya siempre sentada en el mismo banco todos los domingos, contemplaba a las parejas que caminaban tomadas del brazo, y se entretenía también mirando a un grupo de personas quienes, con guitarras y panderos, cantaban y hablaban sobre un señor que se llamaba Jesús y que murió crucificado por culpa de tanta gente que era malas pescadoras.

Ella no comprendió por qué alguien podría ser asesinado sólo porque había gente que no sabía pescar. Además, ese señor don Jesús era inmortal!, según decía un hombre quien, adelantado al grupo y con un libro en su mano, hablaba también de los malos pescadores.

— ¡Jesús es inmortal, él vive para siempre y no puede morir! -explica el tipo a todo pulmón-.

Fue entonces más grande la confusión de mi abuela: “¿cómo alguien que es inmortal, termina muerto clavado en una cruz?”.

Además, ese caballero don Jesús que era inmortal y que murió clavado en una cruz “¡Volvió a vivir y regala vida después de que uno muera si usted, alma que escucha, cree que alguien que es inmortal murió pero que luego vivió, y él murió por usted, porque usted es pescador y pescadora!”, continuaba diciendo el tipo con el libro en la mano. “¿Murió por mí? ¡Pero si yo no le he pedido nada!, yo ni conozco a ese caballero... y además que yo no sé pescar”, se decía confusa mi abuela.

Llena de preguntas que dada su ignorancia no lograba tan siquiera plantearse, regresó a la casa. Y así estuvo toda la semana, intentando hilar tales cuestionamientos inexplicables para ella.

El domingo siguiente pasó su día libre en el parque y todo fue casi igual, pero esta vez, además de la historia del señor don Jesús, las personas con las guitarras y panderos comenzaron a hablar de un lugar lleno de un fuego que nunca se extinguía, y al cuál llegarían todas las personas que hubieran sido malas pescadoras: estarían por toda la eternidad quemándose únicamente por ser malos pescadores y pescadoras.

Mi abuela pensó en la feria en donde tenía que comprar la comida, las frutas y verduras y pescado y se imaginó que la vendedora de merluza y pejerreyes y jurel, sólo por el hecho de vender lo que vendía, quizá estaría también condenada a pasar entre las llamas un tiempo que jamás acabaría. “¿No sería ése el castigo por matar a los pescaditos, o por venderlos?”, pensaba intrigada mi abuela.

Se fueron las personas cantando con sus guitarras y panderos, mi abuela les vio alejarse y regresó a la casa muy confundida.

Al otro día, y al siguiente y durante toda esa semana, además de lo increíblemente extraño que le parecía todo aquello de la inmortalidad de ese señor don Jesús, ella no dejó de pensar en la feriante quemándose por los siglos de los siglos y por más que pensaba y pensaba mientras lavaba la ropa y los platos y compraba los pescados y preparaba la comida y barría y trapeaba y enceraba, mi abuela no llegó a nada que tranquilizara su mente.

El domingo siguiente, más enredo le causó la historia de un ángel que había sido el más hermoso de todos los ángeles y que quiso irse de su casa, dispuesto a hacer su propia vida. Eso no le gustó para nada a su padre, quien también era el papá del señor al que habían crucificado, “serán hermanos”, pensó mi abuela.

El padre entonces arrojó al ángel a vivir en ese fuego eterno del invierno -así se llamaba aquel lugar, nombre que a mi abuela le pareció muy extraño pues en el invierno hace frío y llueve-...

Resulta que ese mismo caballero que era el papá del ángel y de don Jesús, había cultivado un enorme y hermoso huerto con flores y plantas y legumbres y verduras, y con árboles llenos de frutas.

El dueño del huerto llevó a vivir a su gran jardín a un hombre y a una mujer que eran muy pobres, tan pobres que ni siquiera tenían ropa. Un día, una serpiente parlanchina vio a la mujer aquella y a la serpiente le dio pena que la mujer fuese tan pobre, así que le convidó una manzana. La mujer llamó al hombre y entre los tres, compartieron alegremente la deliciosa frutita, pero el dueño del jardín se enteró y se enojó y los anduvo buscando enfurecido por todo el huerto junto a otros ángeles con espadas, y los buscó hasta que los encontró y los echó a la calle, pero antes de arrojarlos a la calle les deseó puros malos deseos, que ojala la mujer tuviera muchos dolores al quedar embarazada y que al hombre le costara encontrar trabajo y que le fuera mal cuando trabajara, y que ojala tuviera que trabajar hasta muy tarde y quedara muy cansado y que transpirara mucho...

“¿Cómo pueden haber serpientes que hablan? -se preguntaba mi abuela-. Además, si este caballero invita a unas personas que son tan pobres a vivir a su huerto gigantesco lleno de comida, ¿cómo se va a enojar porque le saquen una manzanita? ¡Y más encima los echó a la calle gritándoles todas esas cosas terribles!”.

— Si usted quiere conocer estos misterios, venga, venga -dijo el hombre que hablaba, y como mi abuela quería conocer esos misterios, se levantó de la banca y se armó de valor y comenzó a caminar tímidamente hacia ellos. Al fin entendería todo.

El hombre que hablaba la vio de lejos, y le gritaba a mi abuela:

— ¡Venga! ¡Venga, hermana, venga!

Entonces mi abuela siguió caminando tímidamente hacia las personas, y el hombre le siguió gritando:

— ¡Venga! ¡Venga a Dios! ¡Adiós, hermana, adiós, adiós!

A mi abuela le dio mucha vergüenza que no quisieran que ella se acercara más así que se alejó corriendo y se quedó mirándoles escondida tras un arbusto.

Mi abuela regresaba a la casa imaginándose al caballero dueño del jardín, y lo veía como un borracho que había tenido dos hijos, que su mujer lo abandonó o se murió y que uno de sus hijos se había querido ir de la casa para vivir su vida, pero eso no le gustó al padre así que lanzó a ese hijo al invierno para quemarse eternamente junto a todos los que vendían pescado o que no sabían pescar y que ya estaban muertos; después, este caballero permitió que los pescadores que aún vivían mataran a su otro hijo, a ése que era obediente y que no se había marchado del lado de su padre, y lo colgaron de una cruz y el padre no hizo nada para defender a ese hijo que prefirió quedarse con él y no irse a vivir su propia vida...

“El hombre éste ha de haber sido muy remalo”, pensaba enrabada mi abuela.

Ella no comprendía por qué los hombres y mujeres que andaban con panderos y guitarras decían que ese caballero alcohólico dueño del huerto gigante -“Adiós”, le llamaban-, era puro amor y amaba a toda la gente y a quienes más amaba era a los pescadores, y que todas las personas que creyeran esa historia vivirían en el mismo jardín del cual él había echado a la mujer y al hombre pobres... “¡Ese jardín se llama “Valparaíso”, y está en el cielo!”, decían aquellas gentes... entonces, mi abuela miraba hacia la bóveda celeste y se preguntaba en dónde, entre las estrellas que poco a poco empezaban a brillar, se encontraría aquel tan extraño lugar...

La confusión era demasiada y todo eso de lo cual las personas hablaban y cantaban con guitarras y panderos en el parque, comenzó a afectarle: tenía pesadillas ya no sólo por el frío y el viento y los relámpagos y la soledad y el terror, sino ahora también por los ángeles que a veces aparecían en las fotonovelas de revistas y periódicos de aquella época y se veían tan bonitos, pero mi abuela los imaginaba ahora quemándose junto a miles de pejerreyes y merluzas y jureles y feriantes, y a todos quienes pescaban mal...

Mi abuela siempre andaba hambreada y cuando soñaba solamente tenía pesadillas y en sus pesadillas ella se veía comiendo su miserable almuerzo, y una serpiente parlanchina le ofrecía una manzana pero mi abuela prefería quedarse con hambre antes que comer la frutita y que la echaran de la casa.

Era tanto el embrollo y tantas las pesadillas que a su siguiente domingo libre, luego que las personas ésas dejaran el parque, mi abuela les siguió. Algunas cuadras después vio que cantando y tocando sus guitarras y panderos, se metían en un galpón con grandes puertas, y que tenía una cruz ladeada en el frontis.

Mi abuela entró a ese lugar con la cruz ladeada y vio una banca al lado derecho de las grandes puertas, y se sentó allí. Instantes luego, se sentó junto a ella un joven alto y delgado, de ojos azul claro, de blanca piel y cabello negro y rasgos finos y hermosos, pero de triste mirar, y que tenía los ojos rojos por haber estado llorando mucho.

La Aventura de Pedro Garrido

(Versión definitiva: febrero de 2024)

—No te preocupes por el tamaño, esa weá da más o menos lo mismo, lo que interesa es que, disculpa, dame un momento porfa... ¿Alo?... ¡Francisco! Dime...

— ...

—Sí, tres... ya... ok... claro.... pero no estoy seguro de la edad, según ellas son mayores de dieciocho... de todas maneras más rato vendrán y podré hablar con ellas...

— ...

—¡No me interesa que tengan trece años! ¡Tienen que estar dispuestas a todo!

— ...

—Claro, claro...

— ...

—¿Y ya las mandaste para acá? ¡Perfecto! Te llamó después porque ahora estoy con este chico -cortó y se dirigió nuevamente a él-:

—Disculpa, me dijiste delante que tenías experiencia, eso es muy bueno porque, sorry, disculpa...

—Sí, dale, no hay problema.

—Aló... ¿Ya llegaron las otras?... ¡Ah, cuatro, perfecto!... Ok, Claudia, diles que pasen porfa, gracias -cortó la llamada y se dirigió a él otra vez-.

—Mira, ahora tengo una reunión, me esperas un rato y terminamos de afinar los detalles. Aprovecha de conocer al resto del equipo -terminó diciéndole-.

Pedro Garrido, aficionado actor en teatros pobres, mediocre extra en comerciales de televisión y estudios fotográficos, desafinado cantante de micros y fracasado humorista, se levantó de la silla y salió de la oficina en la cual lo estaban entrevistando. Al cerrar la puerta, ve avanzar por el pasillo a cuatro escolares de segundo o tercero medio, pero sin uniforme ni buzo escolar.

Conversan entre sí alegremente y sonríen al verlo cuando pasan a su lado.

Un infantil perfume lo inunda al paso de ellas, quienes golpean la puerta del productor y la puerta se abre y entran.

Garrido, sonriente, observa unos instantes el resto del lugar.

Frente a él se extiende un pasillo blanco con dos oficinas por un lado, y el tibio y rojo Sol del atardecer en la ciudad entrando por grandes ventanales en la otra muralla. Ve también la ventana de una sala sin puerta al pasillo, iluminada igualmente por la luz natural a través de las ventanas, y al fondo una sala de estar con una mesita de vidrio frente a un sillón café que ya casi había perdido su forma; del otro lado de la mesita hay dos sillones más, uno muy grande y el otro no tanto, ambos negros y apoyados en las paredes de aquella habitación sin puerta.

Pedro Garrido camina hacia la sala de estar y se sienta en el sillón café. Es el departamento número 43, en el cuarto piso.

El edificio se ubica en la concurrida calle San Antonio, un par de cuadras al oriente de la Plaza de Armas de Santiago de Chile.

Famosa por la prostitución que allí se ejerce, es tan sólo una calle común de una ciudad latinoamericana típica llena de putas ricas y putas fomes, flacas u obesas, morenas, blancas, rubias, pelirrojas, negras, viejas, teens, venezolanas y chilenas maduras y gordas que pululan por los alrededores, y también muchas prostitutas que tienen pene.

Decenas de edificios administrativos de color gris contrastan con muchos otros modernos y llenos de ventanas, a los cuales el reflejo del cielo despejado les entrega una tonalidad azul.

En esta calle también hay tiendas de ropa, restoranes, pubs, shoperías y locales de venta de artículos eléctricos, electrónicos y de celulares, y varias farmacias.

El edificio donde está el traidor Pedro Garrido fue construido a mediados del siglo pasado: Su dirección es calle San Antonio 76, y se ubica entre un restaurant de comida peruana y una farmacia.

Dos días después de haber hecho clic en un anuncio, “productora emergente necesita actores y actrices”, Garrido cruzó la puerta del edificio y entró en un amplio y maloliente y pobremente iluminado pasillo. Caminó hasta el fondo en busca del ascensor y lo único que halló fue un papel blanco que decía “malo”, pegado en sus puertas cerradas.

Pedro Garrido miró hacia la escalera y vio otro cartel con una flecha dibujada con plumón verde en una hoja de cuaderno, apuntando hacia arriba.

Dentro de la flecha estaba escrito “Casting dep. 43”.

Pedro Garrido subió cuatro pisos y vio una puerta blanca con el número cuarenta y tres.

Caminó por el pasillo hacia la puerta y vio a un tipo de terno que esperaba por entrar al dep. 43, y mientras caminaba al departamento la puerta se abrió y salió otro tipo de traje y él y el otro que esperaba pasaron apurados junto a Garrido, y bajaron la escalera casi corriendo. Pedro siguió caminando hacia el dep. 43 y antes de que la puerta se cerrara, llegó a ella.

— ¡No cierres! -dijo Garrido y la puerta se abrió y un delgado y alto tipo apareció detrás de la puerta-.

—Pasa -le dijo a Pedro y Pedro entró y el tipo alto asomó la cabeza al pasillo, miró para ambos lados y cerró la puerta.

—¿Cuántas?

—¿Cuántas qué?

—¿Qué quieres?

—Vengo por el casting...

—¡Ahhh! ¡Ja ja ja! Ya, espérame un poco.

Aquel era Juan, el camarógrafo, quien le fue a avisar al productor que un postulante había llegado, y luego acompañó a Pedro Garrido hasta la oficina del productor para ser entrevistado.

Garrido camina muy lento por el pasillo del dep. 43, divagando respecto a su dichosa situación. Llega a la salita y se sienta en el sillón café que ya casi ha perdido su forma; entonces aparece Juan y se sienta en uno de los dos sillones que están frente a él.

Cruzando y descruzando las piernas y mordiéndose las uñas de la mano izquierda mientras con los dedos de la derecha tamborea en el brazo del sillón y mirando de un lado a otro, Juan le pregunta a Pedro Garrido si ya habló con las otras personas del equipo y saca un encendedor y un cigarro de su chaqueta y pone en su boca el cigarro para encenderlo pero no lo prende y se lo quita de la boca y lo guarda en el bolsillo y luego se guarda el encendedor:

—No compadre, aún no he hablado con nadie aparte de ti -le responde sonriendo Garrido-, pero estuve con el productor, ahora está con unas escola

—¡Ah! ¿Ya conociste a las minitas? ¿Y qué tal? ¿Viste a la colorina? Esa mina me gustó ¡La suerte de los actores compadre! Yo quería ser actor pero me pongo muy nervioso cuando estoy en pelota con alguna mina con toda esa gente y las luces y las cámaras y los micrófonos en las cañas ¡Parece que se me achica la weá! ¡Ja ja ja!

— ¡Ja ja ja! ¡Sí, sí, te entiendo! Creo que lo que uno tien

—Me gustaría actuar pero nunca he actuado más de dos o tres minutos porque yo me pongo muy nervioso con toda la gente mirando y por eso yo no puedo actuar más de dos o tres minutos y por eso yo prefiero sostener la cámara y después me pago una scort y con el recuerdo de las escenas me pongo como toro ja ja ja -le dijo Juan casi sin respirar. Guardó silencio mordiéndose las uñas y mirando con los ojos de un lado a otro-.

—¡Ah! ¡Demás que sí! Cuando llegué, pensé que el cast

—Perrito tengo que terminar de editar unas escenas así que te dejo... el sonidista y la maquilladora salieron a comprar una pizza y unas papas fritas y unas bebidas hace rato y ya deben estar por llegar acá somos todos como una familia así que te van a caer súper bien muy muy bien porque acá somos como una familia... ya... más, más rato nos vemos.

Juan se puso de pie y caminó muy rápido hacia una puerta que decía “Cámara y Sonido”, abrió la puerta y entró y cerró la puerta tras él.

Y ahora, con los codos apoyados en las rodillas de sus piernas separadas, y echado el torso hacia adelante, Pedro Garrido sonríe mientras piensa en la suerte de los actores, tener que trabajar de esa manera, y que además les paguen...

Muy relajado y entusiasmado, mira el atardecer a través de los ventanales... Sí: él, Pedro Garrido, realmente está hecho para esta peguita...

El panorama se ve muy pero muy prometedor.

De pie junto al ventanal derecho y mientras Garrido miraba el atardecer y esos pensamientos lo hacían dichoso, tres mulatas de casi metro ochenta entraron al departamento 43 y avanzaron por el pasillo. Eran increíbles: largas piernas caminando sensualmente sobre unos enormes tacones, tremendas caderas y cinturas minúsculas, pechos perfectos... parecían trillizas, *eran* tres diosas trillizas, usaban jeans celestes y poleras escotadas blancas sin mangas, y su hot cabello eran poni tails... sus rostros eran delicados y hermosos.

Entraron a la sala y se sentaron en el sillón grande. Conversaban y reían, dándole a Pedro Garrido algunas miradas de vez en cuando, miradas que Garrido no tomaba en cuenta ya que las chicas no llamaban su atención: él tenía otros asuntos más importantes en los cuales concentrarse, como resolver el asesinato del Primer Ministro y ser ascendido a Jefe del Escuadrón de Investigaciones Especiales... las chicas seguían hablando bajito entre ellas y riendo y mirando a Garrido: ya hace tiempo que Pedro debería ser Jefe del Escuadrón pero su divorcio le había traído problemas con el alcohol, y eso le llevó a matar a varios sospechosos que debían ser capturados vivos...

Pedro representaba magistralmente su papel de actor profesional, pero no le resultaba y las chicas se reían de él.

La verdad es que a Garrido nunca le resultaba nada que tuviese que ver con el arte. Y es que Pedro Garrido era malo en todo lo que hacía, era muy malo, malísimo, y aunque inyectaba mucha pasión y entusiasmo en cada proyecto artístico que intentaba, Garrido carecía absolutamente de talento y lo más terrible es que él nunca se había dado cuenta, y quizá por lástima o vergüenza ajena, tampoco nadie se lo había dicho.

Minutos después, las morenas le empezaron a hablar:

—Oiga -dijo una de ellas entre las risitas de las otras-.

Pedro las miró sonriendo.

—¿Tan solito allá, papi?, venga a sentarse con nosotras...

—¿En ese asiento en el que están ustedes?

—Sí bebé, véngase y nosotras le hacemos un espacio, apretaditos cabemos todos, parcerito...

Pedro Garrido caminó hacia ellas. Se ubicó en una orilla del sillón y trató de no pegar sus ojos en el escote inmenso que estaba a no más de veinte centímetros de su cara.

—¿Usted viene al casting? -preguntó la mina del inmenso escote-.

—Sí... sí, claro -dijo Garrido-.

—¿Es chileno usted?, nosotras somos colombianas -preguntó la que estaba al medio-.

—Sí... soy, soy chileno... -carraspeó nervioso Garrido- ¿Hace cuánto están en Chile?

—Como un mes llevamos acá, conocimos al productor en Colombia y trabajamos con él allá pues, nos llamó y nos contó del proyecto, además nos adelantó los pasajes y pues acá estamos, esperando trabajar -terminó diciendo mientras se enderezaba sentada en el sillón, haciendo resaltar sus enormes senos al momento que clavaba sus ojos en los de Pedro, dándole una sonrisa que lo hizo tragar litros de saliva-.

Se abrió la puerta del productor y salió el productor con las cuatro escolares de civil, quienes pasaron riendo y conversando y saludando a la pasada a Garrido y las trillizas.

—Acérquense, por favor -les dijo el productor a Pedro y a las diosas trillizas-.

Pedro y las colombianas se pusieron de pie y entraron a la oficina sonriendo. Garrido no podía disimular su erección por lo que se puso muy nervioso, pero luego pensó que aquello podría ser un plus, así que se despreocupó.

Garrido y las colombianas se sentaron en los sillones de la oficina del productor. Frotándose las manos, el productor -quien también sería el director del film- les dijo “ya estamos con todo ok, todo listo”, les dijo. “Pero podríamos presentarnos para ir entrando en onda”, añadió sonriendo.

Se presentaros tod@s formalmente y cuando llegó el turno de Pedro, luego de presentarse y carraspear varias veces, se dio cuenta que sería el único actor ¡Qué suerte la suya!

Tres días después, cerca de las diez de la mañana, salen de Santiago en una camioneta *van* rumbo a la Cuarta Región.

Acompañando al chofer, va la maquilladora y otra chica que es estilista, y en la siguiente corrida de asientos, dos sonidistas. Luego, dos corridas de asientos se miran de frente. En una de ellas, junto a la puerta, va sentado el director-productor, a su lado está Juan y luego otro camarógrafo, mientras que las colombianas -con Pedro en medio de ellas- están en la corrida que mira de frente al productor-director, a Juan y al otro camarógrafo.

El productor-director prende un pitillo de mariguana “para que entremos en onda”, dice, y le pide a una de las chicas que, por favor, abra una botella de whisky. Desde un pequeño cooler sacan cubitos de hielo y se sirven unos tragos. Suena música electrónica y todos hablan y ríen.

Las chicas en los asientos delanteros van durmiendo: anoche se pegaron la tremenda farra, y en la parte de atrás, Pedro es el más alegre, el más conversador y el más risueño.

Por segunda vez en sus treinta años de existencia, es realmente feliz. La primera vez fue cuando nació.

Ciento cincuenta kilómetros después el ambiente está entero relax, y la música electrónica house suena a todo volumen.

—Acá tenemos que hacer de todo, papi -le dijo la colombiana que Garrido tenía a su lado derecho, Venus, dijo llamarse-. Usted sabe, ha visto pues, se meten los dedos, uno, dos, la mano entera -le decía Venus sonriendo a Pedro Garrido-.

—Claro, hay que hacer lo que pida el director -dijo Pedro dándole un sorbito a su cuarto whisky en las rocas-.

En ese momento, tomó la palabra el director-productor:

—Empezaremos con un trío, ¿qué les parece? Llegaremos cerca de las dos y media, comemos algo, descansamos y tipo cuatro y media salimos a grabar en los exteriores. Todas las locaciones están listas.

Cuarenta minutos después, el director-productor ya iba en su quinto trago, Juan en el tercero y el otro camarógrafo no bebía; las colombianas iban a la par con el director-productor y Pedro Garrido estaba en el séptimo whisky *virtualmente* todo borracho porque a ratos el productor-director ofrecía cocaína y todos jalaban menos el camarógrafo que no tomaba y que tampoco fumaba mariguana ni cigarros; Pedro había jalado alguna vez en su vida pero poco, media línea nomás, y esta coca era de la buena y harta, y a cada esnifada Pedro recuperaba la lucidez y así podía seguir el hilo de las conversaciones que todos mantenían con todos, menos con el camarógrafo que no tomaba ni fumaba ni jalaba y que tampoco hablaba con nadie.

Habían pocillos con maní y pasas y almendras y nueces y otros frutos secos, pero Garrido no comía nada.

Pedro Garrido le preguntó al productor-director que qué había pasado con las cuatro casi barely legal que habían estado en el casting, y el director-productor le respondió que habían tenido un problema cuando reservaron las habitaciones para ellas en el hotel de La Serena, pero que al regreso grabarían en Santiago sin tener que registrarse en ningún lado. Luego de la respuesta del productor-director, una de las chicas colombianas le dijo algo al oído al director-productor, y este asintió con la cabeza.

La música *Chill Out* sonaba estridente y tod@s conversaban de allá para acá, y reían y fumaban cigarros y tomaban whisky. Pedro había bebido mucho y una de las actrices le dijo a Pedro Garrido que como ya estaban por llegar y que él ya había tomado y jalado bastante, mejor se tomara una pastillita que ella a veces usaba.

Pedro Garrido le dijo que aunque había tomado y jalado hartito, no se sentía mal...

—Mi cielo, usted no es muy bueno para tomar, ya me di cuenta ¿o me equivoco? -le dijo la actriz-.

—No... o sea, igual tomo, pero es verdad que nunca había tomado ni jalado tanto... -le respondió Garrido-.

—Mire, nos falta como media hora para llegar, y pues llegaremos y comeremos y usted sabe, descansaremos un rato, pero usted se ha tomado ya casi una botella de whisky y no ha comido nada y por tanta coquita, no tiene hambre... y al llegar no va a querer comer nada...

—Igual voy a intentar comer algo... pero tienes razón, no tengo nada de hambre...

—Sí pues si es como yo le digo, comeremos y después descansaremos y eso será casi durante una hora y media, y después nos toca grabar y a usted se le habrá pasado el efecto de la coca y se le va a subir el whisky a la cabeza... y pues no va a poder grabar nada...

La música *Dance* sonaba estridente y Pedro Garrido se sintió preocupado porque Mila tenía razón: él no tenía cocaína y la que había jalado la sacaba el productor-director y hacía ya más de la mitad del viaje que el productor-director no había sacado nada, y mientras Pedro Garrido pensaba todo eso tomó conciencia de que en su mano sostenía un vaso de whisky recién servido, pero intentando torpemente hacer memoria le fue absolutamente imposible recordar cuántos whiskys ya se había bebido.

—Mire, cuando lleguemos y usted sienta que se le está pasando el efecto de la coca -le dijo Mila a Garrido-, tómese esta pastillita y va a estar despierto otra vez y así va a poder grabar... sino, no le va a funcionar el muñequito pues, usted sabe... ¡Ji ji ji!... se la toma y en diez minutos se sentirá como nuevo... -le dijo Mila a Garrido-.

Mila era la preciosa mulata que le hablaba con tierna y sensual voz, poniendo casi en la cara de Garrido su enorme escote al ofrecerle la pastilla. Garrido recibió la pastilla y se la guardó en el bolsillo de la camisa, y Mila le sonrió y le dio un pequeño besito en la mejilla.

Pedro dio un sorbo a su vaso de whisky y se sintió enamorado de Mila, y al mirar a su alrededor se sintió enamorado de las otras dos mulatas y también sintió que amaba al productor-director que le daba esta oportunidad maravillosa y a Juan que lo había recibido tan bien al llegar y al otro camarógrafo que no hacía nada pero que grabaría mientras él le hacía el amor a estas tres diosas...

“Ya estamos llegando. Todos sabemos lo que hay a hacer cuando lleguemos”, dijo sonriendo el productor-director, y frotándose las manos, continuó:

— Check In en el hotel, comemos, descansamos un rato y nos vamos a grabar. Nos pasarán a buscar a las cuatro y media y comenzaremos a grabar cerca de las cinco y media. Bebámonos el último trago antes de vivir esta aventura porque no les había contado: esta película será la última que grabaremos como productora emergente, y la primera que distribuiremos a nivel internacional... así que ¡Salud!

Momentos después, al bajarse de la *van*, el productor-director se acercó a Garrido y le dijo que mejor se pegara una línea porque había tomado y jalado mucho, y no quería que la película se estropeará porque Garrido no funcionara bien.

Sacó una tarjeta de crédito y hundió una de sus puntas hasta el fondo de una bolsita de plástico llena con polvito.

—Pégate una buena porque tenemos que grabar todos los exteriores hoy mismo -le dijo el productor-director sonriendo a Garrido-. Tenemos desde las cinco hasta las ocho, a las ocho oscurece así que aprovechamos el atardecer y después grabamos en la terraza con el mar oscuro de fondo... ¡La película va a quedar la raja, weón!

Pedro Garrido se pegó el puntazo y el director-productor se pegó otro y le ofreció a Garrido uno más, y Garrido aceptó.

Luego de los puntazos, entraron al hotel. Los demás ya se estaban registrando y Mila y Garrido quedaron al último en la fila, así que no pudieron tomar el ascensor. De todas maneras eran solamente dos pisos así que caminaron hacia las escaleras.

Mila subía la escalera y Garrido subía detrás de ella y no dejaba de mirarle el perfecto trasero contorneado bajo la minifalda blanca ajustadísima que Mila vestía... jamás, jamás en su perdedora vida Pedro Garrido había soñado siquiera en que realmente podría comerse a unas minas así. Ni pagando habría podido ya que la plata que ganaba en trabajos miserables no le alcanzaba ni siquiera para una puta fea.

Mila se detuvo en la escalera, se giró y miró a Pedro Garrido:

—Esta colita se va a comer usted, mi cielo -le dijo Mila dándose palmaditas en sus gloriosas nalgas, y subió los pocos peldaños que faltaban para el segundo piso del hotel-.

Garrido caminó detrás de Mila y sintió que todo su cuerpo se incendiaba y su boca se llenó de saliva y se imaginó violando ahí mismos a Mila pero estaba tan borracho y encocainado que no se le erectó. Pedro Garrido se aterrorizó y apenas entró a su habitación corrió al baño y se tomó la pastillita que Mila le había regalado.

Pedro Garrido se miró en el espejo y se mojó la cara. Se sintió tan bien el agua en su rostro que se sacó la ropa y se metió a la ducha. Estuvo cerca de 20 minutos bajo el agua caliente; la espuma del champú hace rato que se había desvanecido de su cabeza y ya lo único que sentía Pedro era el masaje del agua sobre sus hombros y su cuello y su cabeza.

Pedro Garrido dio un profundo suspiro de placer, cerró la llave de la ducha, tomó la toalla y comenzó a secarse, primero la abundante cabellera y luego el resto de su cuerpo. Todavía se sentía borracho y eso le extrañaba porque se había pegado sus buenos puntazos con el productor-director antes de entrar al hotel, y además se había tomado la pastillita de Mila... y aunque Garrido seguía ebrio, estaba muy alegre y casi lúcido (“casi lúcido”, según él mismo).

Pedro Garrido se amarró la toalla a la cintura y con las zapatillas sobrepuestas salió del baño rumbo a la cama, encima de la cual había dejado el bolso con sus cosas.

Se puso una polera blanca y sobre ella, una camisa celeste manga corta. Sacó del bolso un jean negro que haría juego con su cinturón negro con hebilla plateada, y sus calcetines blancos y sus zapatillas negras con rojo y su bóxer negro.

Momentos después, Pedro Garrido vestido pero todavía extrañamente borracho a pesar de la pastilla y los puntazos, cepillaba sus dientes y se miraba al espejo.

Por segunda vez en su vida, Garrido se dio cuenta que su rostro tenía muy bonitas facciones y que él de verdad era bonito. La primera vez que se dio cuenta que él no era feo, había sido en un sueño hacía treinta años.

Pedro Garrido terminó de lavarse los dientes y sin dejar de mirarse al espejo y de sentirse borracho y de encontrarse bonito, sonrió al recordar a Mila, a Venus y a Chantal.

Pedro Garrido se agarró el miembro y sintió su potente erección, salió del baño sonriendo... y se le apagó la tele.

Mila, Chantal y Venus, además de ser putas y experimentadas actrices porno, también eran algo así como “narcotraficantes VIP”: se juntaban con gente con plata y les hacían los contactos con narcos y la cocaína que vendían en el departamento 43 y los motes que se jalaron en la *van*, se los compraban a los contactos de las colombianas.

La “pastillita” que Mila le había dado a Pedro Garrido era un nuevo estimulante familiar de la anfetamina y mezclado con thc, que los contactos narcos le habían pasado a las minas para que lo hicieran correr: no te aparecía en los exámenes de droga y si te tomabas sólo una dosis quedabas como nuevo durante casi diez horas, sin importar cuánto hubieras tomado o jalado o fumado. Incluso podías comer.

Y además, cuando se te pasaba el efecto de la pastilla, y aunque hubieras tomado y jalado y fumado infinito, al otro día la resaca era nula y lo mejor de todo era que despertabas con muchísima hambre, y eso te reponía porque comías kilos de comida durante horas y horas.

Pero el problema de esta nueva droga es que si te tomas MÁS DE UNA DOSIS, ante los demás quedas “más o menos lúcido” (según tú) pero **en verdad** se te ha apagado la tele y estarás así tres o cinco o diez horas, y de pronto despabilas y sientes caer sobre ti simultáneamente **TODO** lo que tomase y jalaste y fumaste.

Es como TODAS, ABSOLUTAMENTE TODAS TUS BORRACHERAS Y RESACAS, TODAS, en un segundo.

Y eso fue lo que le sucedió a Pedro Garrido: los puntazos que se pegó con el productor-director al bajarse de la *van* no eran de cocaína, sino que eran de la misma droga que tenía la pastilla que le había dado Mila... y la pastillita más los puntazos, eran más de una dosis...

Por favor, regresa a la página 28 y lee el tercer párrafo.

Asfixiándose y con las manos amarradas a la espalda, Pedro Garrido despabila y queda cegado por las luces de los focos y quiere respirar pero no puede porque Mila lo tiene agarrado fuertemente de la cabeza y le mete y le saca y le mete hasta la garganta su enorme verga mulata al mismo tiempo que Chantal tiene en cuatro a Garrido y gruñe desquiciada metiéndole salvajemente su descomunal corneta caribeña y Garrido grita de dolor y debajo de Garrido Venus le muerde el pico a Garrido y Garrido grita y llora con las manos amarradas a la espalda y mientras Juan y el otro camarógrafo enfocan sus lágrimas, Pedro Garrido escucha risotadas de gente que no alcanza a ver:

—¡Ja ja ja! ¡Lo están haciendo mierda al reculiao! ¡Ja ja ja!

Y a Pedro Garrido se le apagó la tele otra vez.

La Ascendencia

Segunda Parte

(Versión definitiva: junio de 2024)

La fría y oscura tarde de un final de mayo, al regresar de la escuela, tres pequeños hermanos vieron una ambulancia afuera de su casa y corrieron hacia ella. El padre, completamente borracho y con una botella de licor en una de sus manos, sentado con la espalda apoyada en el muro, lloraba y gritaba y gritaba y maldecía mientras una camilla era subida al vehículo. Alguien iba acostado sobre la camilla, cubierto totalmente por una sábana blanca. Un enfermero se acercó a los chicos y poniéndoles a mi abuelo y a su hermano menor una mano en cada hombro, les dijo que lo sentía mucho y que ahora deberían cuidarse por sí mismos pues el padre no valía un mísero centavo. Escucharon que el hermano mayor comenzaba a sollozar: “la mamá murió”, dijo, y los tres hermanos se abrazaron y rompieron en llanto, “¡nos quedamos guachitos, nos quedamos guachitos!”, decían entre lágrimas...

La madre había muerto repentinamente a causa de un infarto o algo así, ya que no se había sentido enferma: aquel día, cuando se despidieron de ella antes de ir a la escuela, todo había sido normal.

El padre, alcohólico y sin el hábito del trabajo, bebía con el dinero que la madre ganaba lavando, cosiendo y planchando ropa ajena. Según recordara mi abuelo, mientras la madre estuvo con vida su padre jamás les había golpeado ni a ellos ni a su mujer, y sólo se dedicaba a beber día y noche ya en su casa, ya en restaurantes junto a sus amigos.

Muerta la madre y habiéndose el padre gastado los ahorros que su esposa logró a duras penas juntar, la vida de mi abuelo y la de sus hermanos cambió del cielo a la tierra; tampoco siguieron yendo a la escuela pues el padre, siempre borracho, les obligaba a mendigar dinero y comida.

La casa empezó a llenarse de alcohólicos y vagos que se aprovechaban del papito cuando quedaba inconsciente de tanto beber, y robaban las cosas de lo que hasta hace poco tiempo había sido un hogar: en menos de dos meses, la casa quedó prácticamente desvalijada, y sin agua ni luz: ya no era otra cosa más que tipos bebiendo y mujeres tomando y prostituyéndose por unas cuantas monedas, o por alcohol; vómitos y escupitajos habían por doquier...

En una de las habitaciones que aún no ha sido invadida por el vicio, mi abuelo y sus hermanos duermen sobre un par de colchonetas sin frazadas ni sábanas.

Como dije, mi abuelo y sus hermanos debían salir a procurarse alimentos y a mendigar muy temprano en la mañana, aún oscuro aun, pues si no llegaban con el dinero suficiente para que su padre pudiera beber e invitar a tomar a los hombres y mujeres que estuviesen en la casa, él les daba tremendas palizas, golpes propinados muchas veces también por aquellos hombres y mujeres que se emborrachaban allí.

Una tarde, el hermano mayor les dijo que se había enterado de un trabajo en las cosechas, fuera de la ciudad, y que había decidido tomarlo. Estaría allí tres meses y luego volvería a buscar a sus hermanitos. A la mañana siguiente se despidió prometiendo que todo se arreglaría, y haciéndoles prometer también a sus hermanos que soportarían todo lo que fuese necesario hasta que pasaran los tres meses, se despidió dándole un abrazo y un beso a cada uno, y se fue... y jamás regresó.

Ha pasado todo un año de miseria, de frío y de hambre, de golpes y miedo y abandono. Aún los dos hermanos duermen juntos en la habitación, cuarto que extrañamente es respetado por tácito acuerdo de todos los borrachos y borrachas que frecuentan el lugar. Un helado y lluvioso anochecer, sin embargo, cuando regresaban exhaustos de andar todo el día limosneando, encontraron a una mujer durmiendo sobre sus colchonetas: apestaba a orina y vino rancio. La remecieron y remecieron intentando despertarla pero ella no reaccionaba; siguieron moviéndola y moviéndola hasta que despertó.

Con el pelo enmarañado, el rostro desencajado y los ojos rojos por el alcohol, la mujer comenzó a insultarlos y a golpearlos.

Chillando y maldiciendo, llamaba al padre de mi abuelo:

— ¡Juan! ¡Juan! -gritaba enajenada-.

Trastabillando, Juan entró en la habitación. Borracho como siempre, cargando una botella de aguardiente en la mano y con la boca babeante, se tambaleaba y hubo de apoyarse en una de las paredes.

— ¡¿Qué, qué paiHik! qué pasa muj, mujer?!

— ¡Los delincuentes de tus hijos me manosearon mientras dormía!

Juan, abriendo y cerrando los ojos y tratando de enfocar la mirada con la cual ve triple y doble, observa impávido intentando comprender lo que está pasando.

— ¡No, papito! ¡No es verdad lo que ella dice! ¡Sólo la despertamos para acostarnos!

— ¡Mentira! ¡Estos demonios se aprovechaban de mí!

— ¡No es cierto! ¡Estamos muy cansados y sólo queremos dorm

— ¡CÁLLENSE! -grita la borracha- ¡Ahora soy yo la mujer de su padre!

Los niños se miran perplejos.

La tipa lleva cerca de un mes alcoholizándose en la casa y muchas veces la han visto, a la pasada, sentarse borracha en las rodillas de su padre o abrazarlo o besarlo toda ebria, pero nunca imaginaron que esa mujer podría, en modo alguno, reemplazar a su mamita.

— ¡Yo no puedo vivir junto a estos delincuentes de tus hijos! -sus ojos rojos centellan odio-.

— ¡Que se vaya, papito, que se vaya! -ruegan los niñitos llorando angustiados-.

— ¡Elige, Juan! ¡Elige! ¡Tus hijos o yo!

Juan abre y cierra los ojos, intenta enfocar su mirada y se tambalea, su rostro va de la mujer hacia sus hijos y de ellos a la mujer; ve todo doble y triple y babea...

Juan da un largo trago a la botella y con la manga del mismo brazo se limpia la boca de un brusco manotón.

Los niños lloran abrazados, la borracha jadea y Juan se acerca tambaleante a la mujer y la mujer grita cuando Juan levanta su brazo y le pega un tremendo manotón en la cara que la arroja contra la muralla, y la mujer cae al piso mientras Juan le grita que salga de su casa y que no regrese nunca más.

Eso fue lo que en su imaginación vio mi abuelo pero la bofetada la recibió él, y luego una patada, y la botella de aguardiente se hizo trizas en la espalda de su hermanito quien dando un tremendo alarido, cayó al piso. La mujer los agarró a ambos del pelo y los echó a la calle entre insultos y patadas, bajo la fría y triste lluvia de un oscuro siete de junio.

Desde aquel siete del seis la calle se convirtió en su refugio pues ya no tuvieron un miserable lugar al cual llegar ni tan siquiera a dormir sino que a tenderse apenas, puesto que las peleas y los escándalos que todo el tiempo ocurrían en lo que había sido su hogar, no les dejaron ni una sola noche descansar tranquilos.

En aquella época, mi abuelo tenía once años y su hermano Roberto, nueve. Continuaron mendigando. Pasado el tiempo se hicieron de unos cajones para lustrar zapatos, y a eso se dedicaron durante algunos años.

Por la noche se iban a dormir junto a muchos mendigos a la orilla del río Mapocho, en unos lugares llamados “caletas”, y allí fumaban cigarrillos y se abrazaban llorando por la muerte de la madre y por el hermano que jamás volvió, pero se consolaban armando el proyecto de que, cuando fueran grandes, se comprarían una casa.

“A lo mejor -decía Robertito sollozando- podríamos vivir en otra ciudad”. Llorando abrazados, prometían nunca separarse.

A los once años, Robertito comenzó a beber.

Desde la tarde en la cual mi abuelo vio la ambulancia afuera de su casa, todos los días lloraba por su madre; después, se sumó a su amargura el llanto por el hermano que nunca regresó pero como mi abuelo detestaba la bebida, no tenía manera de evadirse de su tan triste existencia.

Aunque mi abuelo constantemente regañaba a Robertito por andar tomando, Robertito continuó bebiendo pues era la única manera de soportar su tan miserable realidad.

Robertito pasa ahora muchos días borracho, y mi abuelo debe ir a lustrar zapatos solo (a veces salen juntos, cada vez menos eso sí, y todo el dinero que Roberto gana se lo gasta en trago): cuando mi abuelo va a trabajar solo y regresa a la caleta, Robertito está inconsciente de tanto beber. Cuando Roberto despierta de su borrachera, mi abuelo se ha ido a lustrar zapatos hace muchas horas.

Ya no lloran abrazados diciendo que vivirán juntos y que jamás se separarán.

Una noche, al regresar a la caleta, mi abuelo no encuentra a Roberto; le pregunta a los mendigos por su hermano y ellos le dicen que estuvo todo el día tomando con unos muchachos que no son de los que frecuentan el lugar. Le cuentan también que le dijeron insistentemente a Roberto que se alejara de aquellas gentes pues les saben delincuentes y agresivos, pero él no nos escuchó y de hecho nos insultó y nos dijo que no nos metiéramos más en su vida...

Han pasado dos días, y Roberto no aparece. Mi abuelo recorre las incontables caletas del Río Mapocho buscándolo. Nada. Cinco días. También fue a las comisarías y retenes de la capital, fue a todas. Nada. Diez días. Visita los hospitales y los albergues. Nada. Trece días. “Quizá Roberto ha viajado a otra ciudad”, se dijo mientras iba a consultar a la cárcel. Nada. Quince días. Sólo queda un lugar en Santiago: la morgue.

Robertito había ingresado hacía dos semanas; su tórax, cuello y el brazo y la mano derecha tenían profundos cortes y puñaladas. “Riña con resultado de muerte”, decía el escueto parte policial.

— ¿Se lo va a llevar? -preguntó el encargado a mi abuelo-.

Mi abuelo guardó silencio. Qué podría hacer con el cadáver si no tenía dinero más que para una comida al día, o para dos que no hacían una...

A la policía no le importó averiguar quién mató a Robertito y mi abuelo no tiene cómo investigar, y si lo hiciera y encontrara a los asesinos, no podría hacerles nada y además lo matarían a él.

Mi abuelo se alejó de la morgue sollozando con el pecho desgarrado y embargado de una angustia que ya jamás le abandonará: “ahora estoy solo, solo... no tengo a nadie... estoy solo...”

Además de llorar diariamente por su madre y por el hermano que prometió volver pero que nunca lo hizo, desde ahora llorará también por el otro hermano.

“¿Se lo va a llevar?”, le había preguntado el encargado.

Mi abuelo se alejó de la morgue sollozando con el pecho desgarrado: su amado y pequeño hermanito Robertito, será arrojado a la indignidad de una miserable fosa común.

Avanzaron los años y mi abuelo aprendió un oficio hoy y mañana otro, y pasó de lustrar zapatos a ser aprendiz en electricidad domiciliaria y luego ayudante adelantado de electricidad; fue también aprendiz de zapatero y llegó a ser ayudante adelantado de zapatero; trabajó igualmente como dependiente de almacenes y como chofer de camiones.

Mi abuelo dejó las caletas hace tiempo; su salario le alcanza ahora para vivir en una pequeña pieza y procurarse al menos dos comidas decentes al día; sin embargo, invariablemente, llora todas las noches recordando a su madre, a Roberto, y al hermano aquel que nunca regresó.

Llora y fuma un paquete de cigarrillos y se fuma otro paquete llorando y pensando en su madre y en el hermano que jamás regresó, recordando también a Robertito.

De vez en cuando -una vez cada dos meses o dos veces al mes, cada tres meses-, mi abuelo entra en sórdidas habitaciones en las cuales alguna vieja o famélica u obesa prostituta le espera sentada en el borde de una cama, llena ella -la mujer- de semen y quizá de gonorrea o hepatitis B, y llena también la cama de pulgas, de chinches o de sarna.

Se desnuda mi abuelo bajo la tenue luz de una vela y se tiende junto a aquella mujer a la cual compró por una o dos horas, o toda la noche, aprestándose a disfrutar (¿Disfrutar? ¡Por los clavos de Cristo!) del artificial amor corporal que sus pocos pesos ganados con tanto esfuerzo, cree y desea, le proporcionarán.

Al verlo tendido en la cama, la gorda o esquelética o vieja mujer piensa aterrada en las enfermedades que mi abuelo podrá contagiarle; triste y miserable prostituta, tan o más miserable que mi abuelo, paupérrima buscona que comienza a contar los pocos pesos que ganará con tanta repugnancia al entregar por enésima vez su vagina que ha sido mancillada desde que su padrastro, a los cuatro años, no, desde los cuatro años, ultrajó...

Mientras la prostituta cuenta los escuálidos billetes sobre su aún más escuálida cartera, esta mujer, quien podría haber sido feliz pero desde que el padrastro y luego el amigo del padrastro y después todos los hombres y mujeres a quienes su madre les cobró para violarla desde los cuatro años, esta humana que podría haber sido feliz pero que ya jamás lo será y que nunca conocerá el significado de las palabras alegría o respeto o autoestima y ni tan siquiera tranquilidad, esta mujer, quien sentada en el borde de la cama guarda los dos billetes de a peso en el velador, y sin otro sentir más que el pensar en las hijas que esperan su regreso con algo de comer, mientras todo esto ocurre, la desdichada puta ve todo lo que leíste como si estuviera ella soñando esos sueños en los cuales ves las acciones y ves lo que sucede pero no puedes cambiar la situación, porque tu voluntad está fuera del sueño...

Y mientras la triste puta ve todo esto como si estuviera soñando, solloza imperceptiblemente.

La mujer sopla la vela pero la vela no se apaga; sopla el candil otra vez pero la vela no quiere apagarse y entonces sopla otra vez y ahora sí, la vela se apaga.

Sumidas ella y él en la más insalvable y oscura lejanía, mi abuelo, desnudo y con los ojos llorosos, se acerca tímidamente a la desdichada: alarga su mano y siente muy frío aquel gordo o famélico o arrugado cuerpo; al tocar aquella piel lejana y helada, mi abuelo comienza a llorar.

Dos veces al mes cada tres meses, o una vez cada dos meses, mi abuelo entra en sórdidas habitaciones en las cuales alguna famélica u obesa o vieja prostituta le espera sentada en el borde de una cama, pero jamás concreta nada: desnudo junto a la mujer, mientras la abraza, mientras acaricia aquel desconocido y frío cuerpo, comienza a llorar recordando a su madre y a sus hermanos.

Si al menos viniese con un par de tragos encima, quizá podría hacer algo... pero mi abuelo detesta la bebida.

En algunos de sus muchos andares, mi abuelo se topó con varios evangélicos pentecostales quienes le hablaban de una vida eterna en la cual un dios resucitaría a todas las personas que habían sido buenas; mi abuelo pensaba que su madre había sido buena, y recordaba sus caricias, su risa y su dulce voz. Recordaba también las veces que su madre le cuidó cuando estuvo agripado o con dolor de estómago, y le hacía cariño en su barriguita y le sonreía y le tarareaba canciones muy bonitas, acariciando también su frente, sin dejar nunca de sonreírle...

— Dios resucitará a todas las personas buenas, hermano. En el cielo no hay hambre, llanto ni dolor -le dijo un pentecostal a mi abuelo, y le entregó una biblia; también le dijo que en esa biblia encontraría las promesas que dios había hecho a todos sus hijos-.

“El dios verdadero que nosotros predicamos ama a todos sus hijos. Él es nuestro padre celestial”.

Aquella Promesa de aquel Padre del cual le hablaron esos Hermanos quienes le entregaron una biblia, libro que hablaba de una vida eterna en la que estaría por siempre con Su Madre en un lugar en donde no habría ni Llanto ni Hambre ni Dolor, aquella promesa, aquellas promesas, le convencieron de ir a una iglesia pentecostal, y al domingo siguiente, fue.

La iglesia era un galpón grande con una cruz ladeada en el frontis. Mi abuelo entró a la iglesia lleno de esperanza y con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto, y se sentó en la banca que estaba inmediatamente al lado derecho de la entrada, sin notar que junto a él, una joven morena, regordeta, de baja estatura y toscas facciones, y un poco sorda además, miraba absorta y con la boca abierta todo a su alrededor.

El Chicho

(Versión definitiva: diciembre de 2024)

I

“Lo que siembras, cosechas”, dicen todos por ahí.
Yo no estoy de acuerdo.

Si hablamos de vidas después de la vida, de vidas eternas o de suplicios eternos, nada podemos decir sobre ello que sea una certeza ya que, finalmente, son sólo suposiciones: “creo en el Karma y por eso tengo que hacer buenas acciones para, en la próxima reencarnación, no tener que pagar mis malas conductas”; “creo en Dios, y por eso me iré al cielo”, o “tú no crees en Dios, y por eso te quemarás en el infierno”...

Las creencias son lo que los filósofos griegos llamaban *doxa*, es decir, algo así como “opinión”. Lo contrario es la *episteme*, que puede traducirse como “la verdad verdadera”, aquello que no se puede negar, como el hecho de que ahora, en mi presente, escribo estas líneas y que, jugando a la máquina del tiempo, en este preciso instante en el cual redacto esta narración, tú la estás leyendo, y la lees en un momento que para mí es el futuro y yo la escribo en un momento que para ti ya es el pasado, pero que para mí es el presente.

¿Ves? Lo que acabas de leer jugando a la máquina del tiempo, es una verdad innegable, es *episteme*, no es *doxa*, no es una opinión ni una creencia sino UNA CERTEZA.

Sin embargo, eso de “lo que siembras, cosechas” sí funciona cuando pensamos en aquellos padres y madres que se portaron horrible con los hijos, imponiéndoles “educaciones” tan estrictas que llegaban a ser violentas, gritos, agresiones al intelecto y al cuerpo y denigraciones y anulaciones y/o abusos sexuales y/o violaciones y/o explotaciones sexuales y después al ser esos padres y madres ancianas y estando postradas pasando sus últimos días en algún asilo, se quejan de que sus hijos e hijas no les vienen a ver, qué ingratas y malagradecidas son mis hijas, ya, ya, tranquila señora Rosa, uno de estos días vendrán a verla, claro, una lo dio todo por ellas y después ni se acuerdan de una, ya, ya, acomódese para cambiarle los pañales...

En fin.

No pretendo dar clases de filosofía o metafísica ni dar consejos ni hacer reconvenciones moral-sociales: sólo necesito ganar un poco de plata con mis escritos.

II

Todos cometemos errores y al menos tú y yo, hemos tratado de enmendarlos, o hemos querido hacerlo. Y aquello nos hace sentir bien, muy bien.

Pero la grandeza de reconocer y arreglar los problemas que hemos causado, no le abre la puerta a quienes buscan aquella alegría en religiones o filosofías o sistemas de pensamiento inventados por otra gente, ya que todas las respuestas están en nuestro interior.

III

A Narciso no le importan en lo más mínimo las reflexiones filosóficas ni jugar a las máquinas del tiempo ni aquello de que cosechamos lo que sembramos, ni tampoco el comprender que la responsabilidad en tal situación fue nuestra y pucha, la cagué, perdón... vamos para adelante, eso no volverá a ocurrir...

¡No, en lo absoluto!

¡Narciso jamás se ha dado el tiempo para meditar sobre tales asuntos!

¡Nada, estas cosas no son para él!

¿Mas cómo podrían serlo, si Narciso tiene recién tres días de haber nacido?

IV

Narciso creció como un hombre solo, sólo él entre mujeres: su padre, don Alonso, es un viril y gigante ferroviario de 1.98 de altura, 120 kilos de peso y de azul mirada. Totalmente abstemio, completamente homofóbico, es en extremo machista y sumamente violento con su esposa e hijas: “¡Malditas putas! ¡No son más que unas cochinas putas todas ustedes!”, era el insulto de menor calibre que usaba cada cinco minutos mientras arrojaba platos y tazas a las murallas, o escupía en el rostro de su esposa o hijas.

Don Alonso gusta, sentado en la cabecera de la mesa, relatar a su familia sus constantes sueños, riendo a toda boca lo extraño que le parecían y que fuesen éstos tan recurrentes:

— Yo era una gran montaña en donde hay un largo túnel, ¡JA JA JA! por el cual entra y sale una y otra vez, y luego retrocede y nuevamente entra y sale muchas veces, la locomotora P3N3, conducida por Otto, el jefe de los maquinistas, ése que vino a cenar ayer ¡JA JA JA! -decía riendo don Alonso al contar su sueño-.

(Ninguna de las locomotoras de esa empresa tiene dicha identificación).

—¡Fíjense el sueñito que tuve anoche! ¡JA JA JA! -comenta don Alonso en estos precisos instantes-: yo estaba en un asado en la empresa pero no había carne ni pollo ni cerdo, ni bebidas ni cervezas ni vino, sólo comíamos salchichas ¡JA JA JA! Todos estaban satisfechos menos yo, y se habían acabado las salchichas entonces yo les pedía la salchicha suya a todos mis compañeros, incluso me ponía de rodillas y les rogaba que me la dieran, “¡dénmela toda!” les gritaba ¡JA JA JA!, y ellos me colocaban su salchicha en la boca y algunos me preguntaban si me la quería comer con mostaza y yo les decía que sí, entonces sacaban paquetitos con mostaza de los bolsillos de sus pantalones pero en vez de derramarla sobre las salchichas, ¡Me la echaban en el rostro y me chorreaba por toda la cara! ¡JA JA JA!, y yo les gritaba a mis compañeros que me dieran más mostaza, “¡Dénmela toda! ¡Denme toda su mostaza en la boca y en la cara!” ¡JA JA JA!

Una lluviosa noche de junio, mientras el padre de Narciso conducía el tren, éste se descarriló y don Alonso murió. En el hogar de Narciso quedó su abuela, su madre y sus cuatro hermanas mayores.

Dolores, su abuela, es una mujer de 75 años con arrugas hasta en el Alma pues don Nicanor, el abuelo de Narciso, la golpeó y humilló cada vez que se emborrachaba -todos los días bebe con el dinero que la señora Dolores gana lavando ropa ajena-, y toquetea y viola a sus hijas; la señora Dolores sabe de los abusos sexuales, pero guarda silencio... en aquel atroz ambiente pasó su infancia Floridora, la madre de Narciso.

Cuando era niña, Floridora fue a diario toqueteada y de vez en cuando violada por don Nicanor, quien murió con el corazón atravesado por una anónima puñalada en una fría noche de borrachera (fue un secreto a voces que lo mató don Alonso, el marido de Floridora y padre de Narciso).

Pero Narciso no alcanzó a ser consciente de las agresiones que sufrieron su madre y hermanas por parte de su padre (“¡Malditas putas! ¡No son más que unas cochinas putas todas ustedes!”), ya que cuando el tren se descarriló y don Alonso murió, Narciso tenía solamente un año de existencia.

A raíz de los tantísimos atentados sufridos por todas aquellas mujeres -quienes se gritonean e insultan todo el tiempo y de cuya boca jamás ha salido un “por favor”, un “gracias” ni mucho menos todavía un “lo siento”, y que además se golpean a cada rato y sin motivo- obviamente en aquel lugar, la violencia es algo de lo más común. Y Narciso se crió allí.

Sin embargo, Narciso tuvo una infancia y una adolescencia relativamente “normales”: por ser el único hombre de la casa, comía primero y le servían la mejor y más grande porción y se repetía las veces que quería; lo dejaban andar en la calle hasta la hora que él quisiera y le daban el dinero que él pidiera; si no quería ir al colegio, simplemente no iba: se quedaba durmiendo y la abuela le llevaba el desayuno y el almuerzo a la cama, y cigarrillos y algunas revistas pornográficas; la madre le llevaba la cena y más cigarrillos. Sus hermanas debían hacer sus tareas escolares para que él las presentase al día siguiente o la semana siguiente, cuando al Chicho le daba la gana faltar al colegio la semana completa.

Narciso jamás supo lo que era freír un huevo, lavar un plato o coser un calcetín. Además, y quizá por carecer de un modelo que le indicara que tener carácter no significaba necesariamente ser violento ni hablar a gritos e insultos, Narciso se formó con una personalidad más bien tímida: cuando Chicho tenía diecisiete años, en la fiesta de un pariente, una chica de lindo rostro y no tan linda figura se le acercó y le habló y lo tomó de la mano y le dio un beso en la boca.

Una semana luego de aquel único beso, ella le propuso matrimonio a Narciso y Narciso le dijo ya casémonos, y se casaron a la semana siguiente.

Laura se lo llevó a vivir a la casa de sus abuelos porque en la casa de Narciso no hay lugar para la flamante pareja, todas tus hermanas ya tiene hijos e hijas y viven allí con sus maridos, y tu habitación es pequeña y la cama no cabe y el velador tampoco y la mesa y las sillas y la tele... mejor nos vamos a la casa de mis abuelos, allí tendremos más privacidad y espacio; sí, sí, Laura, tienes razón...

Narciso jamás ha trabajado y además nunca necesitó hacerlo: lo mantuvieron y lo mantienen su abuela y su madre con las pensiones que el Estado les entrega por ser ellas viudas, y luego de su casamiento con Laura, Narciso comenzó a ir a la casa de su madre una o dos veces al mes y solamente a buscar dinero, “hola, la plata -dos minutos-, adiós”.

Aunque Narciso siempre ha pasado mucho tiempo juntándose con amigotes, él no salió bueno para tomar. Y resulta casi inverosímil que a Laura tampoco le guste beber pues toda su vida la ha pasado en la casa de su abuelo don Sacarías y de su abuela doña Gertrudis, casa en la cual también viven el padre y la madre de Laura.

Y te había dicho que es raro que Laura deteste la bebida (bueno, en verdad no es tan raro) si creció rodeada solamente por gente borracha: los cuatro, su papá y su mamá y su abuela y su abuelo, son alcohólicos.

En el lugar en el cual Narciso y Laura están viviendo sus destinos, los escándalos y peleas son constantes, sobre todo los shows de doña Gertrudis y don Sacarías: gritos e insultos y platos despedazados en las murallas, son el pan de cada día en el matrimonio de Laura y Narciso.

V

(El tiempo, como la luz, avanza increíblemente rápido... demás que lo has notado.)

VI

Laura nunca pisó una escuela y no sabe leer ni escribir, ni sumar ni restar; además, es frígida y estéril.

Por instigación de amigos más que por propia iniciativa, Narciso frecuenta a las prostitutas pero no ha pensado siquiera en separarse de Laura pues lo que su mujer no le entrega en la cama, se lo da en cuidados: lo trata más como hijo que como esposo.

La ciudad es pequeña y los rumores, falsos o reales, se transmiten rápidamente: Laura tiene pleno conocimiento de que pagando, Narciso encuentra en otras mujeres lo que en ella, gratis, no consigue. Y ella lo acepta pues de encararlo -piensa Laura-, él se irá de su lado, cosa difícil de ocurrir dado el carácter de Narciso quien por lo demás tampoco ha siquiera imaginado otra vida que no fuese aquella que vive: sin nunca haber trabajado ni viajado, levantándose a las dos o tres de la tarde y viendo televisión casi todo el día, y después fumando cigarro tras cigarro parado en la esquina comentando los programas de la televisión con sus amigos, sus amigos quienes siempre beben cervezas mientras dicen que están buscando empleos que nunca consiguen...

Narciso y sus amigos pasan sus días esperando algo que nunca llega porque nunca han deseado ese algo, ni tampoco han querido conocerlo realmente, y es precisamente por eso que *eso* nunca llega: PORQUE NUNCA LO HAN NECESITADO, y por nunca haberlo necesitado NUNCA LO HAN DESEADO CON TODO SU SER; y fuman en la esquina un cigarro tras otro y ríen y discrepan al comentar la teleserie o el reality o el partido de fútbol de anoche...

Pasa así la tarde hasta la hora de cenar y entonces Narciso se despide de sus amigos y cena y se acuesta a ver televisión junto a una esposa cada vez más lejana y desconocida.

Al finalizar la programación pasada la medianoche, Narciso apaga la tele y la luz y Laura se pone de lado en la cama dándole la espalda a Narciso, él la toma maquinalmente de las caderas y la penetra en silencio, sin gemidos ni suspiros ni besos ni caricias ni nada.

Laura, una mujer que no sabe leer ni escribir ni sumar ni restar y que en este momento no es otra cosa más que un cuerpo humano absolutamente frío y silencioso, y que prometió amar a Narciso hasta la muerte pero que ya ni siquiera intenta fingir deseo ni placer ni atracción por él: Narciso comienza a penetrar a Laura y eyacula mientras la comenzaba a penetrar, le da la espalda y se duerme soñando con las putas gordas y viejas que frecuenta una o dos veces al mes.

Duerme Narciso y despierta cuando su cuerpo se cansa de descansar: se levanta y desayuna y luego los cigarros en la esquina comentando o debatiendo la teleserie y el partido y el reality... y después la cena y la televisión encendida hasta tarde y luego la luz recién apagada, y ese frío cuerpo cada vez más distante a su lado y la eyaculación precoz. Lo mismo todas las noches de todos los días de todas las semanas, mes tras mes y año tras año.

¿Puedes imaginar eso?

Si al terminar de leer la página ante-anterior (la 78), si entre esa página y ésta detuviste un momento tu lectura y contemplaste la historia con los ojos de tu sensibilidad, si te detuviste a contemplar las vidas de Narciso y Laura, lo más seguro es que podrías haber pensado “¡Cuán mierda de existencia!”; y es lógico pensar eso pues sobre qué habrían de conversar o qué proyectos habrían de planificar un tipo que no terminó la escuela, que nunca ha trabajado y que nunca ha imaginado viajar ni terminar sus estudios ni trabajar algún día en cosa ninguna, alguien que lo más cercano que ha estado de la literatura son los textos en las fotos de las revistas porno que le pasaba su abuela cuando niño, alguien a quien le da lo mismo que las personas con quienes vive sean alcohólicas y violentas?

¿Qué vivencia edificante podría compartir alguien como Narciso, con alguien como Laura?: frígida, estéril y analfabeta que pasa su vida dentro de la casa cocinando sin saber hacerlo bien y sin aprender nunca a hacerlo medianamente bien, limpiando día y noche las mugres que dejan las eternas borracheras de su familia... una mujer que tampoco tiene otra expectativa más que repetirse el plato de su miserable existencia al día siguiente, y al otro, y al otro, y al otro... hasta su muerte.

Si al menos Laura y Narciso hubiesen sido conscientes de lo anterior -me refiero al destino que estaban escribiendo sus miserables existencias-, quizá algo habría sido distinto... aunque dicen que nunca es tarde.

VII

El tiempo es demasiado rápido: cada día se divide en horas y minutos y éstos en segundos, y los segundos se fraccionan infinitamente en lapsos cada vez más y más pequeños, nanoscópicos instantes que transcurren a la velocidad de la luz o incluso más rápido.

(Recuerda que en este momento en el cual me lees, estás dentro de un juego mental respecto del tiempo.

Mira, en este instante existen dos “tiempos presentes”:

Uno es el mío, cuando estoy escribiendo esto que lees, y el otro es el tuyo, tu “tiempo presente” en el cual me estás leyendo.

Pero ahora, en este instante cuando tú estás leyéndome, yo AL MISMO TIEMPO escribo esto que ahora lees, y en MI PRESENTE mientras lo escribo yo imagino que va a estar lloviendo cuando tú leas esto, imagino que en este momento en el cual me lees está lloviendo en donde tú estás: eso puede ser o no verdad, es decir, ahora que me lees podría o no estar lloviendo allá. A lo que voy es que los “podría”, los “yo pienso que”, los “yo creo que”, los “yo imagino que”, todo eso es DOXA, son opiniones o puntos de vista o creencias, pero no son verdaderas verdades (página 62).

En cambio, la EPISTEME, la verdad “verdadera” de los antiguos filósofos griegos, es que en estos momentos en los cuales YO ESTOY ESCRIBIENDO ESTO EN MI PRESENTE, realmente está lloviendo ACÁ EN DONDE ESCRIBO ESTO QUE AHORA LEES: son las 22:09 del cuatro de octubre de 2017... mi gatita Tricolor y mi perrita Leidy Gaga duermen a mis pies; y la música de las gotas sobre el techo acompañan el concierto “Chateau de Fontainebleau for Cercle”, de Boris Brejcha, y ambas melodías, la lluvia y Brejcha, son la sinfonía de fondo para el ruido de mis dedos dándole duro a las teclas de mi computadora.

Lo anterior sobre la lluvia en Santiago de Chile del cuatro de octubre de 2017 a las 22:09 es innegable: si buscas el reporte meteorológico del lugar, de la fecha y de la hora indicadas, comprobarás que es verdad lo que tus ojos están absorbiendo ahora.

Lo que leerás en seguida, por el contrario, es doxa, la “opinión”, en griego antiguo:

“La rutina acabó con nuestra relación”, dicen muchas exparejas, como si la rutina fuese siempre nefasta: eso no es cierto: si hago algo metódica y monótonamente pero que apunta a lograr un objetivo sensato, ¡DICHA RUTINA SERÁ LA ÚNICA LLAVE AL ÉXITO QUE TÚ VERDADERAMENTE DESEAS!

Quienes practican sin descanso ejercicios para aumentar su masa muscular, o aquellos que resuelven cientos de problemas matemáticos buscando incrementar su inteligencia y forjarse un camino en la vida de las ciencias exactas, pueden dar fe de lo siguiente: no se dieron cuenta del momento en el cual, luego de días y días iguales, de la increíblemente agotadora e infructuosa monotonía de horas y horas en el gimnasio sin obtener los resultados que desean, un día se miraron al espejo y vieron que su flácido pecho había dado paso a grandes y tonificados pectorales, y tuvieron la certeza de que sus enjutos y débiles brazos son ahora más poderosos que el mismísimo brazo de El Quijote; o luego de la increíble e infructuosa monotonía de noches y días metidos entre números y diagramas matemáticos que no comprendían, después de incontables amaneceres despertando con el rostro pegado a hojas llenas de cifras y fórmulas aritméticas y geométricas, una mañana revisaron por inercia y sin esperanza sus correos electrónicos y pensando que era un spam, dieron un indiferente click en aquel mail que no era spam: “Su solicitud para estudiar matemáticas en Alemania, ha sido aceptada...”)

VIII

Los poquitos minutos que has pasado leyendo las nueve páginas desde el capítulo VI de este relato, para Narciso fueron diecinueve años; 19 años viviendo con Laura en los cuales Narciso terminó por acostumbrarse a los almuerzos crudos y aguados y sin sal, a los cigarros por la tarde parado en la esquina conversando necedades con sus amigos quienes siempre beben cervezas y hablan de concretar algo que nunca concretan ni concretarán, amigos que a cada rato lo instigan a meterse con prostitutas... Narciso ya se acostumbró a las cenas con arroz quemado y pollo salado entre gritos e insultos, a la televisión eternamente prendida a todo volumen, a la luz recién apagada junto a un frío y cada vez más lejano cuerpo, y a sus precoces eyaculaciones sin orgasmos ni nada.

Añade a lo anterior las constantes intromisiones de la madre de Laura en su estéril matrimonio -siempre absolutamente borracha-culpándolo de que Laura no le haya dado nietos y de que su hija pase ahora casi todo el tiempo en la cama, bordando mal y cocinando peor... y culpándolo también de que el abuelo y el padre de Laura hayan muerto de cirrosis, y que doña Gertrudis, la abuela de Laura, haya muerto de un infarto.

—¡Maldi ¡Hik! ¡Maldito hijo de puta! ¡Todo ha sido por tu culpa! -le grita su suegra cuando está borracha, y la mamá de Laura está siempre borracha-.

IX

(Hay una foto del escritor Thomas Wolfe en la cual aparece con el pie izquierdo apoyado en unos cajones llenos de páginas manuscritas: son 3 cajones abarrotados de blancas hojas escritas de su puño y letra: era el borrador de su novela “Del tiempo y el río”...)

¡Es genial nuestro juego de la máquina del tiempo!
¿Lo recuerdas aún?

Ahora son las 23:35 de este miércoles 04/10/2017: mi perrita y mi gatita duermen aún a mis pies; terminó Boris Brejcha y ahora llueve tan pero tan fuerte que debí subir el volumen al máximo para apenas escuchar “Live at Wembly 86”, de Queen”... ÉSTA es MI EPISTEME, mi innegable verdadera verdad, así como también lo es el hecho de que yo no tenga la más mínima idea de quién eres tú ni qué día ni qué hora es ahora para ti en este momento que tú me lees, o si llueve o no o qué música escuchas si es que escuchas alguna, en este preciso instante en el cual me estás leyendo...

LA REALIDAD es que tú y yo constituimos dos Universos increíblemente diferentes y lejanos en el tiempo y en el espacio, pero que coexistimos y nos fusionamos gracias a la literatura, al compás de una narración que un desconocido -que soy yo- escribe para una incógnita persona -que eres tú-: caminamos simultáneamente por “El Chicho” y pasamos un rato agradable nadando entre las palabras que voy escribiendo a medida que tú las vas leyendo, sin habernos mirado nunca a los ojos y sin siquiera haber escuchado nunca nuestras voces.

¿Sabes? Me tomó 13 años terminar la última versión de este relato, porque lo empecé a escribir mucho antes del 4 de octubre del 2017 sin imaginar que me demoraría tanto en acabarlo, y que además le añadiría algunas reflexiones de un par de cosas que me sucedieron desde el cuatro de octubre del 2017

X

Los minutos que te tomó leer el capítulo IX, para Narciso han significado treinta años: Narciso tiene ahora 66 años de edad.

Su abuela y su madre están enterradas hace mucho tiempo: la abuela de Narciso falleció de muerte natural... y la madre de Narciso se ahorcó.

Entre las dos le dejaron una herencia, no millonaria ni mucho menos pero que le alcanza para seguir viviendo sin trabajar.

Algunas de las hermanas de Narciso viven aún; sin embargo, hace más de 25 años que no tienen ningún contacto con él.

La casa de la familia de Narciso se quemó en un incendio hace veinte años, y el sitio ahora está cubierto de pasto y de árboles llenos de pajaritos e insectos. Algunos ratoncitos viven también allí.

Y también hace veinte años, en una de sus enormes borracheras, la madre de Laura se bebió por error una botella de ácido muriático, y falleció al día siguiente.

Laura murió hace 19 años, “un problema al interior”, diagnosticó el médico.

Laura era hija única y tampoco tuvo hermanastros ni hermanastras, y luego de la muerte de los abuelos y de los padres de Laura, y de Laura misma, Narciso se quedó viviendo en aquella casa y desde hace diecinueve años, Chicho vive solo.

De su matrimonio con Laura, a Narciso le queda el recuerdo de las comidas mal hechas, de los cigarros en la esquina con los amigotes cerveceros ya muertos o que se cambiaron de casa, del olor de las putas feas y de los escándalos y peleas en el “hogar” de Laura, de su “vida sexual” con ella y una foto mal tomada de la boda, que se llena de polvo y tiempo en algún olvidado rincón de la casa.

Tres veces a la semana, una mujer casi anciana llamada Eduviges, o Ester o María -él nunca se aprendió su nombre así que sólo le dice “oiga, señora, necesito esto o lo otro, por favor”-, tres veces a la semana, la señora va a hacer el aseo a la casa de Narciso y deja cocinados los alimentos que Chicho rara vez come, pues Narciso prefiere desayunar y almorzar -y en ocasiones también cenar- en la cocinería de siempre, esa que está un par de cuadras hacia el poniente del cuartel de bomberos.

Chicho compra el periódico y lo lee mientras desayuna o almuerza en la cocinería pero poco entiende de lo que lee más allá de que asesinaron al dueño de la casa de empeños, lo del robo al banco o el accidente de tránsito del diputado Zañartu...

Los días que Narciso se levanta -pues a veces se queda en la cama varios días seguidos y no sale de ella más que para ir al baño-, esos días en los cuales Narciso se levanta, luego de desayunar o almorzar en la cocinería, va a la plaza con una bolsita de migas de pan para arrojárselas a las muchas palomas que ya lo reconocen de lejos.

Ayer, la señora Eduv... Est... Mar... hemmm, bueno, la señora ésa que hace el aseo y la comida, ayer me dijo que había encontrado bajo el mueble de la vajilla una foto enmarcada. “Tráigamela cuando tenga un tiempo”, le pedí. Encontré la foto por la tarde, luego de almorzar allá en la cocinería.

En la foto estaba mi madre, con el rostro triste y con un bebé en sus brazos, junto a un hombre muy grande y de ojos azules. Comprendí que el señor era mi padre y que el bebé era yo.

Mantuve la foto largo rato en mis manos, la dejé sobre la mesa y caminé hacia el espejo en medio de la sala.

Mis cabellos, que habían comenzado a tornarse grises hace diecinueve años, ahora son completamente blancos.

(Un rostro lleno de arrugas, unas huesudas manos hurgando desesperadamente en su pantalón y en su calzoncillo, la erección de su pequeño pene y una lengua metiéndose entre sus labios y sus diminutos dientes... su llanto... otra vez el miedo y el llanto y esos secos y arrugados pechos aplastando su pequeño rostro, una boca que apesta a vinagre y a caca y el miedo y aquella lengua y encías sin dientes presionando su infantil boca y esas manos huesudas manoseando y apretando bruscamente su pequeño trasero...

“¡No! ¡No! ¡Mamá! ¡Mamita! ¡Mamita báñame tú!”

— ¡Cállate, chiquillo de mierda! ¡Duérmete de una vez!

— ¡No, mamá, no, no! ¡Ven, ven, báñame tú! ¡No me dejes solo!

— ¡Tranquilo, Chicho! ¡Tranquilito, tu abuelita te va a hacer cositas muy ricas!

— ¡NO, NO, MÁMÁ! ¡¡¡MAMÁÁÁÁÁ!!!!

— ¡¡CÁLLATE, CABRO CULIAO!! ¡¡VAS A DORMIR CONMIGO PORQUE YO SOY TU ABUELA!!)

Narciso... la amargura en el Alma y la frustración de una vacía vida que no sabía que lo había sido y que lo continuaría siendo, esa amargura, se mezcla en la imagen que de las canas de Narciso le devuelve el espejo en medio de la sala.

En aquel espejo, en la imagen entre el tiempo y la eternidad que de sí mismo contempla Narciso en el espejo durante media hora, una o dos horas o uno o dos días, Narciso siente por primera vez, quizá por única vez en su vida que, de alguna manera, su existencia podría tener alguna clase de propósito.

Obviamente que a Narciso le es imposible comprenderse a sí mismo, explicarse o expresar en cualquier modo esto que sin saber está pensando; sin embargo, esta especie de revelación frente al espejo que acabas de leer Narciso la está sintiendo y experimentando en este preciso momento, en éste momento en el cual escribo el relato golpeando furiosamente el teclado de mi notebook mientras una lluviosa noche a las 03:46 de la madrugada me hace compañía junto a la canción “Gavilán Gavilán”, de Violeta Parra... Narciso y aquel espejo y todo este momento que te envuelve a ti y a mí y a Violeta mientras concibe en su imaginación “Gavilán Gavilán” y tiempo después escribe la letra y luego materializa la canción y después la graba en el año 1957, y ahora yo escucho la canción mientras voy escribiendo este relato, aunque en verdad el relato lo escribes tú con tus propios ojos a medida que me vas leyendo...

En todos estos momentos separados en el espacio y en el tiempo pero ahora simultáneos, Narciso siente lo que siente en el exacto segundo en nuestros presentes en los cuales Violeta graba y yo escribo y tú me lees, y se contempla Narciso en aquel espejo y siente eso que siente respecto a su existencia pero que no puede verbalizar, y aunque le sea imposible de expresar en modo alguno y que jamás había sentido esto antes, Narciso ahora lo está sintiendo, lo siente al mirar la imagen que el espejo le devuelve, la imagen de sí mismo que aquel espejo le devuelve, ahora, en este momento, un momento dentro de un ahora en el espacio del tiempo sin tiempo en donde yo escribo en el mismo instante en el cual Violeta graba la canción y yo la escucho y tú me lees escribiendo con tus ojos las palabras que yo canto en este teclado de un computador... infinitas y eternas vivencias mientras Narciso contempla su vida desde aquel espejo en el medio de la sala.

XI

Narciso nunca ha sido una mala persona, violento, mentiroso o cizañero; de hecho, en las navidades reparte pequeños regalos entre los niños y las niñas que mendigan por el pueblo; intenta ayudar a los perritos y gatitos quienes, en las orillas de las calles, aúllan o maúllan de dolor por haber sido atropellados; en la vereda de su casa deja recipientes llenos de agua y de la comida que la señora Eduv... o Est... bueno, Narciso deja en la vereda los pots con la comida que la señora cocina y que casi nunca se come, y él deja la comida en recipientes en la vereda y las perritas y gatitas abandonadas se la comen...

Ayer, Narciso fue al médico.

—Lamento decirle que tiene cáncer, y en fase terminal. Le quedan sólo dos meses de vida, lo siento...

XII

No hay, en la imaginación de Narciso, una existencia distinta a la que ha vivido, y por eso no existe frustración en su Ser por no haber luchado para conseguir otra existencia distinta a la que ha vivido. Tampoco se lamenta por los errores cometidos (¡Qué equivocaciones podría concebir alguien que no conoce la autoconciencia ni la reflexión!), y a raíz de todo lo anterior, no le pesa el no tener tiempo más que los dos meses que le restan de vida para enmendar cosa ninguna, pues cosa ninguna debe enmendar.

XIII

Hace cuatro meses que a Narciso le dieron la terrible noticia del cáncer, y aunque el pronóstico del médico no se ha cumplido -incluso, la enfermedad parece haber acabado-, hace dos días regresó al doctor con un dejo de esperanza: el doctor le confirmó el lapidario diagnóstico, y le repitió que sólo le quedan dos meses.

((Ya no hay lluvia. Me despertó hace unos minutos un brillante Sol metiéndose por la ventana y dándome directo en el rostro; abro los ojos y lo primero que veo es el teclado pegado en mi cara: me quedé dormido encima del notbuk y abrí los ojos y despegué mi rostro del teclado, moví el mouse y se encendió la pantalla: eran las 10:15 de la mañana del cinco de octubre del 2017

Y ahora, con un hambre atroz y sólo una naranja en mi estómago, continúo dándole duro al teclado)

Recuerdo los diecisiete años que me ha tomado estudiar el arte de la escritura, practicar la estructura de las oraciones y trabajar los estilos dialógicos y la composición de los tiempos narrativos... pienso en Truman Capote, quien a los **nueve años** escribió su primera novela, pienso en Alberto Moravia quien la hizo a los 22 años con “Los Indiferentes”; pienso en que a Chejof le encargaban un cuento de un día para otro y él siempre cumplía; pienso en el maestro Nietzsche, quien se tiró el Zaratustra original en sólo diez días... pienso en el maestro Bukowski y su Senda del Perdedor, también escrita en diez días...

Y yo me he pasado 17 años de continuo esfuerzo para apenas quedar conforme con mis textos.)

Demás que te has dado cuenta de esto: hay gente que nace con el don de la prosa o de la actuación o del canto o tocan muy bien los instrumentos musicales, o tienen talento en la plástica o habilidad en los deportes, o mucho carisma; parecen nacer con un cierto “ángel” pero si les faltan todas las virtudes anteriores, incluso si ni siquiera saben hablar bien, les llevará al éxito su atractivo cuerpo y su hermoso rostro.

Pero al mismo tiempo en el cual se reparten con holgura bellezas y aptitudes, el resto nacemos medios tontos, feos y torpes, y contamos únicamente con las ganas de no andar por la vida haciendo el ridículo.

Sin embargo, muchas gentes feas, torpes y tontas y que no tienen ningún talento innato, llegan día a día a la cumbre del éxito porque quizás, un deseo intenso, pero uno verdaderamente intenso, puede crear el talento del cual tanto carecemos.

Y eso mismo le sucedió a Narciso, o sea, algo “más o menos como eso”: un día, una noche mejor dicho, Narciso se despertó sobresaltado por una idea: “la única razón de nuestra existencia, es exprimir al máximo cada experiencia”.

Narciso acaba de comprender que él sí tenía algo que enmendar en su vida.

XIV

Pero en el fondo, la verdad es que Narciso no pretendía arreglar nada ni retribuir nada a nadie, ni dejar algún legado que trascendiera al tiempo y al espacio.

Narciso no tenía la más mínima conciencia de que cuando llegase su hora, prácticamente nadie se enteraría de su muerte y aquellos que lo supiesen al poco tiempo le olvidarían, y sería como si Narciso jamás hubiese existido, ni Narciso ni tampoco su padre ni su abuela ni su madre ni su esposa ni la señora Gertrudis ni don Nicanor ni la señora que le iba a cocinar y a hacer el aseo; nadie se enteraría de sus experiencias, aquellas monótonas y básicas y poco edificantes experiencias, experiencias de mierda pero suyas al fin y al cabo...

Hablamos de LA VIDA de un ser vivo y de su nula autoconciencia respecto a sus vivencias; sin embargo, estamos hablando sobre SUS experiencias, SUS vanas conversaciones y SU intrascendente y frívola vida.

Narciso jamás leyó un libro completo ni vio alguna obra de teatro o una ópera ni tampoco presenció un concierto, nunca compartió con personas siquiera aficionadas a esas cosas o participó de actividades intelectuales o culturales, exposiciones gratuitas por ejemplo, intervenciones artísticas al aire libre etcétera, y lo único que impulsa ahora a Narciso para realizar lo que le dijo aquella idea, ésa idea que le dijo que la única razón de nuestra existencia es exprimir al máximo cada experiencia, ahora, su motivación es precisamente ésa: la idea misma de materializar aquella idea.

Narciso jamás había tenido motivación por nada.

XV

Esta mañana, Narciso abre los ojos antes de la hora acostumbrada. Lo primero que escucha son los cantos de los pajaritos y lo primero que ve, es el techo de la habitación: su verde tonalidad, la ampolleta que cuelga apagada en medio del techo y los rayos del Sol destellando suavemente sobre esa verde tonalidad del techo, color que en los lugares en los cuales se posan los haces luminosos, se ve blanco.

El motor de un automóvil ruge junto a su ventana. Respira muy hondo. Uno... dos... tres segundos... y deja salir el aire desde su Ser.

En silencio, contempla el bulto que yace bajo las sábanas y la frazada; lentamente comienza a levantar las sábanas y la frazada, y se mira y dice en voz baja: “soy yo. Esto soy yo, esto que levanta las sábanas y la frazada de lana, soy yo... me voy a morir... me voy a morir... ya me debería haber muerto hace un año y todavía no me muero pero sé que ya no me queda mucho tiempo... Laura no me ha querido llevar porque quiere que exprima al máximo cada experiencia”.

Deja de levantar las sábanas, se detiene y las comienza a bajar despacio sobre su cuerpo; se cubre nuevamente y posa sus manos sobre su vientre, sintiendo en su vientre sus frías manos y sintiendo en sus frías manos la tibieza de su abdomen. Un perro está ladrando en la calle mientras la habitación se llena cada vez más con los cantos de los pajaritos, y con la luz del Sol.

Narciso escucha unas llaves tintinear, y la cerradura de la reja en movimiento; la puerta de la reja chirría al abrirse, y al instante suena un poquito al cerrarse. Segundos después, nuevamente, las llaves tintinean y la cerradura se acciona: es la puerta principal de su casa la que alguien está abriendo.

La puerta se cierra con un suave y misterioso golpe. Pasos sigilosos. Narciso respira muy hondo, acostado y totalmente indefenso en su cama...

Más pasos. Narciso suspira. Otra puerta se abre.

Más misteriosos pasos...

Una música a bajo volumen comienza a sonar en la cocina, y la llave del grifo deja escuchar el chorro de agua mientras el suave topón de algunos platos o tazas y cucharas o tenedores y cuchillos, penetra en sus oídos: es la señora Eduv... Est... Mar... heemm, la señora que le cocina a Narciso es quien ha llegado.

Chicho se mira en la cama y tiene la impresión de nunca haber sentido sus extremidades, de no haberse percatado de ellas ni de los dedos de sus manos y pies. Encoge y estira todos sus dedos y se acurruca sobre sí mismo, juntando sus manos bajo la cabeza.

Chicho suspira muy profundo llenando sus pulmones, y expira el aire; cierra sus ojos otra vez y poniendo sus dedos sobre sus párpados, se dice en voz baja, como maravillado: “¡Esto soy yo!... Este soy yo y estas son mis manos... y estos ojos, son mis ojos...”

Siempre con sus manos juntas bajo su cabeza, Narciso se estira en la cama, abre los ojos y se quita las sábanas y la frazada de encima, se gira y se sienta al borde de la cama poniendo sus pies en el piso, las manos apoyadas en el colchón, la espalda encorvada y gacha la cabeza, y se queda inmóvil escuchando largo rato a la señora en la cocina tarareando las canciones de la radio y rayando verduras.

Narciso tiene una extraña sensación de que él no es él, de que ese cuerpo no es suyo ni aquella vida, es su vida.

Siente miedo pero al instante el miedo se desvanece y le rodea una infinita tranquilidad... nada lo apura: aún tiene los dos meses que le quedan de vida.

“Exprimir al máximo cada experiencia...”, se dice sonriendo Narciso mientras mira a su armario, pensando en la ropa que vestirá hoy. Decide que hoy usará el traje verde, se pone de pie y comienza a caminar lentamente hacia el armario, a caminar muy lentamente hacia el armario, muy lentamente, lento y cada vez más lento, moviéndose siempre más lento, más y más lento hacia el armario, más y más lento, cada vez más lento... pero sin llegar a detenerse jamás.

Un cartero

(Versión julio 2015)

Hace aproximadamente quince años, y gracias al auge económico de finales del siglo veinte e inicios del veintiuno, comenzó a ocurrir en Santiago de Chile un fenómeno socio-cultural nunca antes visto, y yo tuve la enorme suerte de presenciarlo, frente a frente.

Para poder juntar dinero y estudiar en la universidad, había entrado a trabajar como cartero a la principal agencia de correos del país, con el correspondiente bolso, gorra y bicicleta, cumpliendo la función de “supernumerario”, es decir, estaba encargado de reemplazar a las y los colegas que salieran con descanso por vacaciones, que presentasen licencias médicas por diversas enfermedades, casi siempre ficticias, o que pidieran el día libre y no fuesen al trabajo; llamaban y avisaban que ese día faltarían, “se me enfermó la señora”, “me salió un trámite urgente”, o simplemente no llegaban. Nuestra jornada era de lunes a sábado y debíamos firmar la entrada a las nueve de la mañana,

terminando nuestro día laboral al acabar de repartir las cartas. Si, por ejemplo, a las diez un cuadrante seguía desocupado, el jefe, don Pedro, me mandaba a cubrir ese sector, “oiga Cesar, doña Fresia no ha llegado aún así que vaya a ordenar sus cartas, allá en su cubículo están, es el número ocho ¿ve?”. A veces no faltaba nadie y don Pedro me llamaba a su oficina para decirme que tendría que acompañar a Jorge, “anda medio mal de un hombro, para que le eche una manito, ¿ha?”.

Llegaba yo siempre poco antes de las nueve, traspasaba el portón y dejaba la bicicleta en el patio, afirmada en una muralla. Revisaba el bolso que traía en el canasto de mi vehículo y sacaba las cartas que habían sido rechazadas en la jornada anterior, además del envoltorio de papel que contenía mi desayuno: siempre pan, unos días con láminas de cecinas, otros con láminas de queso y a veces un par de enormes tomates y paltas para prepararme contundentes y sabrosos sándwiches, “sanguches”, como decimos en Chile. Con mi alimento en la mano entraba a la agencia, sonriendo, por una puerta azul y saludando a mis colegas, me dirigía al mesón principal a firmar la entrada.

Tal era mi rutina al comenzar mi jornada diaria como cartero, en el Chile de principios del siglo veintiuno.

Mientras termino de ordenar las cartas del cubículo ocho, alguien pone afectuosamente su mano sobre mi hombro derecho: es la señora Fresia que ha llegado; luego de saludarnos, me pregunta si ya me han designado algún cuadrante.

- Sólo faltaba usted por llegar así que don Pedro me iba a dar su sector hoy día.

- Ya, le diré a Pedrito que me siento algo mal del estómago y que te mande conmigo. Está de cumpleaños mi hija Valeria, cumple trece años y nos queremos ir a la playa este fin de semana; sabes que soy mamá soltera y que vivimos sólo las dos, así que esto es lo que haremos: sales conmigo ahora y mañana, cuando llegues, trata de que no te vea Pedrito y te vienes directamente a ordenar mis cartas, de modo que te manden para acá de nuevo, ¡ya verás que mi sector es súper fácil!, yo el lunes traigo un papel del médico y listo.

La oficina de correos correspondiente a la comuna de Santiago Centro se encuentra ubicada en la esquina de Alameda con Matucana, casi en medio de la capital, y el cuadrante en el cual trabajaba la señora Fresia -“dime Fresia no más, si me tratas de usted me haces sentir más vieja”, me dijo aquella mañana con una coqueta sonrisa- comenzaba cinco cuadras al norte, en la calle Catedral.

Tenía como límite oeste Matucana, septentrional la Avenida Mapocho y como frontera oriente la Avenida Brasil. En total, el sector comprendía doce cuadras formadas por siete calles, con sus direcciones perfectamente numeradas y a la vista, cosa importantísima para quien desempeña este oficio. Cuando llegamos a la calle Catedral, Fresia se despidió de mí y se alejó sonriente (un suceso inverosímil hizo que nunca más la volviera a ver, ni yo ni nadie en la oficina de correos). Aquel viernes no tuve problema alguno para repartir la correspondencia; el sábado me resultó aún más fácil. Cuando llegué el lunes don Pedro me mandó a ordenar las cartas del mismo sector, ese día y los cuatro siguientes; el sábado me comunicó, con gran solemnidad,

que dejaría de ser supernumerario pues me asignaría ese cuadrante ya que Fresia había renunciado. “¿Renunció?!, ¿Y por qué renuncio?”, “una tía en tercer grado le dejó una herencia, la señora no tenía hijos ni maridos ni nadie excepto ella, a quien nunca había visto...la suerte de alguna gente oiga, ¿cierto?”.

El sector que repartía Fresia abarcaba por completo el Barrio Yungay, distante veinticinco cuadras de la Plaza de Armas, unos cuarenta minutos si se va a pie. Este barrio, en el cuál viví gran parte de mi infancia, es muy importante en la historia de Chile, pues fue uno de los primeros suburbios de la capital, y aún quedan en él muchos testigos de la llamada “Cuestión Social”, aquella tremenda crisis que dejó a miles de personas en la más profunda indigencia: a comienzos del siglo veinte, desde el sur, millares viajaron al norte para trabajar y vivir en los campamentos mineros del salitre, trabajando en pésimas condiciones, carentes de las más elementales medidas de seguridad y viviendo hacinados en precarias viviendas de calamina sin una mínima aislación, un verdadero horno bajo el extenuante sol de la pampa nortina durante el día y envueltas por las temperaturas bajo cero de aquel

desierto de Antofagasta en la noche, hombres, mujeres, niños y niñas. Llegaron con la ilusión de escapar de la pobreza que les azotaba en el sur, mas se equivocaron. Durante muchos años, a los trabajadores no les pagaron con dinero, sino con fichas sin valor de cambio fuera de aquellos campamentos mineros, debiendo comprar sus alimentos diarios a precios exorbitantes, en almacenes llamados “pulperías”, siendo los dueños de estos usureros comercios los mismos dueños de los campamentos salitreros. Luego de muchos episodios de terrible violencia, se acordó pagarles con moneda corriente, sin embargo, no alcanzaron a disfrutar de una mejor calidad de vida pues el auge del salitre terminó en 1930. Los alemanes inventaron el salitre sintético, ellos y la crisis de 1929 fueron los responsables directos. Las oficinas salitreras cerraron y los trabajadores y sus familias quedaron con los brazos cruzados y los estómagos vacíos. Sin expectativas, se devolvieron al sur; muchos se quedaron en la mitad del camino, en Santiago.

Llegaban en masa a la capital pero acá tampoco había nada para aquellas personas y los esfuerzos de la iglesia y de las mutuales de obreros por ayudarles no fueron suficientes. Sin nada para comer ni un lugar fijo para

dormir, aquella gran masa humana podría volverse revoltosa, así que las autoridades decidieron entregarles certificados que “certificaban” su necesitada condición, cosa absurda pues bastaba sólo mirar sus miserables aspectos para saberlo: niños con sus pies descalzos y sucios, inmundo también el pantalón afirmado con una tira en diagonal pasando sobre uno sus hombros y por sobre el torso desnudo y raquítico; remendados y mugrientos los vestidos de las niñas, descalzas y muy delgadas también; una vieja camisa, un gastado pantalón, zapatos rotos, barbudos y desgredados, sucios y mal olientes los hombres; sus mujeres con ropas y aspecto en las mismas o peores condiciones, en sus brazos o tomando de la mano a sus pequeños niños -uno de los cuales se convertiría, cincuenta y cinco años después, en mi abuelo-. Con los timbres y firmas correspondientes sobre el papel, aquella miserable gente se proveería de sustento con la venia oficial, mendigando legalmente sin temor a ser molestados por la policía ni recriminados o insultados por nadie. En las calles de Chile limosnearon comida y dinero, en casas y almacenes, para una institución que fue conocida como “La Olla del Pobre”: “patroncito, una ayudita por el amor de Dios, somos cesantes del salitre”, y la gente y los dependientes les daba unos pocos centavos, pesos a

veces, y tal o cual paquete de ajos blandos o de cebollas brotadas, y váyanse luego por favor que me espantan la clientela...

Aquella triste y amarga experiencia volvió alcohólicos a muchos, quienes terminaron por acostumbrarse a mendigar sólo para comprar vino u otros licores; sin embargo, la mayoría de ellos se sobrepuso, y después de preguntar por aquí y por allá, ayudando hoy en este lugar y mañana en este otro, lograron encontrar algún trabajo, precario pero trabajo al fin, y tuvieron un salario seguro. Tras mucho esfuerzo, dejaron las calles y se fueron a vivir a los tristemente famosos “conventillos”. Son estos terrenos a los cuales se entra luego de atravesar una pequeña puerta en el medio de un pórtico o portón. Avanzando por un corto pasillo siempre mal iluminado, se divisa un gran patio lleno de piezas ubicadas en sus orillas. En medio de ellas hay dos pequeños cuartos que son utilizados, como cocina uno y como baño el otro; a su lado una llave o una pileta, a veces un lavadero. Sólo las piezas destinadas a habitaciones son privadas, pues el baño, la cocina, la llave o pileta, y el lavadero si es que existe, deben usarse comunitariamente. Por el medio del conventillo solía correr una acequia por donde se evacuaban los desechos

inmundos del baño y el agua no tan inmunda de las llaves o piletas, y de los lavaderos. En tales lugares se hacinó durante aquel tiempo todo el bajo pueblo capitalino, familias con cinco o más integrantes, padre, madre e hijos, y algún pariente o amigo, durmiendo de a tres o de a cuatro incluso en cada cama; en ocasiones no había tal cama y sólo una colchoneta cumplía esa función, quizá sin frazada o con una muy delgada. A veces no había nada en lo cual tenderse a descansar y los habitantes de esas piezas debían dormir en el suelo, tapados con hojas de periódicos durante todo el invierno, abrazándose acurrucados intentando quedarse dormidos mientras escuchaban la lluvia sobre el techo, tal vez orinándose de frío...

Una de esas piezas era ocupada por el mayordomo del conventillo, quien estaba encargado, entre otras cosas, de dar y cortar la luz, mejor dicho, de prender y apagar la única ampolleta en medio del patio; la electricidad era costosa como para tenerla encendida desde que oscurecía hasta el amanecer, por lo cual las personas habitantes de aquellos lugares debían iluminarse con velas, y como todas las piezas eran de material ligero, los incendios eran comunes. Así y ahí, en aquella tremenda insalubridad, vivieron, procrearon,

nacieron y murieron en el más absoluto anonimato incontables personas, obreros, ladrones, policías, basureros municipales o privados, jugadores, mendigos, empleados públicos de baja categoría, prostitutas y muchos artistas a quienes nadie vio en escena, nadie aplaudió, nadie admiró y ni tan siquiera oyó nombrar.

En Santiago también florecieron los llamados “cités”, pasajes angostos con o sin salida en cuyos costados había muchas puertas que daban ya no a piezas sino a casas, no muy grandes pero sí con más de una habitación, con baño y cocina privados y a veces con un pequeño patio interior. Las familias mejoraron su situación económica, dejaron estos conventillos y se fueron a vivir a los cités (por esta época, y en uno de ellos, nació la que, dos décadas y media después, sería mi mamá). Luego de muchos años de trabajo y ahorro, pudieron comprar esas viviendas en los cités o partieron desde ahí a otros barrios a disfrutar, finalmente, de un casa, propia o arrendada, más grande ahora y sin tener que compartir con otras gentes el baño, la cocina ni el patio; por ese tiempo nació yo.

Siguieron cayendo las hojas del calendario y, comenzado apenas el siglo veintiuno, los conventillos empezaron a ser ocupados por familias que no eran chilenas, sino peruanas. Cuando me asignaron el sector de Fresia sólo habían pasado tres meses desde el inicio del segundo milenio, y al llegar a las puertas en medio de los pórticos o portones, avanzando por el corto pasillo mal iluminado y luego por el patio, veía a muchos niños jugando, haciendo ya rondas o persiguiéndose unos a otras, todos riendo y saltando, gastando su gran energía, y corrían hacia mí gritando “¡cartero!, ¡cartero!” cuando me veían llegar. Nada había de singular en aquello excepto el hecho de que muy pocas cartas venían dirigidas a personas o familias con apellidos comunes en Chile, Pérez Díaz, Carrasco Zúñiga o Torres Curín, por ejemplo; la mayoría de la correspondencia era dirigida a Mamanis, a Quispes y a Huamanes, cuyos remitentes se encontraban en Arequipa, Tacna, Lima o Juliaca.

Pasó mi primer año de universidad mientras las cartas para personas o familias chilenas dejaron de llegar, reemplazadas totalmente por remitentes del Perú, tal como los niños y niñas que jugaban y corrían y gritaban y se perseguían en aquellos patios. Muchos eran los conventillos y cités de aquel

barrio, y el fenómeno fue replicándose en todos y cada uno de ellos, y lo mismo sucedía en otras comunas de la capital. Este hecho fue muy comentado en la agencia, principalmente mientras tomábamos desayuno antes de comenzar a ordenar la correspondencia diaria. Cada vez era más frecuente ver peruanos y peruanas viviendo en distintas poblaciones marginales.

Estas personas inmigrantes se procuraban el sustento, al principio, vendiendo en las calles frituras de todo tipo, en cocinas que improvisaban en el interior de carros de supermercado. Ofrecían piernas de pollo cubiertas de pan rallado, muy crujientes, papas rellenas con carne molida y cebolla y también comidas propiamente tales como tallarines con ají de gallina, papas a la huancaína o arroz chaufa, comidas que sus compatriotas, y yo también muchas veces, devoramos con fruición de pie junto a esos carros, en platos de loza con tenedores y cucharas de metal que las mismas vendedoras nos prestaban, atentas siempre a la policía y arrancando de ella con todo y carro, siendo muchas veces apresadas. Pero la multa valía menos que lo que ganaban, así que en un día de trabajo conseguían el dinero para pagarla y nuevamente les podía ir a comprar almuerzos. Muchos chilenos miraban con

desconfianza esta cultura culinaria extranjera, “¿has visto que comen en la calle?, ni se sientan, qué raras costumbres”, pero terminó por ser común ver a hombres y mujeres de pie, con el maletín junto a sus piernas ellos y la cartera bajo el brazo ellas, disfrutando los sabores del Perú: “deme más salsita de esa picante que tiene por favor”, “¿esta?, esta se llama rocoto pé, tome mamita, está muy rica”. Muchas veces hice un alto en mi jornada para comprarles, además de almuerzos, fruta picada en grandes vasos de plástico, y refrescantes jugos de naranja y pomelo en otoño e invierno, y de frutilla y melón en primavera y verano, en similares carros con unas enormes prensas exprimidoras adheridas a un costado. Eso hacían las mujeres madres de aquellas familias llegadas a Chile, mientras los hombres se desempeñaban como jornaleros en construcciones, o panaderos o cocineros, sólo por la mitad del sueldo que lo haría un trabajador chileno.

La Plaza de Armas comenzó a llenarse de peruanos en espera de alguien que necesitara mano de obra baratísima; muchos tenían suerte y se iban a trabajar como jardineros, carpinteros o pintores, por largas temporadas o sólo por el fin de semana, “tiene que pintar dos piezas no más”; otros no la tenían y

debían volver a los conventillos con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. En aquel tiempo era también común escuchar comentarios tales como “estos peruanos nos vienen a quitar el trabajo, que se vayan a su país mejor”, o “mi patrón despidió a los mejores cocineros y contrató a puros peruanos, cocinan bien pero cobran muy poco, y ahora por su culpa yo quedé cesante”. Como venían con visa de turista, debían trabajar ilegalmente y era ese el motivo de que les pagaran poco y de que los trabajadores chilenos estuviesen enfadados. Por otra parte, siempre había existido una gran discriminación hacia los ciudadanos de dos de los países fronterizos, Perú y Bolivia, lo cual se acentuaba con los bajos salarios que los peruanos estaban dispuestos a recibir; de todos modos, la gente de Bolivia siempre había tenido un bajo perfil y muy pocos vivían en Santiago. De hecho, nunca me tocó entregar una carta para ellos. Se sustentaban vendiendo en las calles chalecos artesanales traídos desde aquel país andino. En contraste, se admiraba a los habitantes del tercer país limítrofe, Argentina, de seguro por tener rasgos europeos.

El río del tiempo siguió su curso y logré complementar perfectamente el trabajo y mis estudios, por lo que aprobaba los semestres con muy buenas calificaciones, mientras los carritos de comida se transformaban en pequeños locales primero y en grandes cadenas de restaurantes de comida peruana después. Ya casi no se escuchaban comentarios discriminatorios. Muchas familias se fueron de los conventillos a los cités para terminar comprando su casa propia, y llegaron a ocupar esos conventillos inmigrantes de Colombia primero -durante muy poco tiempo- y luego de Ecuador y Haití. Aquellos inmigrantes no sufrían discriminación alguna ya que parece ser un fenómeno corriente que los países vecinos se discriminen entre ellos.

Los peruanos que llegaron a vivir acá eran, como somos muchos chilenos, “cholos”, es decir, de tez más morena que blanca y con rasgos indígenas; los colombianos no eran cholos sino que morenos, muy morenos algunos, con rasgos más africanos que indígenas, y a veces también blancos; los ecuatorianos, nunca blancos, eran muy morenos o negros ya, evidentes descendientes de africanos; además, las mujeres colombianas y ecuatorianas tienen una característica muy llamativa: sus grandes caderas, muy

comentadas por todos los hombres de Santiago. El caso de los haitianos fue un tanto diferente pues ellos hablan Creole, un francés “haitianizado” que nada tiene que ver con el español chileno que hablamos acá, por lo que siempre andaban de a dos o tres y un tanto apartados. Además, en principio, llegaron sólo hombres, y todos negros-negros (de estos tres grupos de inmigrantes, los colombianos no se dedican a vender comidas en las calles, sino que trabajan como empleados, generalmente en tiendas de ropa, y muchos de ellos, que eran profesionales, pusieron consultas médicas o veterinarias; fue esa la razón de que la mayoría no se hacinara en conventillos, por lo menos no tanto tiempo. Los ecuatorianos y haitianos no tienen mayor calificación o profesión, por lo cual siempre andan mal vestidos y trabajando con palas y picotas, haciendo hoyos en las calles o tapando hoyos en las veredas; las mujeres ecuatorianas y posteriormente también las haitianas venden frutas y frituras en las calles y viven en los conventillos. Llegan en grupos grandes por lo que es muy común que se hacinen ocho o diez de ellos en esas pequeñas piezas, tan común como los incendios provocados no ya por las velas de antaño, sino por las instalaciones eléctricas

precarias y de pésima calidad que les procuran corriente para su música, su televisión y su iluminación).

Con cada día, cada mes y cada año que pasaba se hacía costumbre que en los microbuses, en el metro, en los restaurantes y en bares, en todos lados en fin, se escucharan nuevas formas de hablar, nuevas palabras y nuevos acentos, y entre esta llamativa mixtura oral finalmente egresé, entre los primeros de mi promoción. Renuncié al empleo de cartero y comencé a hacer clases en un liceo de Santiago, cuando ya no era raro ver a un haitiano vestido de terno y corbata, llevando un elegante maletín en su mano.

El último día de clases del año pasado, una alumna se acercó a hablarme: “profesor Carrasco, yo le quería dar las gracias por algo que sucedió hace muchos años... resulta que yo vivía con mi madre en Santiago centro, nosotras llegamos desde Juliaca pues ella quería que yo tuviese algún futuro y allá no tenía ninguno posible, hay mucha pobreza. Pero las cosas fueron saliendo muy mal, le habían quitado el carro con el que vendía jugo de frutas y tampoco le daban la residencia definitiva para poder trabajar, y ya no

teníamos nada para comer...un viernes me dijo que tendríamos que volver a Juliaca, pero al otro día llegó el cartero con una carta en la que le informaban que le habían otorgado la residencia definitiva, y con ese documento pudo entrar a trabajar; después nos cambiamos a una casa muy bonita, ahorró para mis estudios y el próximo año entraré a la universidad a estudiar arquitectura...”.

Aquella alumna había sido una de las niñas peruanas que corría y saltaba y gritaba “¡cartero!, ¡cartero!”, las tantas veces que llegué con mi bicicleta, mi gorra y mi bolso a la triste miseria habitante de los conventillos de un Santiago cada día más sudamericanizado...

La Chica del Starken

(Versión definitiva: abril de 2025)

1

- ¡Buenos días! -exclamó el Principito al azar.
- ¡Buenos días!... ¡enos días!... ¡...días! -respondió el eco.
- ¿Quién eres tú? -preguntó el Principito.
- ¿Quién eres tú?... ¿...eres tú?... ¿...tú?... -contestó el eco.
- Sean mis amigos, estoy solo -dijo el Principito.
- Estoy solo... solo... olo... -repitió el eco.

El Principito, Capítulo XIX

¿Podría el sonido de una fugaz sonrisa femenina resplandecer pura y sincera, pero muy lejos de Cupido?

¿Y la respuesta de la sorprendida Alma de un macho que contemplase aquella sonrisa, podría no tener más finalidad que ser el dorado espejo de una mirada simpática?

Sumergid@s en la civilización, la cultura estructurante de la interacción *andros-gine* nos condiciona solamente a la posibilidad de copular, de intercambiar vibraciones y fluidos, encendidas miradas de tierno porno, y la energía erótica se transforma en gemidos y besos y caricias y también en esperanza de eterna e incondicional compañía Y DE LLEGAR A SER UN MISMO SER.

Así, la cultura nos amolda a la conveniencia de esos pocos a quienes la mayoría les entrega el control de sus existencias. Y nos bombardean con:

teleseries de amor,
y novelas de amor, y canciones de amor,
y casamientos y familia e hijos e hijas.

(y también la tontera ésa de que “trabajar dignifica” y la ética sinsentido del “esfuerzo”: ¿enriquecer a otros vendiéndoles UN TIEMPO DE TU VIDA **QUE JAMÁS PODRÁS RECUPERAR?**... además, el esfuerzo impide que las cosas fluyan en el Ritmo Universal)

La cultura nos bombardea, te decía, y cada vez que un tipo y una chica cruzan una sonrisa, los prejuicios anclados a nuestras acciones nos condicionan a la galantería (hablo desde mi experiencia en tanto macho heterosexual sano en edad reproductiva):

La vida, su finalidad y su propósito...

¿Podrían tus sueños más lindos,
esos que parecen reales,
esos tan vacantes que al despertar olvidas,
¿podrías en tus vivencias que vives dormida,
encontrar la respuesta a la pregunta de la finalidad de la vida?

Ya, ok. Ya va, mira:

Yo (quien escribe estas borrachas palabras) vivo PORQUE alguna vez un espermatozoide y un óvulo bla bla, y sigo vivo PORQUE mi organismo está en óptimas condiciones y el ambiente con el cual interacciono tiene las condiciones necesarias para que las funciones biológicas de mi organismo, funcionen: por eso vivo.

Si, dale. Te voy siguiendo:

¿Podrían esas imaginaciones locas que juegan por el interior de tus
eternas pupilas,
cantarte la alegre canción DE LA VERDAD DE LA VIDA?

Y si los infantiles juegos de tus sonrisas cantaran aquella canción,
¿podrías descifrar su dorado enigma?

Yo (quien estas marigüaneadas palabras escribe), vivo PARA...

Para...

¿Para qué?

¿Para qué vivo?

¿Y para qué vive la señora de la esquina?

¿Y para qué vive el caballero del negocio?

¿Y para qué vive tu amiga de la universidad?

¿Y para qué vive la clienta que te cayó más mejor ayer?

¿Y para qué vive el tipo que pasó delante al lado tuyo, quien no te
vio cuando pasaste junto a él y a quien tú tampoco viste cuando él
pasó junto a ti, Ser único e irrepetible a quien jamás conocerás?

Y...

¿Y para qué vives tú?

¿Recuerdas aún el secreto que el zorro le regaló al Principito?

Uno de esos sueños vacanes que soñaste pero que al despertar olvidaste, me contó el secreto de la felicidad:

“La felicidad es no tener ninguna ilusión o desilusión de la realidad: lo que es, es”, me dijo el sueño aquel.

Y cuando desperté, el juguetero sueño se fue, y a mí también se me olvidó aquel sueño.

Pero la noche de aquel día el sueño regresó, y me dijo: “la felicidad consiste solamente en estar tranqui: jamás escojas nada: que todo lo que aparezca no te guste, pero que tampoco te disguste, que no te sea ni bueno ni malo, es ser “sí” y “no” simultáneamente. Sólo entonces todo estará claro y te será fácil disfrutar la vida”.

Tomé el control del sueño y le grité agarrándolo por el pecho: “¡No te comprendo!”

—La felicidad es no estar ni en contra ni a favor de nada; simplemente observa lo que sucede -me dijo despreocupado el sueño, mientras yo lo sujetaba con fuerza del pecho-.

—¡No te comprendo! ¡No te comprendo! -le gritaba al sueño-.

—Nunca te esfuerces -me dijo el sueño-: has lo que realmente te gusta y cuando algo que haces te comience a aburrir, cuando te aburra la primera vez deja aquello y juega en alguna otra cosa de esas que tanto te gustan y que nunca te aburren, o busca otros juegos nuevos para jugar.

—¡No comprendo! ¡No comprendo! -le gritabas al sueño, porque tú también estabas soñando lo mismo-.

—No te esfuerces en hacer nada, *no hagas nada*, deja que las cosas sucedan a través de ti.

—¡NO COMPRENDO NADA DE LO QUE DICES! -te veía gritándole al sueño, ya que el sueño me había llevó con él hacia ti-.

—No te ilusiones ni desilusiones con la realidad, no pienses nada: el pensamiento es la respuesta de la memoria y la memoria está basada en recuerdos, y los recuerdos **NO SON** LA REALIDAD.

—¡¡¡Déjame tranquila, por favor!!! ¡¡¡No te comprendo y necesito comprenderte, pero no te comprendo!!! -le gritabas al sueño-.

—El tiempo no existe -continuaba diciéndonos el sueño, porque yo estaba contigo... y tú conmigo-: el pasado son los recuerdos y el futuro es el presente proyectado, pero el presente no es otra cosa más que el pasado fluyendo de manera interminable, y no olviden que el pasado es únicamente un montón de recuerdos...

La poderosa voz del sueño se fue mezclando con la alarma de tu celular para levantarte e ir trabajar al Starken, y lo último que el sueño te dijo fue: “no pienses que tus comportamientos y actitudes están bien o están mal. Sé tú misma, sé libre y si eres realmente libre, el reflejo será expresarte honestamente a ti misma y dejarán de existir los conceptos de “lo bueno” y de “lo malo”, y de lo que “debes” hacer... tan sólo déjate llevar por El Ritmo Universal.”

Antes de dormirte esa noche en la cual soñaste ese extraño sueño que al despertar olvidaste, esa misma noche sin Luna, esta misma noche de martes a las 03:15 de la madrugada mientras escribo esto que ahora lees, esa ya lejana y casi olvidada noche sin Luna, aquella noche de martes sin Luna, la Noche me reveló su secreto:

“La finalidad de la vida es que *sea la vida misma* quien *se viva* sí misma *a través de ti*: no pienses, no te esfuerces, sé tú mismo, exprésate con honestidad y nunca te censes ni apruebes, simplemente obsérvate, no tengas ilusiones ni desilusiones de la realidad: *lo que es, es*. Y VIVIR EN LO QUE ES, ES VIVIR EN PAZ”

–Adiós -dijo el Principito con tristeza.

–Adiós -dijo el zorro-. He aquí mi secreto: sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible a los ojos.

–Sólo con el corazón... lo esencial es invisible a los ojos... -repitió el Principito para recordarlo.

El Principito, Capítulo XXI

¿Recuerdas aquella vez que tuviste algo así como un recuerdo de algo que jamás habías vivido?

¿Recuerdas lo que sentiste?

¿Y te acuerdas también que al tratar de explicarte a ti misma eso que sentías, no pudiste hacerlo?

Tal vez nunca te haya pasado eso... pero podría ser también que sí te sucedió aquello pero fue cuando eras muy chiquita, y ya lo olvidaste.

Entonces, apareció el zorro:

—¡Buenos días! -dijo el zorro.

—¡Buenos días! -respondió cortésmente el Principito y se volvió para ver quien hablaba, pero no descubrió a nadie.

—Estoy aquí, bajo el manzano -dijo la voz.

—¿Quién eres tú? -Preguntó el Principito- ¡Qué bonito eres!

—Soy un zorro.

—Ven a jugar conmigo, -le propuso el Principito- ¡Estoy tan triste!

El Principito, capítulo XXI

Mientras abría la primera cerveza Báltica del tercer paquete de seis que me tomé anoche, según yo, la noche sin Luna me siguió contando sus secretos y weás.

Fumando un tabaquito, pensé dos cosas:

La primera fue “debe ser vacán compartir un puchito con esta mina... bueno, ya me invitó una vez. Quizá quiera invitarme otra”.

Lo segundo que pensé fue que para ser feliz y estar tranquilo, tranquila en tu caso, uno debe aprender a que las cosas se hagan a través de una y no andarlas haciendo una misma, es mejor dejar de esforzarse para que las cosas sean como una desea que sean:

Mira: los deseos y las esperanzas son pensamientos, y como nos dijo aquel sueño olvidado -y que no sé por qué recuerdo ahora (¿estás tú soñando despierta otra vez?)-, el pensamiento está basado en recuerdos, y los recuerdos son ilusiones.

Pero toda la cultura nos dirige a ello, a las ilusiones.

Y nos bombardean con teleseries de amor y novelas de amor y canciones de amor y películas de amor... casamientos, familia, hijos e hijas...

El aroma de tu canción favorita,
de ésa la más más favorita de todos los tiempos del Universo tuyo,
¿tu canción favorita te cantó la pregunta aquella que a tu Alma
acompaña con alegre mirar, “PARA QUÉ VIVES”?

¿Y si en realidad viviéramos para aprender a vivir?

Una mirada regresada en un desconocido espejo dentro de los ojos
de una persona jamás vista antes
la oportunidad de conocer un nuevo Universo
en el cual todo puede ser...
algo transparente,
un Universo puro y brillante en el cual el influjo cultural
no tiene cabida...

(El camino de la propia honestidad es muy solitario)

Las personas no se dan cuenta que aquello que tanto buscan está
siempre frente a ell@s, en cada cosa cotidiana que hacen a cada
instante, pero justamente *porque está ahí* no lo ven, porque ell@s
intentan ver con los ojos lo que solamente se puede ver con
el corazón.

Y aquello que tanto anhelan
al final se lo pierden en la búsqueda precisamente
de aquello que tanto anhelan.

Utilizan su tiempo para generar dinero y gastárselo en lugar de utilizar el tiempo para aprender a vivir...

La gente no logra comprender que el concepto del dinero es sólo eso, un concepto, y un concepto es una idea y una idea es un pensamiento y como ya sabemos, los pensamientos no existen.

Pero los pensamientos sí pueden crear cosas: alguien imaginó una tele y Merita anoche se quedó dormida viendo un programa que ni le interesaba en la tele... crearon una computadora, un celular...

Los pensamientos pueden llegar a materializar cosas
y el dinero es una cosa que en el fondo
no es más que un pensamiento
y como es un pensamiento lo podemos crear casi de la nada.

“Pero entonces, ¿hay que pensar o no hay que pensar?”, le pregunté la noche del martes de la próxima semana al sueño ése, y el sueño me respondió:

—Mira, el estilo es el siguiente: si en vez de pensar cosas e intentar comprender por qué actúas así o tal persona actúa así, si dejas de pensar sobre las cosas y personas y situaciones Y EMPIEZAS ATENTAMENTE A OBSERVAR EN SILENCIO LO QUE TÚ HACES, TUS CONDUCTAS Y HÁBITOS Y ACTITUDES, si solamente observas PERO SIN ANALIZAR NADA las respuestas llegarán solas sin siquiera haberte planteado las preguntas.

—¿Y eso que el dinero es una idea y que lo puedo crear de la nada?

—Compa, si usted llega a ese nivel de ya no elegir nada y solamente observa el curso natural de las cosas y vive a través de ellas, si usted es capaz de vivir sin ansiedad de que las cosas ocurran como usted necesita de manera urgente que sucedan, si en vez de pensar usted observa la manera en la cual usted actúa, podrá manipular su mente, y si manipula su mente usted no necesitará crear nada: será la vida *viviéndose a sí misma a través suyo* la que se dará *a sí misma* todo lo que necesita, y sin que usted se esfuerce...

—Sabes, yo... yo no te entiendo -le dije entonces al sueño (a nuestro sueño...)-.

Entonces el sueño como que se anduvo enojando, encendió un cigarro y me miró con odio pero luego se le pasó, y sonriendo, me dijo:

—Mira hermano, la weá es resimple: a la gente lo que más le preocupa es tener dinero. Ni siquiera les importa más la salud que la plata porque piensan “si no tengo plata no puedo asegurarme una buena salud para mí y mi familia”. Y se hacen cagar trabajando porque no les interesa aprender a vivir, sino que les interesa aprender a ganar Lukas y creen que aprendiendo a ganar Lukas podrán aprender a vivir pero nunca tienen tiempo para aprender a vivir porque la plata que ganan se la gastan viviendo, y siempre tendrán que pensar en cómo ganar más plata para seguir gastándosela en vivir... están completamente equivocados porque confunden la prioridad: si aprendes a vivir, dentro de las cosas que aprenderás será a generar recursos económicos, y además tendrás tiempo para seguir aprendiendo a vivir. Mas, si lo único que te importa es ganar plata, hay muchas cosas que no podrás hacer, ni podrás tampoco conocer a personas nuevas ni vivirás experiencias vacanes porque lo primero en tu vida es GENERAR dinero y después, el resto: “con plata me voy a volar en parapente”, “con plata conozco minas en las discos vacanes”, “con plata almuerzo lo que quiero...”

Pero...

Por ir a la pega te perdiste al amor de tu vida: hace una semana ella esperaba la micro junto a ti; te miró y tú la miraste y vuestras miradas se fundieron en el Eterno Presente al reconocerse de tantas existencias... pero ibas atrasado a tu trabajo y te subiste a la micro y ella no se subió y entonces la miraste a través de la ventana y ella te seguía mirando, y te acordaste que antes de salir de tu casa no apagaste la luz en la habitación de la mujer que duerme cada noche contigo, en la misma cama, quien espera tu tercer hijo y a quien dejaste de amar hace veinte años, el mismo día de tu cumpleaños en el cual ella te dijo que tu primera hija, no era tuya... y entonces comienzas a ver que el final se aproxima, y las lágrimas

—Ya, ya. Mira, ¿sabí qué?, ya, mira. Tu conversa es entretenida y todo lo que querai y me he reído harto contigo y me caes bien pero, en serio... mira, yo vine a comer contigo porque me vienes invitando a comer hace como un año, y en serio que ayer cuando me dijiste por vez número un millón que almorzáramos junt@s, de verdad, y disculpa que te lo diga, me dio como pena, wn... así como lástima. Y por eso acepté... disculpa que te lo diga...

Merita había dicho eso entre risas, y no paraba de reír mientras sostenía en el tenedor un pedazo de tortilla de acelga con crema blanca y nueces. Es realmente hermosa y su cuerpo exuda erotismo, y su mirada alegre opaca al Sol.

—¡Yiiiiia! ¡Ja ja ja! ¡Cómo tan cruel! -le dije entretenido a Merita-.

—Oye pero si es verdad ¡Ja ja ja! Anday por la vida diciendo que estás tan solo y que no hay absolutamente nadie que te espere cada día o alguien a quién contarle tus penas y aventuras ¡Ja ja ja!

—Ohhh, cómo puedes ser tan humillante... ¡Ja ja ja!

—¡Ja ja ja! Oye pero en serio, te hice el favor para un envío del Starken y ahora pensay que soy tu amiga, y me manday por wsp audios súper largos que por pena pincho para que creas que los escuché ¡Ja ja ja! ¡Pero nunca he escuchado nada!

—¡Ja ja ja!

— Y andas con eso de “estoy tan solo, quiero ser tu amigo” y ese chiste ya me lo sé de memoria... yo ya tengo mi cuento armado y estoy vacán con mi mina... veníamos peleando hace rato y yo estaba chata y ella también, estábamos aburridas de hartas cosas que no me gustan de ella y que a ella no le gustan de mí... pero hablamos y nos arreglamos, ya no queríamos seguir discutiendo...

—Merita, es que tú no cachai -le dije-... mira, esto es lo que sucede: ya, me dijiste que estás ocupada y todo eso, y es verdad que me andaba haciendo el lindo cuando te conocí, y después cuando te hablé por wsp y me tiraste la directa-indirecta de “he estado leyendo mil mensajes de mi pareja”, yo dije “ah, ya. La chica está ocupada”. Y como ya conozco lo que significa meterse al medio de relaciones de pareja supuestamente en problemas, te mande el mensaje de *“si quieres, podríamos almorzar cuando me hagas el delivery del salero que te compré, porque como quedaste en entregármelo personalmente, de todas maneras nos vamos a tener que encontrar. Porfa, confírmame si me harás el delivery porque sino voy a tener que ir a buscar el salero yo y es súper complicado, es súper lejos, mejor me lo mandas por Starken o te quedas con las veinte Lukas, ya me da un poco lo mismo”*.

—Ahí igual la cagué porque mientras te escribía ese mensaje -continué diciéndole a Merita- tú me mandaste el mensaje de “aunque sea fumémonos un puchito”, pero yo no vi tu mensaje porque te escribía pensando que nuevamente había caído es una de esas situaciones que ya había vivido, esas en las cuales te metes al medio de relaciones y desp... heemm... bueno, ahí me cagó el “ponerme a pensar”... no le hice caso al sueño...

—¡Ja ja ja! -rió Merita achinando sus ojitos de Luna Llena-.

—Pero Merita, cuando después me contaste que tu pareja era una mina, weón, mi Alma resplandeció de pronto -le dije-.

—¿Por qué? -me preguntó Meri-.

—Sucedé que me dije, o *se dijo a través de mí*, lo siguiente: “esta mina es una persona increíblemente interesante, le gusta la fotografía y le gusta leer y escribe sus pensamientos en sus RRSS y esas cosas que escribe están entretenidas y muy bien redactadas... además es muy simpática y bonita...”, eso se dijo a través de mí.

—¿Yiaaaa? ¿Y qué más se dijo “el universorsh” a través de ti? -me preguntó sonriendo Merita-.

—Obvio que tus pestañas negras como la noche y puntiagudas como el más peligroso puñal, me desarmaron por completo aquella tarde cuando te vi por vez primera -le respondí-; tus hermosas pestañas, esas negras y puntiagudas pestañas son las afiladas espadas que protegen tu mirada llena de pecas y sonrisas... bueno, por esas pestañas tuyas yo anduve haciéndome el lindo con tiernas estupideces, y brillaban las solitarias calles nocturnas y cantaban su frío canto a los pasos de las estrellas al amanecer y al atard

—Ya, ya, porfa, en serio, dime a qué vas con tanta poesía barata -me dijo Meri-.

—Merita, yo... yo quiero conocerte, quisiera conocerte y que tú me conozcas, y quizá llegar a ser amigos...

—¡Y vas a seguir con lo mismo! -dijo Merita un poco enojada- Oye, mira, ya te dije que el cuento ése me lo sé de memoria. ¿Tú tienes idea de a cuántos tipos tengo que darle la cortada a diario? (en ese momento, mientras Merita me decía esas cosas, dejé de mirarla y me fijé en un tipo alto y delgado que pasaba frente a nosotr@s hablando por celular: infinitas lágrimas bañaban su triste rostro... “¡Es que ya no te puedo seguir perdonando!”), alcancé a escuchar que decía el tipo.)

Miró de nuevo a Merita pero Meri no lo miraba porque ella cortaba en dos una gran papa duquesa que acompañaba su tortilla de acelga. En la bandeja de Merita había también un plato con su ensalada favorita a medio terminar, y un vaso de jugo de melón hasta la mitad.

El jugo de piña que a Meri tanto le gustaba se había acabado, así que él tuvo que pedir para ella el jugo de melón.

—Sabes, Merita -continué-, a... a mí me cuesta mucho expresar esto que siento... yo soy un tipo que intenta mantenerse real y vivir con honestidad, y no ando tirando malas vibras por la vida... a lo mejor lo que te voy a decir lo vas a encontrar falso, ese chiste ya me lo conozco etcétera, pero es la verdad y ya tienes hechos que comprueban que no ando por la vida cuentiando a las personas que me interesan. Mira, dime: ¡Qué weón de los miles de miles de millones que te jotean a diario, te dice que no trabaja, que encuentra estúpido trabajar? Ya, ok, los flaites que te galanean te dicen que son ladrones, pero no te andan contando que pasan sus noches bebiendo mientras derraman en sus escritos las risas y tristezas de su Alma putrefacta de resplandores y ganas de aprender... y que en sus días y noches resuena el teclado de su compu, intentando materializar el primer escalón para la vida que anhelan... -le dije a Merita-.

—Mira -me respondió-, para ser sincera, “honesta” como nos dijo el sueño, la semana pasada apareció un wn en las mismas que tú, y cuando le conté que estaba pololiando con una mina el chiquillo empezó con poemas y relatos que hablaban de sus “sinceros sentimientos de amistad”, pero a las finales eran puras historias medias porno, con tríos y weás, ¡Y más encima sus escritos eran súper fomes! ¡Ja ja ja!... y también llegó con un “libro”, igualito que tú. ¡Oye si ese cuento ya me lo sé de memoria, hermano! Mira, dime: ¿cuánto te demoraste en escribirme esas casi 70 páginas?

—No sé... ¿tres días?

—¿Y durante tres días te diste la paja de escrib

—¿Por qué paja?

—Ya, ya, trabajaste en el libr

—Yo no trabajo.

—Bueno, bueno, te estuviste esforzando durant

—Yo no me esfuerzo.

—¡Oye el wn enfermante!

—¡Pero si es verdad!

—Ya, ya, filo. Porfa dime qué quieres de mí...

—¡Pero si ya te dije, quiero ser tu amigo!

—¡Y yo también te dije que ese cuento ya me lo sé de memoria! Los wns llegan en la más buena onda pero lo único que quieren es culi

—¡Pero es que tú no entiendes, Merita! -la interrumpí-. Punto uno: soy un tipo que no anda con cuentos, para qué, mejor *la hago corta* en vez de andar con rodeos... obviamente que me gustas, obvio, a cualquier persona le gustay, aunque ni siquiera sepan que existes les gustay igual... y si tu pareja fuera un hombre -aunque a mí me da lo mismo que la mina que me interesa esté pololeando- aunque tu pareja hubiese sido un hombre y como yo me voy a tragar al Universo entero, en mi Ser no existen cosas como “infidelidades”, yo simplemente vivo y si la experiencia a la cual me están invitando a conocer implica ser “el otro”, a mí me da lo mismo, porque el amor o la calentura que pueda sentir por otra persona la mina que yo me estoy comiendo es asunto de ella, no es mi tema si ella anda con otra gente, mi tema es que la nena quiera conmigo...

—¿Viste? Caíste en la misma de las weás sexuales...

—¡No, na' que ver! Merita, mira: por mucho que me puedas gustar, por muy enamorado de ti que estuviera, sería un amor imposible y no porque tu estés pololeando sino que sería un amor imposible porque a ti no te gustan los hombres... y eso es lo vacán porque si aceptas la ofrenda que pongo a tus pies, el regalo de mi amistad, podrías tener la oportunidad de conocer a un Ser ultra buen amigo y que nunca te incomodará porque aprendió que no es sensato perder el tiempo metiéndose en relaciones... y además contigo nunca lo perdería ya que es absolutamente imposible que llegue a pasar algo entre tú y yo, porque a ti no te gustan los hombres...

—...

—Merita, yo sé que es medio raro esto que te digo... mira, yo tuve así como una polola Scott Vip, y ni siquiera ella entendía que a mí me diera lo mismo que la mina fuera una fakin puta...

—¡¿Cómo?!

—Sí poh, por eso de los celos y

—¿Pero ustedes se cuidaban? O sea, usaban preservativos, ¿cierto? -me preguntó Merita pensando “porfa, dime que sí, porfa porfa”-.

—Al principio sí poh, obvio, pero un día me dijo que quería hacerlo *de rial* conmigo y yo le pregunté si lo hacía de rial con todos sus clientes, y me dijo que no, que nunca, y que tampoco le daba besos a sus clientes ni les hacía sexo oral ni que se lo hicieran a ella y que solamente era sexo genital y que no dejaba que los clientes le besaran el cuerpo ni que le tocaran el culo ni las tetas, y que además era “relojera”... yo no sé cómo ganaba tanta plata la wna. “Yo sólo acabo cuando hago el amor contigo, no me excita nadie, tú nomás me gustas”, me decía.

Ella no tenía ninguna razón para mentirme, y yo no tenía ninguna razón para no creerle.

—¡Ah! Ok... ¡Hasta con putas te has metido!... ¡Ja ja ja! ¿Y qué otras maravillas tienes para conquistarme? -me preguntó sonriendo Merlta-.

“¡Pásame doscientas Lukas todas las noches y ahí empezaré a webiarte por tu pega, porque así podré decirte “toma, ahí te pago por toda la noche” y así te quedarás conmigo”, le dije a Merlta que yo le decía a mi excasipolola Lency.

Yo le decía a Lency riendo eso de que me pasara las doscientas Lukas para pagarle a ella misma, y cuando Lency me preguntaba si yo me ponía celoso de que ella fuera Scott, yo de nuevo me reía:

— ¡JA JA JA! Celoso yo... la gente celosa es idiota porque ven a sus parejas como “cosas” de “su propiedad” -le decía a Lency-.

A mí no me importaba lo que ella hiciera cuando no estaba conmigo, que la pasara bien, que saliera, que putiara, que jalara, que quedara raja curá a mí no me importaba pero no porque yo no la quisiera -yo la quería mucho-, no me importaba lo que ella hiciera porque ella sabía lo que hacía o dejaba de hacer; lo que a mí de verdad me importaba es que cuando Lency estuviera conmigo, estuviera conmigo con todo su Ser, totalmente, así como yo estaba con ella absolutamente sólo para ella y para nadie más.

Cada vez que Lency me llamaba para que la fuera a buscar al Bora Bora -así se llamaba el night club en el cual Lency vendía su cuerpo reservando para mí su Alma-, cada vez que Lency me llamaba o me watsapiaba diciéndome que tenía muchas ganas de verme y que me extrañaba y que la fuera a buscar al Bora, por alguna extraña coincidencia, absolutamente todas las veces que me llamó o me mandó un mensaje yo estaba borracho escribiendo algún cuento o relato o poema para mi libro de relatos o para mi poemario, o algún capítulo de alguna de mis novelas.

Y al escuchar sus ganas de compartir sus sonrisas y palabras y silencios conmigo, yo sonreía y dejaba el escrito que estuviera escribiendo a medias o a punto de terminar o recién empezado, y me tomaba un sorbo de lo que sea que estuviera tomando y en los veinte siguientes minutos buscaba una ropa bonita y tomaba otro sorbo y me bañaba y lavaba los dientes y me ponía perfume y me tomaba otro sorbo, me miraba al espejo y sonreía fumando un cigarro, me tomaba otro sorbo y salía de mi depa masticando un chicle, con un cigarro en una mano y el vaso con alcohol en la otra.

Yo llegaba al Bora con una botella de su trago favorito, el Beilis, y al verme Lency corría hacia mí y me abrazaba y me agarraba a besos... y de ahí a la playa o a una plaza o a un motel o a mi depa o al suyo, o a un asado o a un carrete o a la disco o a un bar...

Era genial porque conmigo Lency se ponía multiorgásmica (es decir, Lency *era* multiorgásmica pero me dijo que lo descubrió conmigo) y me llevaba más allá del infinito placer cada vez que “hacíamos el amor”, como ella me decía.

Y así como Lency no entendía que yo no fuese celoso, al mismo tiempo yo no entendía cómo Lency podía ser tan caliente conmigo si cuando nos veíamos ella ya se había comido como a tres o diez weones... “es que contigo es diferente...” me decía besándome tiernamente y abrazándome apretado, cuando ya casi nos dormíamos luego de mil horas dándonos duro y diez millones de orgasmos suyos, cuando finalmente yo (me) derramaba en su boca o en su útero (convertido en) toda la tibia leche nacida de mi más profunda Alma (y de tu tierna perversión)...

Lo más maravilloso de la maravilla de quedarnos domid@s abrazad@s después de partirla en infinitos besos y gemidos, lo más lindo era que Lency me abrazaba y me decía al oído que le contara de qué se trataba lo que yo andaba escribiendo últimamente, y yo me quedaba dormido abrazado a ella contándole de qué se trataba el relato que había dejado a medias cuando me llamó, o le mentía contándole un capítulo de una novela que yo aún no había escrito...

Yo bebía y escribía todo el día y toda la noche, y mandaba mis relatos a concursos de todo el mundo con la esperanza de obtener un poco de dinero mientras de alguna manera, hacía conocidos mis libros allá en Chile.

—De verdad no te imaginas cuánto deseo que te hagas conocido -me dijo Lency-, y cuando tengas las platas te darán más ganas de escribir y además viajaremos por todo el mundo y lo pasaremos muy muy pero muy vacán... y vivirás eso que tanto anhelas...

Ella me dijo eso al oído mientras me abrazaba muy fuerte. Se me apretó la garganta y unas lágrimas se asomaron a mis ojos... hubiera querido contestarle algo pero me habría puesto a llorar de emoción por sus palabras, así que preferí hacerme el dormido.

Lency también me preguntaba siempre sobre lo que yo había escrito. Al principio le pasaba todas las cosas que tenía guardadas y las que estaba escribiendo, pero al poco tiempo me di cuenta que nunca leía nada de lo que yo le pasaba, aunque le gustaba que le contara las historias. También al principio pensé que Lency me preguntaba por mis textos para ser buena onda o medio por compromiso, pero después noté que me ponía siempre atención porque cada vez que le contaba alguno de mis relatos, ella después andaba como una semana tirando las mismas tallas que tiraban mis personajes... la weá linda, hermano...

Una noche en una playa, mientras tomábamos el segundo ron, Lency llorando borracha me dijo que me amaba, que no le importaba que yo no trabajara y que fuera pobre y que bebiera, y que admiraba que yo escribiera día y noche y que le encantaba lo que yo creaba y que ella sabía, que estaba segura, de que yo lo lograría muy pronto... y que ella hace rato ya no quería ser puta, que solamente quería estar conmigo, que ahí podríamos ver cómo nos arreglábamos...

Su declaración de amor y nuestra noche sobre la arena de una playa... yo abrazaba a Lency y ella me abrazaba a mí escondiendo su rostro en mi pecho... yo miraba fijamente al océano distante: muy muy lejos, las luces de un gran barco avanzaban entre la noche y el mar mientras lágrimas de emoción y alegría corrían copiosas y silenciosas por mi rostro. Hacía años que yo no lloraba y nunca había llorado por algo que no fuera dolor físico o tristeza, y ni mucho menos a causa de algo ni remotamente parecido a la felicidad.

Lency lloraba acurrucada en mi pecho diciéndome que me amaba y yo sentía que la amaba también, que la había amado desde antes del tiempo y de la eternidad.

—No -dijo el Principito-. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"?
-volvió a preguntar el Principito.

—Es una cosa ya olvidada -dijo el zorro-, significa "crear vínculos..."

— ¿Crear vínculos?

—Efectivamente. Mira -dijo el zorro-: tú no eres para mí todavía más que un muchachito igual a otros cien mil muchachitos y no te necesito para nada. Tampoco tú tienes necesidad de mí y no soy para ti más que un zorro entre otros cien mil zorros semejantes. Pero si tú me domesticas, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo, yo seré para ti único en el mundo...

—Comienzo a comprender -dijo el Principito-. Hay una flor... creo que ella me ha domesticado...

El Principito, capítulo XXI

Mientras tomábamos el primer ron esa noche en aquella playa, Lency me dijo que tenía problemas con las platas que debía mandarle a su pequeña hija que vivía con su ex en Europa, y con algunos proyectos en los que ella estaba metiendo buena pasta. Lency no me había querido contar de qué se trataban los proyectos en los que estaba poniendo dinero, “cuando estén listos, lo vas a saber”, me decía siempre alegre...

Pero yo sabía que todas sus complicaciones con las platas eran porque se estaba juntando mucho conmigo y dejaba de ir al Bora. Además, los carretes los financiaba principalmente ella; a veces yo hacía alguna movida muy buena y nos gastábamos hasta el último peso, pero casi siempre quien pagaba era ella.

Esa noche en la playa, después que Lency había vomitado un par de veces y ya íbamos en la mitad del tercer ron, Lency me dijo entre lágrimas y salados besos que ya no quería separarse de mí nunca más, que aborrecía cada vez que nos despedíamos y sin darse cuenta me fue contando que el papá de su hija la había llamado varias veces invitándola a Europa para conversar de negocios, porque él tenía el dinero para los proyectos de Lency... y también quería que se juntaran para ver si lo podían intentar otra vez.

Lency ganaba en promedio \$250 mil por noche, y trabajaba cuatro noches a la semana y muchas veces sólo como dama de compañía o por hacer que los weones en el puterío compraran más trago. Lency vivía en un céntrico departamento por el cual pagaba \$750.000 pesos mensuales, estaba metiendo mucha plata en unos proyectos que jamás me revelaba, tenía una hija a quien debía depositarle \$900 mil todos los meses y había entrado a la universidad y la mensualidad era de \$950 Lukas... yo no trabajaba y me pasaba todo el día y todas las noches tomando y escribiendo, y la poca plata que me rescataba por ahí apenas me alcanzaba para comer mal y comprarme alcohol y cigarros y tintas y resmas, y pagar siempre atrasado el arriendo de mi departamento en los barrios bajos... pero así y todo, Lency estaba enamorada de mí.

Amanecía cuando abrimos el cuarto ron, pero se terminó derramando en la arena porque nos quedamos dormid@s mientras hacíamos el VERDADERO AMOR.

Desperté antes que Lency, la abracé fuerte y comprendí que había llegado el momento de alejarme de ella: la amaba, es la única mujer que he amado pero no tenía absolutamente nada que ofrecerle aparte de lo único que yo tenía en ese tiempo: esperanza.

Pero su hija no comía esperanza, y su carrera no la pagaba la esperanza y sus proyectos y su depa necesitaban plata, cash, pasta, morlacos, money.

Lency me quería de verdad, pero por más que me hubiera amado ella se había acostumbrado a un estilo de vida que conmigo no podría tener, y ella lo sabía y yo también, ella y yo lo sabíamos pero a pesar de que yo estaba en la miseria con tal de tener todo el tiempo para escribir y alcanzar mi objetivo de vivir de mis libros, a pesar de mi pobreza, Lency percibía el hermoso resplandor que explotaba cada noche al teclear mi notbuk, dibujando palabras toda la noche, todos los días con sus noches, escribiendo y bebiendo y escribiendo toda la noche, todos los días con sus noches y amaneceres hasta quedarme dormido raja curao encima del teclado del notbuk, escribiendo esas historias que a Lency le gustaban tanto...

Sin embargo, por más que yo no paraba de escribir, llegar a vivir de mis escritos estaba lejos de mi presente en aquel tiempo.

Nunca discutí en mala con Lency y jamás nos enojamos ni tan siquiera un ratito. Conversábamos y nos reíamos, bebíamos y hacíamos el amor y veíamos películas y comíamos y bebíamos y reíamos, y hacíamos el amor y bebíamos y conversábamos hasta el amanecer, y follábamos al amanecer y nos dormíamos otra vez y al despertar conversábamos y yo bebía y hacíamos el amor y ella se metía a la ducha y yo bebía y me sentía feliz y tranquilo mientras preparaba el desayuno, “pídeme lo que quieras y yo te lo preparo”, le decía a Lency y ella me decía lo que deseaba desayunar y yo cumplía sus deseos, o era ella quien preparaba cositas ricas para el desayuno.

En verdad, las únicas veces que yo comía como gente civilizada, a horas determinadas y comidas decentes, era con Lency. Cuando no estaba con Lency yo puro que bebía y me comía por ahí su pan con queso, mientras no dejaba de escribir y escribir y escribir la historia de una parte de mi vida.

Conocía a Lency desde hacía ocho meses, y estuvimos saliendo seis.

Esa vez de los rones en la playa fue un sábado. El jueves siguiente me mandó un mensaje diciéndome que iría a Francia a ver a su hija, y que aprovecharía de hablar con su ex pero sólo de negocios, que volvería en dos o tres semanas y que me extrañaría mucho, muchísimo, demasiado, y que al regresar quería hablar conmigo seriamente. Como siempre, yo estaba escribiendo y tomando cuando me llegó el mensaje.

—Ojala te resulte todo bien -le respondí con un pinchazo en el corazón: nos veíamos todas las semanas y mi Alma ya se estaba acostumbrando a ella-.

A la mañana siguiente me despertó una llamada. Estaba yo cabeceando sobre el notebook, y sonó mi teléfono y escuché a Lency llorando a minutos de tomar el avión, me dijo que los días pasarían volando y que a ella no le importaba el papá de su hija, que me quería a mí... y se fue.

Al principio nos mandábamos mensajes y nos llamábamos a cada rato. Pasó la primera semana y los mensajes y las llamadas ya no eran tan seguidos, y poco a poco fueron más esporádicos y si yo le mandaba un mensaje me respondía varios días después... yo sabía lo que estaba pasando, lo supe desde aquella vez de los rones en la playa.

Hace como tres meses miré su insta y caché que Lency andaba por Grecia con el papá de su hija... y que estaba esperando guagüita.

—Pero sí yo ya te dije que tengo mi cuento armado -me dijo un poco triste Merita-... y no entiendo qué tiene que ver esa historia de Lency conmigo... yo no quiero que tú te hagas ilusio

—Espera, Merita, porfa. Déjame terminar... el asunto es que durante el tiempo que salía con Lency, a veces me juntaba con algunos tipos en la plaza, y bebíamos y conversábamos un rato y nadie entendía por qué yo no me ponía a pololear con Lency si ella estaba enamorada de mí (ellos me habían visto un par de veces con ella)... y tampoco comprendían que yo no hubiera hecho nada cuando me dijo que se iría a Francia...

— Pero por eso te pregunto, no sé por qué me contay todo esto de esa chica...

— Merita, yo necesito que entiendas que lo que me interesa de ti no es la ilusión o esperanza de hacerte mía o de que me hagas tuyo, porque sé que eso jamás podrá suceder porque a ti te gustan las minas, y eso me da una oportunidad vacán de conocer un nuevo Universo...

—¿A qué te refieres?

—Mira... en serio... yo... yo no tengo amigos, ni amigos ni amigas... ni familia... y hay muchas cosas que me suceden y que a la gente le suceden, y quiero escucharles y que me escuchen...

— ...

—Y te conocí y aunque ni siquiera sabes mi nombre me enamoré de ti hasta el infinito del Universo bla bla, pero cuando supe que tu pareja es una mina me desenamoré de ti de inmediato, y caché que por vez primera en mi vida, si tú quieres, yo podría tener una amiga de verdad, porque esta amistad estaría limpia de ilusiones y esperanzas eróticas... yo sé que soy medio extraño y que no me gusta la gente y que a la gente no le gusto yo... es, es como eso del Principito... más o menos... disculpa, no sé bien cómo expresar esto...

—Ya, hermano... tranqui...

—Merita, yo lo único que quiero en la vida es aprender, aprender a manejar mejor, aprender a escribir, aprender artes marciales... y después que aprendo algo voy practicándolo hasta que lo hago casi perfecto o me aburro y veo otra cosa para aprender... y yo de ti podría aprender infinito... ni siquiera puedo imaginar lo que podría aprender de ti... de ti y de tu mina... yo no la conozco ni ella a mí y quizá es una estupidez todo esto que te digo porque a lo mejor tu mina te haría un escándalo... ¡Yo no cacho! Conozco cómo funcionan las relaciones heterosexuales y qué sucede cuando surge el temor de que tu pareja se aleje de ti porque apareció una persona que robó la atención que ella te entregaba y que no apreciaste a causa de tu descariño o inmadurez o mediocridad o despreocupación... conozco eso porque he estado en relaciones y me han dejado y yo he dejado por esas mismas razones, pero yo no sé cómo funcionan las relaciones homosexuales de chicas, y tiendo a pensar que no habría problema en que tú y yo fuésemos amig@s y que yo pudiera conocer a tu chica y, eventualmente, caerle bien... yo no cacho, en serio... y me gustaría mucho conocer toda la aventura de aquello...

—Mira... -me dijo Merita- ¿es que sabes lo que pasa? Tú me dices todo esto y yo como que te creo, pero con esos mensajes que me mandaste de que te pasaba el salero almorzando contigo, cuando leí eso, yo me sentí súper presionada... esa es la típica actitud de los tipos que se andan haciendo los lindos... fuera de broma, ese cuento me lo sé de memoria, en serio...

—Merita, yo pensaba que tu pareja era un hombre, y ya cacho esas excusas de “pucha no puedo salir contigo pero mira, ven a la hora en que termino de trabajar y me acompañas caminando tres minutitos, porque ahí me junto con mi novio”... y ahí el idiota se pegaba los medios rallys por migajas... y te lo digo porque yo estuve en ambos casos, el de ser el mendigo y el pololo... entonces, como yo me voy a tragar al Universo enterito, yo no busco las sobras: lo quiero todo o si no, no quiero nada... sucede que para mí el tiempo es algo fundamental, como respirar... y las veces que había enganchado con una chica y se daba una situación parecida a la del salero, llegaba el punto en el cual yo les daba a elegir, y ese es mi filtro: si la mina quiere conmigo, vacán, sino quiere, vacán también. Pero eso de “pucha, es que no puedo hoy, ni mañana... pero a lo mejor la próxima semana... vámonos conociendo de a poquito mientras yo soy muy feliz con mi pareja”... ¡¡JA JA JA!! ¡Saaale! ¡JA JA JA! Más de una vez anduve en esa pero yo era tonto porque andaba puro rescatando migajas... y eso fue lo que pasó cuando te mandé el mensaje de que me pasaras el salero almorzando conmigo, pero si hubiera cachado que tu pareja era una mina, Merita, yo nunca, nunca jamás, hubiera hecho eso de “las presiones”, cómo dices tú... pero ya la cagué... -le dije-.

—“El lenguaje puede ser fuente de malos entendidos”, le dijo el zorro al Principito -me dijo Meri sonriendo-... hablas muy bonito y como que a ratos te quiero creer... pero igual no te creo.

—A ver, Meri, deja demostrarte una cosa: tú cachai que mi carta de presentación con una mina híper atractiva como tú, fue decirte que yo no trabajo y que me emborracho escribiendo y que lo único que hago es apuntar a mi proyecto de ganar dinero vendiendo los derechos de mis libros, y que si no ando moviéndome un rato para generar plata estoy dándole a la escritura y bebiendo... así me presenté contigo y lo mismo le digo a todas las chicas que me han gustado y que yo les he parecido al menos simpático... y ahora dime, por favor: ¿qué mina va a tomar en serio a un tipo así?

— Bueno, nadie sabe...

—Oye Merita yo soy más feo que el hambre, pero cuand

—¡Ja ja ja!

—¡Ja ja ja! Ya poh, espera -continué-, yo soy más feo que la mentira pero cuando yo trabajaba como profesor de Lenguaje hacía furor, no por mi aspecto físico sino por mi personalidad, por mis clases, y porque yo era un tipo con trabajo estable y ganaba buenas Lukas y no tenía compromisos ni mina oficial... un profesor que además de hacer clases ultra buenas, escribía relatos y poemas... pero después, cuando comprendí que necesitaba todos los minutos de mis días y noches para acabar mi primera novela, renuncié a trabajar como profesor por un millón de pesos mensuales pero terminé limpiando parabrisas en un semáforo de Avenida Vespucio esquina Froilán Roa, porque así tenía todo el tiempo del mundo para escribir... pero andaba recagao de hambre y parecía un homeless, y tenía que comer las sobras de los platos que no habían recogido en la terraza del Restaurante Italiano de esa esquina... pero podía escribir todo el día y toda la noche. Y cuando trabajé como profesor la última vez, entré a un colegio dos semanas antes del eclipse de Sol del 2019 y me pusieron como encargado de la biblioteca. La primera semana en el colegio me *zumbé* con la mitad de los libros de la biblioteca, y la segunda semana pedí permiso para ir al eclipse en La Serena. Fui a hablar con la directora y ella me dijo “bueno, usted termina su jornada el lunes a las doce, se va a las doce para el norte y el martes que es el eclipse se lo toma libre, y llega el miércoles a trabajar. A su colega de matemáticas le ofrecimos lo mismo y el profesor aceptó de muy buena gana” -me dijo la jefa sonriendo-. Yo me puse a reír: —¡JA JA JA! Oiga, disculpe, ¿usted entiende lo que significa **UN ECLIPSE TOTAL DE SOL** en La Serena? ¡Van a llegar como dos millones de personas! Señora directora, yo necesito tomarme la próxima semana completa, imposible de otro modo...

—¡No le daremos una semana entera! ¡¿Cómo se le ocurre?!...
¡No lleva ni un mes trab

—Bueno entonces ~~me voy de tu cagá de colegio vieja conchetumare~~
renuncio. No voy a perderme el eclipse por estar trabajando -le dije
a La Directora, quien quedó con la boca abierta-...

— Merita, en serio, ¿qué mina va a sentirse atraída con un cuento
así? Habría que ser ultra imbécil para ir a conquistar a una mina
contándole esas brutalidades... ya, te creo que yo fuera pobre
etcétera, demás que igual podría gustarle a una mina, o a lo mejor a
la tipa no le importaría que yo fuese medio flojo, pero una mina
cuerda no va a pascar nunca a un tipo que anda por la vida dejando
pegas tiradas de un millón mensual, para tener tiempo de escribir y
realizar sueños casi imposibles...

—Pero la Lency te pescó poh... ¿Viste que eres mentiroso?

—No, mira, a Lency yo le hacía clases en un instituto. Ella tenía las
mejores notas en todos los ramos y siempre opinaba cosas
interesantes y polémicas, pero era súper desagradable... una tarde,
al terminar las clases, me vi caminando casi junto a Lency,
me acerqué a ella y nos pusimos a conversar. Nos reímos un buen
rato y nos fumamos unos cigarros; total que esa tarde nos fuimos a
tomar unas cervezas a un bar. Sucede que Lency trabajaba en un
puterío y una noche conoció a un cliente, el tipo la cuentió y
terminó de amante del cliente -al final Lency supo que el tipo era
casado-, y el weón le empezó a “trabajar la mente” para que se
fuera del night club, le decía que él le iba a pasar plata y que dejaría
a su familia porque con su esposa no pasaba nada, la típica.

— Ok, te voy siguiendo -me dijo Merita; yo continué-.

— Efectivamente el weón comenzó a pasarle plata, pero Lency empezó a engordar por la ansiedad y además que a este tipo no le gustaba que la mina se viera bien, así que le metía comida hasta por las orejas... y esa vez en el bar, Lency también me contó que andaba buscando trabajo como vendedora en algún centro comercial.

—¿Y cuánto ganabas en el night club antes de conocer al tipo?
-le pregunté a Lency-.

—Como ochenta mil pesos...

—Semanales.

—No, ochenta por noche...

—¡Weón! ¡Y te vai a ir a cagar a una tienda todo el día por \$550 Lukas mensuales?!

—Pero si no tengo plata poh, lo que me pasa el Juan Carlos no me alcanza para nada... al principio me pasaba como doscientas Lukas semanales, después cien y ahora siempre me dice que tiene que comprarle cosas a sus hijos y me pasa un día treinta Lukas, al otro día no me pasa nada, al siguiente me transfiere veinte Lukas, y así. Él me dice que ya no soporta a su esposa, que hace tiempo que ya no tienen sexo y que están a punto de separarse, y que cuando se separe viviremos juntos y que ahí las cosas serán distintas...

Esa tarde de las cervezas con Lency, es una de las tardes más importantes de mi vida porque esa tarde quebré una mente, una forma errada de pensar, y lo que quebré fue el cascarón para que esa mente a la cual di ese pequeño empujón de libertad, pudiera ser una mente verdaderamente autónoma...

Esa tarde en el bar, entre un pollo asado que quedó a medio comer y varias cervezas artesanales, logré hacer que Lency entendiera en la mierda que estaba metida con el Juan Carlos, y por qué ella permitía dejarse llevar a semejante bazofia; entre otras cosas, le pregunté si se quería a sí misma y Lency llorando me dijo que jamás había pensado en eso... y entre otras cosas también le dije que tenía que puro ir a putiar de nuevo, “pero estoy toda gorda, así los clientes no me van a elegir... mira, yo era así antes de empezar con el Juan Carlos, hace cuatro meses”, me dijo Lency mostrándome una foto en su teléfono: ¡LA MINA ERA ULTRA RICA!

—¡Oye ya poh! -le dije- ¡Ponte a dieta y mañana mismo métete a un gimnasio! ¡Y manda a ése weón del Juan Carlos a la conchesumadre y ándate a putiar de nuevo! Estabas hasta juntando plata para estudiar en la universidad y ahora anday toda gorda y depresiva, y además sin plata...

La tarde ésa de las cervezas fue un viernes, y al lunes siguiente Lency había terminado con Juan Carlos y se había puesto a dieta, y se metió a un gimnasio que el Juan Carlos le pagó. Igual el tipo le siguió pasando plata, y de hecho le empezó a pasar más porque creía que así ella volvería con él; el viernes de esa misma semana, luego de salir del instituto, fuimos nuevamente con Lency al bar, y en la noche nos largamos a mi departamento... y empezamos a salir dos o tres veces a la semana. En ocasiones nos quedábamos junt@s todo el finde y a veces la semana completa.

Yo faltaba al trabajo cuando quería porque una colega de Lency era la actual amante del director del instituto, y él sabía que yo sabía que él tenía de amante a una prostituta, pero el director no sabía que yo salía con Lency, ni tampoco que Lency era puta.

Yo trabajaba como profesor de Lenguaje y le hacía clases a Lency todos los días, pero a veces pasaban dos o tres semanas sin que saliéramos o que nos mandáramos mensajes, y habían semanas completas que Lency no iba al instituto y yo no lo llamaba a ella ni ella a mí.

Estuvimos así cerca de tres meses.

Un viernes renuncié al instituto para así poder terminar mi primera novela, y al poco tiempo perdí contacto con Lency porque tuve que vender hasta mi celular, y me cambié de mi departamento en los barrios bajos a vivir a una pieza toda chica en un suburbio aún más marginal... y nunca más revisé el mail que ocupaba en el instituto hasta que una tarde fui con un pendrive a un cibercafé para rescatar un relato que había respaldado en ese mail, y vi que tenía un correo de Lency. Me lo había mandado a fines de junio de aquel año y ya estábamos a mediados de octubre: me contaba que la conversación de esa primera tarde en el bar le había cambiado la vida, y que en tres meses de dieta y ejercicio, se pudo meter de puta otra vez.

Me decía que durante todo este tiempo que no nos habíamos visto, llegó a una agencia vip y que ahora estaba ganando como doscientas Lukas por noche, y que trabajaba cuando quería y que pasaba metida en el gimnasio y que estaba muy contenta y que si no le hubiera dicho todo lo que le dije aquella tarde en el bar, ahora estaría más gorda y más triste que la chucha...

Y Lency terminaba el mail diciendo que me había ido a ver al departamento varias veces, pero que nunca salía nadie, y que por favor la llamara. Me mandó su número nuevo y me dijo que me extrañaba mucho... y que muchas noches había soñado conmigo.

Cuando terminé de leer el correo mi garganta no podía más de apretada, y cayeron las primeras lágrimas que mis ojos ofrendaron a Lency. Salí del ciber sintiendo cosas que me son imposibles de expresar...

Yo ya no usaba celular pues no tenía absolutamente a nadie a quien llamar ni nadie que quisiera saber de mí; pero sin darme cuenta, estaba metiendo las monedas en un teléfono público y Lency se puso a gritar de contenta cuando supo que hablaba conmigo, y me dio la dirección de su casa para que fuera al otro día.

Colgué y al otro día no fui, ni al siguiente, ni al siguiente. Me demoré una semana en decidirme a ir a verla porque yo me decía “cuando le cuente qué ha pasado en mi vida durante todo este tiempo, me va a mandar a la fuck”. Pero al final fui a verla. Por eso te digo que con Lency fue distinto porque con ella nos habíamos conocido de antes y ella sabía que yo tenía estilo y que mis clases eran las mejores, y me tenía fe con mis libros porque ya conocía mi manera de pensar y mi creatividad, precisamente porque yo le hacía clases...

—...

—Merita, ¿sabes?, yo no ando con cuentos por la vida, yo soy sincero cuando quiero serlo y si te digo que lo del salero fue por lo que fue, es verdad: no tengo para qué mentirte porque si fuera por falsear mejor te habría dicho cualquier otra cosa más normal, que yo trabajaba harto o poco pero que sí trabajaba y además en algo que me gustaba, que ganaba plata suficiente como para disfrutar la vida y darme mis gustos y vivir tranquilo y todo eso, pero me enorgullecí al decirte que mi vida es un continuo riesgo con tal de concretar el proyecto por el cual tanto he trabajado -acá sí que es vacán utilizar la palabra “trabajo”-: mis día a día son un macabro pero entretenido juego de no saber de dónde van a salir las monedas para beber y comer y pagar el arriendo de la casa si es que no me resulta lo que tenía más o menos planeado, porque mi máxima y absoluta prioridad es mejorar mis escritos y lograr después que sean conocidos y vendibles al máximo precio... en verdad es complejo esto, no es para cualquiera... los artistas verdaderos, los artistas del Alma, tenemos que estar un poco chiflados... “debe existir un poco de caos para engendrar estrellas danzarinas...”, dice Nietzsche.

—Pero es que ya estoy aburrida de que por ser tan de piel, risueña y amigable, los tipos de inmediato piensan que una es fácil...

—Claro, demás. Por eso te digo que ESTO soy yo, todo esto que te he dicho y mostrado, esto soy yo, y te digo que tengo las cosas claras respecto a que no puede haber nada contigo porque a ti no te gustan los hombres, y por eso te digo que no tengo más intención que ser tu amigo, que seas mi amiga... sé que andar buscando amigos es medio raro, pero al Principito le resultó con el aviador y con el zorro...

—¡Pero escribirme toda una novelita!... o sea, darte todo el tiempo para hacerme un regalo así; ¡Y pretender que yo crea que a ti no te interesa que pase algo conmigo!

—Es que sabes, Meri, yo no escribo en mis ratos libres o por hobby, eso lo hacía antes, mas comprendí que escribir, pero escribir en serio, es un asunto de tiempo completo... por eso dejé la vida de la gente que trabaja porque escribir de ocho a doce de la noche después del trabajo muerto de sueño, no te sirve para nada. Así nunca vas a poder escribir la obra maestra que imaginas... cinco años sin parar dándole con fuerza al teclado... cada día y cada noche... mi vida es escribir y escribir y escribir y revisar y corregir y tachar y volver a escribir y a corregir y a tachar... entonces ya dejas de escribir por gusto, ya no escribes solamente porque te gusta sino que escribes porque escribir pasa a ser parte de tu existencia, es el camino que te llevará hacia la gloria y el éxito y te alejará del asesinato o del suicidio y de hecho, después de tanto escribir, ya no necesitas hacer borradores al lápiz y después pasar en limpio tus textos en el compu... ¡PORQUE TODO FLUYE AL PRIMER INTENTO!... ¡Y esa weá es tan vacán, Merita! Y cuando llegas a cierto nivel de práctica, los textos comienzan a escribirse solos en tu cabeza, en serio, se van armando solos y después lo único que tienes que hacer es dejar que tus dedos vomiten las palabras en el teclado... yo no entendía cuando algunos escritores decían que ellos no escribían sus libros, sino que se los dictaba “un enanito” en su cabeza; yo antes no entendía, pero ahora sí lo entiendo -le dije-.

Merita guardó silencio mirándome con ojos que dejaban traslucir el brillo de Alma. Callé unos instantes esperando que me dijera algo, pero no dijo nada dura largos minutos, así que continué:

—Meri, esto que lees no lo escribo solamente para ti, sino también para mí: yo sé que has leído muchas cosas, de terror, de amor, weás sexuales, de drama etcétera, y yo no te conozco pero estoy completa y absolutamente seguro de que es primera vez en tu vida que lees algo como esto, escrito de esta manera tan cercana que es como si alguien te estuviera hablando directamente... y sé que no me equivoco y por eso leíste más arriba que mi nivel de escritura está al 100 y tengo claro lo que he logrado y para dónde va mi camino, y que lo único que me falta es hacerme conocido: porque ese es mi destino, el destino que yo elegí y si no lo logro va a ser porque me morí, y por eso te digo que me voy a tragar al Universo entero, y por eso te digo que no busco migajas, y por eso te digo que es sincero mi deseo de que seamos amig@s y que la tengo clara y que no me hago ilusiones... pero si tú no me crees, Merita, bueno... ahí quien se estará pasando películas, serás tú...

—...

—Merita, más o menos este soy yo, todo esto, y este escrito es una muestra de mi interés por llegar a conocerte y aprender de ti, contigo, y las mariguanas que te regalé ayer para ti y para tu mina son una muestra de mi sinceridad... igual entendería que yo no te interese y eso es natural si a las finales uno no le puede caer bien a todo el mundo, pero ya sabes que mis ganas de una amistad real y sincera y sin dobles intenciones, son verídicas. Y sería genial poder conocerte porque a las finales prácticamente el único que ha hablado he sido yo, y obviamente también me gustaría escuchar tus historias... ¡Cuánto daría por compartir “ese puchito” al que me invitaste, aunque fuera un ratito chiquito, y así poder escuchar absolutamente todas tus cosas que quieras contarme...

—¡Pero eso mismo hace que no te crea! Tú dices “ayyy, un ratito por favorcito”, pero supuestamente a ti no te gustan las migajas...

—Merita, a lo que aspiro al menos para empezar, es a ese ratito del puchito... a eso aspiro, y yo aspiro a puras cosas ultra geniales... así que ese ratito del puchito es para mí algo ultrahiper genial, na' que ver con las migajas...

—...

— Meri, como te dije, si a pesar de todo lo que te he dicho crees que si me dices “ya, bueno, seamos amig@s”, yo voy a ponerme presionante o insistente o cargante, estás equivocada... y con estas páginas creo que me he explicado bien... Ya, Merita. Yo no hablo más: de ahora en adelante guardaré completo silencio y pondré absoluta atención a todo lo que quieras articular con tu risueña voz llena de piñas y pecas: ahora, te toca hablar a ti.

—...

— ...

—... ¡Ufff! ¡Es que son tantas cosas...! -dijo finalmente Meri-.

— ...

—... Ya, mira -me dijo Merita sonriendo con ternura-: te diré lo que vamos a hacer: yo salgo más rato a las seis. Tú me vienes a buscar y nos vamos a relajar...

En el momento en el cual Merita había empezado a decir lo que quería que hicieran, el cielo se iluminó de colores brillantes y sonidos alegres fueron llenando todo el aire, la Luna comenzó a bailar con el Sol y las estrellas reían alegres y sus risas tenían colores dorados, muchos colores, muchas risas, mucha música, y una increíble tranquilidad se apoderó del Alma de Merita cuando fue abriendo poco a poco sus ojos... y cuando Merita despertó para irse a trabajar al Starken, ya nunca más se acordó de este sueño que había soñado.

+1

El Amigo

(Versión definitiva: julio de 2025)

Parece que llevaba más de una semana tomando.

No sabía si lo poco que recordaba lo había vivido, soñado o imaginado.

La luz del Sol me cegaba, mi cabeza quería explotar y la peor resaca de mi vida me enfermaba terriblemente pues no sólo alcohol tenía en el cuerpo sino también cigarros y cocaína, y marihuana de esa transgénica, y pasta base.

Además, había combinado todo eso con fármacos para dormir y pastillas para estar despierto, y como casi todas esas drogas te quitan el hambre, estoy seguro que hace varios días no comía nada.

Tirado junto a mi cama, todo daba vueltas; mi camiseta estaba pegajosa y hedía a vino y sudor.

Apoyando una mano en el piso, intenté ponerme de pie, arrodillándome primero. Lo hice. Deseaba enfocar la mirada pero veía todo doble o triple, y la luz del Sol me cegaba...

Comencé a pararme y sentí que el piso se acercaba vertiginoso. No alcancé a protegerme con los brazos y un ruido seco se mezcló con un lejano dolor en mi rostro...

Quizá había pasado una hora o un día entero cuando volví a reaccionar: me afirmé en el borde de la cama, irguiéndome tambaleante, trastabillé y me fui de espaldas. Mi nuca rebotó en suelo. Otra vez el ruido sordo, el dolor lejano...

Me giré poniéndome en posición fetal, y me acurruqué sobre mí mismo.

Cerré mis ojos.

Mi corazón latía despacio, muy, muy despacio... de pronto se aceleraba tanto que me palpitaba en las sienes, y luego lo sentía otra vez lento... esperaba resignado el momento en el cual se detendría para siempre. "Si me muero, a nadie le importará mucho y al poco tiempo ya nadie me recordará, y será como si yo jamás hubiese existido", pensé.

Una tibia lágrima de profunda tristeza corrió solitaria por mi mejilla derecha.

Yo... yo nunca quise llegar a ser alguien en la vida, aspirar a la felicidad y esas cosas, nunca lo imaginé siquiera, y eso me hacía sentir muy pero muy mal; sin embargo, era aún peor el saber que *verdaderamente* no era nadie y no tenía nada, ni apoyo ni talento, ni motivación, ni estudios, un reconocimiento laboral o académico, algún diploma, un pequeño capital para emprender un modesto negocio o cualquier cosa que me diera estabilidad económica... ningún logro personal que me hiciera sentir orgulloso o tan sólo algo, por mínimo que fuera, que me regalase una pizca de esperanza para estarlo alguna vez.

Sin amigos verdaderos, sin pareja ni aspiraciones de ningún tipo y ni siquiera algún proyecto dejado a medio camino, pasaba yo mis días drogado y borracho. Con veintisiete años de edad mi existencia no valía un puto peso... y sentí una tremenda angustia cuando el suicidio llamó a mi puerta.

Tirado en el piso con los ojos aún cerrados, saqué del bolsillo de mi pantalón el encendedor y un cigarro, y lo encendí a tientas. A la segunda fumada vomité. Y mientras vomitaba, me veía llorando amargamente. Intenté ponerme de rodillas y apenas gateando, me aparté del vómito que chorreaba por mi boca y mentón y polera... y me tendí de espalda.

Las vigas del techo giraban en mis ojos cuando perdí la conciencia otra vez.

Era de noche cuando desperté. Abrí los ojos poco a poco y ya no sentía ganas de matarme, aunque la enfermedad de la resaca seguía allí. A pesar de que continuaba mareado, al menos ahora podía enfocar la mirada. “Debo comer algo”, me dije. Tiritando, intenté levantarme pero mis piernas se doblaron y me fui a tierra nuevamente. Me quedé inmóvil un par de minutos.

Tirado en el piso, vi una botella con agua debajo de la cama; debía llevar allí mil años. Estiré mi brazo, la alcancé, la destapé y me la bebí de un trago. Cerré mis ojos.

Entre confusos destellos de colores, imágenes y sensaciones, borrosas fotos con movimiento en las cuales me veía peleando borracho, comenzaba a dormirme otra vez. Mas de pronto, y sin motivo alguno, vivencias de mi época estudiantil aparecieron en mi mente. “¿Qué será de mis compañeros de colegio?”, pensé.

Sabía de algunas que tenían varios hijos y de otros que eran responsables padres. Recordé a Amapola, una chica que entró a la Universidad del Estado y que, gracias a su esfuerzo y excelentes notas, ganó una beca y hace años vivía en Australia. Imaginé entonces lo genial que habría de ser la vida universitaria, tanta gente por conocer, tantas experiencias... me figuré a las chicas hermosas y a los tipos ganadores a quienes les aguardaban porvenires llenos de felicidad y éxito y logros y satisfacciones...

Yo no vi más que frustración y soledad en mi futuro. Pensando en ello me dormí otra vez, mientras tibias lágrimas me acariciaban tristemente las mejillas.

Al día siguiente, la resaca y el dolor de cabeza habían desaparecido, pero un hambre terrible me invadía y tenía el pómulo izquierdo súper hinchado.

Tembloroso, mareado e increíblemente débil, logré llegar a la cocina, puse la boca bajo el chorro del agua en el lavaplatos y me bebí como cinco litros de agua. Abrí luego el refrigerador, saqué una olla y me senté en el piso apoyando mi espalda en la muralla, y destapé la olla: eran tallarines blancos y fríos sin salsa ni sal ni nada. Agarrándolos con la mano, los comí. Con muy poco quedé satisfecho.

Sentí que las fuerzas me volvían un poco y el mareo se alejaba, y dejé la olla en el piso junto a mí. Ya había dejado de tiritar.

Crucé los brazos sobre mis rodillas flectadas, cerré mis ojos y dormité durante largos minutos, una hora quizá; mientras dormitaba, sin quererlo, mi mente viajó otra vez a los tan lejanos momentos de mi periodo escolar...

Estaba, me sentía más repuesto, y con una especie de extraño optimismo. Bostecé, me desperecé y me paré y aún tambaleante, caminé hacia el baño. Hacía dos semanas que no me duchaba ni me lavaba la cara ni me cambiaba de ropa.

Eso de bostezar y de desperezarme y de caminar tambaleante hacia el baño para ducharme después de dos semanas, sucedió el mediodía de un martes. En la tarde de ese día hablé con un vecino, y con él me conseguí el periódico de aquel día martes.

Revisé las ofertas laborales: encargado de limpieza, recadero, bodeguero, ayudante de mesero, armador de cajas, guardia... “Se necesitan repartidores de correspondencia para Correos del Estado. Horario flexible, uniforme, propina diaria y sueldo mensual”.

Anoté la dirección que indicaba aquel anuncio.

Fui al día siguiente al Correo, hablé con el encargado y ya el jueves vestía el uniforme oficial: chaqueta azul, bolso azul, una gorra del mismo color y pedaleaba sobre una bicicleta roja que me pasaron allá. Estaría a prueba un par de meses y cumpliría la función de “supernumerario”, es decir, reemplazaría a los carteros que salieran con vacaciones, que presentasen licencias médicas -casi siempre falsas-, o que pidieran el día libre: llaman y dicen que se enfermó su esposa o que les salió un trámite urgente en el colegio o universidad de su hijo, ese tipo de cuentos. O simplemente, no llegan a trabajar (los fines de mes, las Fiestas Patrias y las Navidades y Añosnuevo nunca falta nadie pues los carteros recibimos propinas por cada carta entregada, y en esas fechas tod@s quienes esperan las cartas andan pagad@s y son generosos ya que están enfiestad@s, y casi siempre también se están emborrachando... Pero hoy es recién cinco de marzo, así que faltaron varios colegas).

Mi horario era de lunes a sábado desde las nueve de la mañana y terminaba al acabar de repartir las cartas, que podía ser al mediodía o a las nueve de la noche, dependiendo la cantidad de cartas que me tocara.

Al llegar al trabajo te recibían enormes mesones que contenían infinidad de paquetes llenos de cuentas, boletas y facturas, órdenes de desalojo y de embargo, y multas por infracciones de tránsito o delitos menores, y obvio, también cartas, pero pocas.

Cuando no faltaba nadie, el jefe, don Jefferson Boss, me llamaba a su oficina para decirme, por ejemplo, que acompañe a Pérez que anda medio mal de un hombro y le cuesta cargar el bolso, o que salga con Cesar pues llegó con lumbago, etcétera.

Cada uno de los carteros tenía asignado un cubículo en el cual organizar el día, tomaba sus paquetes con las cuentas y multas y pocas cartas etcétera, los dejaba allí, iba a la cocina a tomar desayuno y luego regresaba para ordenar la correspondencia mientras escuchaba música y *tiraba la talla* con el resto de los colegas. Si a las diez de la mañana, un cuadrante -el sector asignado a cada cartero- seguía desocupado, el jefe me mandaba a dicho lugar: “oye, Lagas, Fresia no ha llegado así que anda a ordenar sus paquetes, allá en su cubículo están, es el número tres. Estarás allí hoy viernes y mañana”. Pero lo malo de ser supernumerario era que siempre andaba uno rebotando de acá para allá y cuando al fin te habías aprendido la ruta de reparto, te mandaban a otro sector, y vuelta a empezar.

La oficina de Correos de la comuna de Santiago, en la Región Metropolitana de Chile, se ubica en la esquina de Alameda con Matucana, casi en medio de la capital, y el cuadrante de la señora Fresia comprende doce cuadras formadas por siete calles, con sus direcciones perfectamente numeradas y a la vista. ¡Ah!, no te había contado. Es fundamental para los carteros que las direcciones estén ordenadas y los números visibles pues de lo contrario, es una verdadera mierda: “Andrés está con licencia, ayer lo mordió un perro así que tú vas a repartir su sector”, me dijo don Jefferson una mañana. Yo nunca había estado en el sector de Andrés y estar donde nunca has estado es, a veces, lo peor que te puede ocurrir: llegas al lugar y lo primero que sucede es que descubres que el mapa que te dio el jefe no indicaba que las calles están sobre cerritos, lindos y entretenidos cerritos en bajada sobre la bicicleta, cierras tus ojos y te dejas llevar por la pendiente y sientes el vértigo en tu estómago y sonríes y todo eso, pero los cerritos se convierten en una patada en los huevos cuando te toca subirlos con la bicicleta llena de doce kilos de cartas; el estúpido mapa tampoco te dijo que las direcciones casi no se ven pues los números están tapados por las grandes rejas que sus dueños han levantado para protegerse de los delincuentes. ¡Además, el maldito y puto mapa nunca te contó que esas invisibles direcciones no están ordenadas bajo ningún patrón lógico!: un 1453 luego de un 999 o un 13 seguido de un 374 etcétera. Y si por ventura siguen una serie ordenada, sólo es a ratos: una cuadra empieza en el 1228 y termina cinco casas después, en el 1238, ok, vamos bien, números pares de dos en dos, pero la cuadra siguiente continúa con el 1453 y la casa de junto tiene el 999...

La situación es desesperante, estás allí en el borde de la calle junto a la bicicleta sobre la loma de un cerrito y el Sol te quema con una ola de calor no vista en medio siglo, treinta y ocho, cuarenta, cuarenta y cuatro grados y ningún árbol cerca ni nada que te dé sombra y tus tres botellas para el agua otra vez están secas.

Sientes arder tu cara bañada por el sudor mezclado con el picante y mal oliente bloqueador, “este año seguiremos con el mismo bloqueador del año pasado, no hay presupuesto para cambiar de marca”, informó don Jefferson en mitad del invierno cuando nadie pensaba en el verano; esa asquerosa crema con olor a mierda pegajosa y aceitosa chorreando por tu rostro y juntándose en tu barbilla, las gruesas gotas cayendo hacia un pavimento al rojo vivo que derrite las suelas de tus zapatillas y te quema los pies absolutamente transpirados...

Y miras unos segundos a tu derecha y luego a tu izquierda y no sabes por dónde empezar a repartir las weás de cartas. Bajas la loma siguiendo tu instinto pero te equivocas y debes volver a subir la loma y descienes hacia el otro lado. Comienzas a pedalear y te sientes optimista y contento porque ya llevas treinta cartas entregadas en treinta casas cuyos números están ordenados y visibles... te llenas de esperanza y al doblar la esquina todo es caos pues los putos números están todos revueltos...

¡Espera! Mira, cáchate ésta: tú, la bicicleta, el bolso con los doce kilos de cartas y otra cima de un cerrito parecido al anterior pero ahora no es verano sino invierno, y te ves bajo un frente de mal tiempo que se extiende ya por siete días, “el peor de la década”, dicen en la tele. No ha dejado de llover ni tan siquiera media hora y tus pies flotan dentro de los botines: luego de pedalear por interminables calles inundadas junto a veloces autos que al pasar por los charcos te lanzaban enormes olas, tus zapatos no aguantaron más y se llenaron totalmente de agua y ahora suenan puij puij a cada pedaleo y estilan como todo el resto de tu ropa, el gorro de lana, la bufanda, la chaqueta, los guantes de lana, el polerón, la polera o camiseta y los pantalones y los calzoncillos, “no hay presupuesto para comprar impermeables este año”, comunicó don Jefferson en mitad del verano cuando a nadie le importaba el invierno... Y te ves ahí, cagado de agua y de frío en aquel día gris parado en la lomita de aquel cerrito junto a la helada y chorreante bicicleta, tiritando y pensando sólo en resfríos, gripes, pulmonías y neumonías y miras a través de la lluvia hacia un lado y al otro y apenas ves las luces de decenas, centenas, millares de casas que se extienden sin fin, entonces pasa un gélido viento y piensas que todos los culiaos están secos y calentitos dentro de sus hogares, descansando o durmiendo, comiendo o haciendo el amor en sus camitas, todos los hijos de puta sequitos y calentitos tomando su cafecito mientras el agua te chorrea por dentro y por fuera y tus pies y tus manos están congelados y el frío cala tus huesos y vuelves a mirar las interminables casas y no tienes idea de por dónde seguirás repartiendo las cartas ya que las calles tampoco tienen sus nombres a la vista, porque los delincuentes los borraron para que la policía se pierda al ir a buscarlos...

Y entonces te dan ganas de abandonarte bajo la lluvia torrencial y mandar todo al demonio y dormir una siestita sobre la vereda, y ya casi estás acomodándote cuando pasa otro viento heladísimo que te recuerda los doce kilos de cartas... te invade una locura asesina al tener conciencia de que **toda tu confianza se basó en esa mierda de mapa que te pasó el jefe**, “este es el mapa del sector de Andrés, guíese por él”, te dijo sonriente don Jefferson Boss en la mañana.

Boss y la enorme y sangrante y peluda concha de tu madre...

Doce kilos de boletas de teléfono y cobranzas y avisos de embargo y multas y catálogos comerciales y ninguna carta de amistad o de amor... doce kilos, casi doscientas noventa cartas, casi doscientas noventa casas y son ya las cuatro y media de la tarde y no has entregado nada y calculas que terminarás el reparto como a las diez de la noche... gritarás de rabia y desesperación pero el ruido de la lluvia no permitirá que tus gritos los escuche nadie excepto tú.

Yo grité aquella vez.

Por suerte, las calles del sector de Fresia son planas: nada de cerritos ni de lomititas ni subidas ni bajadas y ya sabes, con los nombres de las calles muy bien indicados y los números de cada casa a la vista y toditos correlativos.)

Aquel viernes, cuando Boss me envió al sector de la señora Fresia, no tuve ningún problema para repartir la correspondencia y terminé a las cinco de la tarde, con poco más de diez mil pesos de propinas en mi bolsillo. El sábado me resultó aún más fácil: terminé el reparto a las tres y media de la tarde y rescaté \$15.680 pesos.

Cuando llegué al Correo el lunes, luego de mi desayuno, Boss me mandó a ordenar nuevamente las cartas del cubículo tres: desde ese lunes y hasta el viernes, cubrí el sector de la señora Fresia.

El sábado en la mañana, don Jefferson me llamó a su oficina.

Fui.

Sentado tras su enorme escritorio, Boss revisaba unos documentos que tenía sobre el escritorio. Vi a la pasada que en uno de los papeles figuraba mi nombre.

— “Siéntese, por favor” -me dijo despectivamente y sin levantar siquiera su mirada, indicándome con el mentón una tosca silla-.

Yo siempre supe que más temprano que tarde me despedirían, aunque me impresionó que se hubiesen demorado tanto. Me senté en la tosca silla en la cual, despectivamente, Boss señaló que me sentara.

La verdad es que yo nunca había logrado completar tan siquiera un mes en ningún trabajo, ya que mi actitud denota absoluto desinterés en las tareas que me asignan. Tampoco me hace sentido que prácticamente debo estar agradecido por tener un empleo y gracias a eso, andar sonriéndole al jefe todo el día. Encuentro ridículo ver al resto de los empleados como a mi propia familia y al lugar de trabajo, como a mi casa. Jamás doy ni la mitad de mi esfuerzo y cuando puedo, eludo las labores. Entonces siempre alguien me delata y yo *cubro* con el más lameculo del jefe sin importarme si el tipo ése me acusó o no, y me pongo a pelear con él y si el jefe se mete, a él también le pego.

Cuando no era ése el caso y nadie andaba con chismes, yo me relajaba y comenzaba a llegar tarde o borracho o ambas a la vez o me iba antes de terminar mi jornada o faltaba varios días seguidos.

Y si a pesar de todo aún me aguantaban, empezaba a robarme cosas del lugar. Nunca me pillaron pero sospechaban, y al final me echaban.

¡Ahora todo me es tan obvio! ¡Era yo quien siempre buscaba el despido!

Mientras veía al jefe revisando los papeles sobre el escritorio, yo pensaba qué había hecho mal esta vez pero no encontraba nada que justificara mi despido: bueno, al principio confundí una que otra dirección o me equivoqué al llenar algún formulario, pero eso es totalmente comprensible pues estaba recién aprendiendo.

¿Me había tomado mis cervecitas? Sí, claro, pero siempre después del trabajo. ¿Llegué alguna vez tarde? Sí, pero sólo una o dos veces, y con no más de diez minutos de retraso. ¿Me había robado algo? No, nada, aunque a mí sí me sacaron varias veces unas propinas que dejaba en el cubículo al cual me mandaban pero así y todo, yo no me había peleado con nadie y ni siquiera reclamé por los hurtos que estábamos sufriendo (yo no reclamé, pero el resto de mis colegas sí protestaron puesto que a todos nos andaban robando las propinas que dejábamos en el cubículo al regresar del reparto, para ordenar y contar ese dinero antes de irnos a la casa).

¿Yo había flojeado? No, ni tan siquiera un segundo: era tan poco el rato que estaba en la sala de correos antes de irme a repartir la correspondencia, que no tenía tiempo de sacar la vuelta porque ya no tomaba desayuno en el correo sino que llegaba directo a ordenar las cartas lo más eficientemente posible, las ordenaba tirando la talla con los colegas y era el primero en salir a reparto, y por eso no tenía tiempo de flojear ni de “sacar la vuelta”.

Don Jefferson seguía revisando los documentos, firmaba uno, timbraba otro...

En los casi siete meses que yo llevaba en ese trabajo nunca falté ni un puto día, y es más: en varias oportunidades entregué la última carta a las nueve o diez de la noche siendo que ninguno de mis compañeros trabajaba después de las seis de la tarde. En los días lluviosos, mis colegas me miraban con curiosidad al verme salir a reparto pues ellos esperaban hasta el mediodía que la lluvia parase. Si la lluvia no amainaba, decían que se les mojaría la correspondencia y que no querían resfriarse y tener que faltar por enfermedad, así que dejaban todas sus cartas ordenadas para el día siguiente y marchábanse presurosos a sus cálidos hogares, a las doce del día...

De todas maneras, los argumentos que daban mis compañeros eran reales: los bolsos de las cartas estaban defectuosos y tampoco habían impermeables; sin embargo, yo aprendí a arreglármelas cubriendo la correspondencia con una gran bolsa de plástico transparente. Además, compré de tercera o cuarta mano un enorme y tosco impermeable tamaño XXL y también unas botas de goma terriblemente heladas, pero que mantenían mis pies secos.

Aquellos fríos y lluviosos días, yo era el único cartero de la comuna de Estación Central que salía a cumplir con mi deber, **EL ÚNICO DE TODA LA COMUNA DE ESTACIÓN CENTRAL: 221.901 HABITANTES.**

“¿O sea, tan recagao estoy que ni siquiera sé qué hice mal?”, pensé atemorizado pues hace tiempo sentía que ese trabajo era algo así como mi última oportunidad. ¿Última oportunidad de qué?, no lo sabía, pero eso sentía. Entonces me dio un poco de pena que me despidieran, y por primera vez, deseé que no lo hiciesen.

Boss juntó los papeles, los dejó a un lado, suspiró y me miró silencioso y serio. Cuando noté que comenzaría a hablar, vi claramente lo que había sucedido: como yo fui el único cartero que no reclamó por los robos de las propinas, me sindicaron a mí como el ladrón. Desde luego, no tenían ninguna evidencia pues yo era inocente, pero yo tampoco las tenía para demostrar que en verdad lo era.

Una absoluta mierda todo aquello.

— Bueno, Lagas, usted sabe que estaría a prueba durante un tiempo y que luego evaluaríamos si continuaba o no trabajando... y usted, usted comprenderá que yo debo tomar decisio

— Jefe, ahórresela y vaya al grano, porfa -le interrumpí apenado. Quise pararme e irme pero era tanta mi desazón que no tuve fuerzas para levantarme de la tosca silla en la cual Boss me indicó despectivamente que me sentara-.

— Heeemmm, no le comprendo mucho... -me dijo Boss-.

— Señor Boss, por favor, continúe -le dije tremendamente abatido-.

— Lagas, le decía que usted estaría a prueba... y... y comprenderá que esto es algo difícil pues usted no es el único supernumerario... y no es la idea ser injusto con nadie... pero a veces...

El jefe me miró en silencio nuevamente, y yo lo único que sentía era hastío y ganas de largarme de ese lugar de una vez por todas.

— Ok, entiendo -dije mientras me levantaba al fin de la tosca silla-.

Yo ya tenía vista una cantina cercana, y era allí donde me iría a emborrachar apenas saliera de esa inútil reunión con el jefe y así evadirme de toda mi maldita existencia.

¡Tanto esfuerzo para que me trataran de ladrón!
Y yo... yo lo único que deseé... fue hacer las cosas bien...

Mi garganta se apretó con un tremendo nudo que ni siquiera me dejó tragar saliva.

Por primera vez en mi vida había imaginado un porvenir que quizá me sonriera, y aunque no tenía la más puta idea de lo que el destino me deparase, cualquier cosa sería mejor que la oscura niebla de la cual con tanto esmero traté de huir, y ahora chocaba de frente contra la realidad: “en el momento en que más lo necesites, **NADIE** TE DARÁ UNA MANO”, pensé tristemente.

Don Jefferson Boss apartó su mirada de mis ojos cuando mis ojos se humedecieron de rabia, pena e impotencia.

Minutos después, en la cantina aquella en la cual yo tenía cifradas mis esperanzas, un montón de borrachos compartían su soledad y tristeza, o sus frustraciones y alcoholismos o alegrías e indiferencias en verdad yo no lo sé pues yo no estaba allí, sino que yo estaba en la oficina del jefe mirándome firmar el primer contrato indefinido que yo había tenido en toda mi vida: el sector de la señora Fresia, ahora me pertenecía.

Lo que sucedió, fue lo siguiente:

— Lagas, le decía que usted estaría a prueba... y... y comprenderá que esto es algo difícil pues usted no es el único supernumerario... y no es la idea ser injusto con nadie... pero a veces...

— Ok, entiendo -dije mientras me levantaba al fin de la tosca silla-.

— Pero... ¿por qué se para? -preguntó don Jefferson extrañado. Permanecí de pie y con los ojos llorosos, afirmándome en el respaldo de la silla-.

— ...

— Lagas, el asunto es que Fresia renunció.

— ¡¿La señora Fresia renunció?! -le pregunté asombrado-.

— Una tía en tercer o cuarto grado le dejó una tremenda herencia a Fresia -continuó Boss-. La señora no tenía hijos ni marido ni pariente alguno excepto a Fresia, quien es hija de un primo-abuelo suyo y de quién la difunta jamás oyó hablar, ni Fresia tampoco sabía de esa tía. Los del Servicio de Hacienda se comunicaron con Fresia y le informaron que, según la ley, ella era la heredera.

Desde que entré a Correos, la señora Fresia siempre estuvo con licencias y era reemplazada por mí o por otro supernumerario. Yo nunca la vi. La señora Fresia tenía un cargo en el sindicato de Correrros y gracias a eso no la podían despedir, aunque faltase al trabajo muchos días.

— Así que le dejaron una herencia... -le dije al jefe pensativo-.

— La suertecita de alguna gente -dijo el señor Boss, mirándome directo a los ojos y con una hermosa sonrisa llena de bondad, de esperanza y de **amistad**-.

Y fue entonces cuando la vida me hizo comprender que el buenazo de mi jefe, también se refería a mí.

El sector que repartía la señora Fres, perdón, **MI** sector, abarcaba por completo el Barrio Yungay, distante veinticinco cuadras de la Plaza de Armas de la ciudad. Si vas caminando desde mi sector, llegarás allá en unos treinta minutos.

El Barrio Yungay es muy importante en la historia de Santiago, y de hecho, es Patrimonio de la Nación pues fue uno de los primeros suburbios de la capital.

Aún quedan en pie muchos testigos de la llamada “Cuestión Social”, aquella tremenda crisis de comienzos del siglo veinte que dejó a miles de personas en la más profunda indigencia: millares viajaron al norte para trabajar y vivir en los campamentos mineros del salitre, hombres, mujeres, niños y niñas escapando de la pobreza que les azotaba allá lejos, en el sur del país, pero a los pocos días se encontraron trabajando en pésimas condiciones y carentes de las más elementales medidas de seguridad, viviendo hacinados en precarias casas de calamina sin un mínimo aislamiento, un verdadero horno bajo el extenuante Sol de la pampa nortina en el día, y por la noche un frigorífico a causa de las temperaturas bajo cero del desierto de Atacama. Además, durante mucho tiempo, a los esforzados trabajadores no les pagaron con dinero sino con fichas sin valor de cambio fuera de aquellos campamentos, por lo cual debían comprar sus alimentos a precios exorbitantes en los únicos almacenes que allí existían: las tristemente famosas “pulperías”, cuyos dueños eran los mismos dueños de las explotaciones salitreras.

Luego de terribles masacres sufridas por los obreros del salitre, se acordó pagar a los trabajadores con dinero de verdad pero no alcanzaron a disfrutar de una mejor calidad de vida pues el auge del salitre terminó en 1930: los alemanes que inventaron el salitre sintético y la crisis económica del año anterior, fueron los responsables. Las oficinas salitreras cerraron y los trabajadores supervivientes y sus familias quedaron de brazos cruzados y con los estómagos vacíos.

Sin más expectativas que hambre, miseria y piojos, se devolvieron al sur; muchos se quedaron en la mitad del camino, sin embargo, en Santiago: llegaron por millares a la capital pero acá tampoco había esperanza para ellos, ninguna, y los esfuerzos de la iglesia y de las mutuales de obreros por ayudarles, fueron insuficientes.

Sin nada para comer ni un lugar en el cual dormir, aquella gran masa humana podría volverse revoltosa así que las autoridades decidieron entregarles un certificado que “certificaba” su necesitada condición, cosa absurda pues bastaba sólo con ver sus miserables aspectos: niños descalzos y sucios, inmundo también el pantalón afirmado con una tira en diagonal pasando sobre alguno de sus hombros, cruzando el raquíto y desnudo torso; remendados y mugrientos los vestidos de las niñas, descalzas siempre y horriblemente desnutridas... una vieja camisa, un gastado pantalón y zapatos rotos eran la vestimenta de los barbudos y desgredados, sucios y mal olientes hombres, acompañados fielmente por sus mujeres con ropas y aspecto en las mismas o peores condiciones, llevando de la mano o cargando en sus brazos a los famélicos retoños...

Con los timbres y firmas sobre el documento, aquella miserable gente se proveyó de sustento gracias a la venia oficial, mendigando legalmente sin temor a ser molestados por la policía ni recriminados o insultados por nadie.

En las calles de Chile limosnearon comida y dinero; pedían en casas, almacenes, empresas grandes y medianas y pequeñas, en talleres, en zapaterías, mendigando para una institución que fue conocida como “La Olla del Pobre”: “patroncito, una ayudita por el amor de Dios, somos cesantes del salitre, *tenimos* mujer y *tenimos* hijos, hijos chicos... ustedes son chilenos como nosotros y nosotros estamos en la mala, *ayúdenlos* por favor, sean buenos chilenos ”, rogaban, y la gente y los dependientes les daban unos pocos centavos, pesos a veces y tal o cual paquete de ajos blandos, de apios rancios o de cebollas brotadas y váyanse luego por favor que me espantan a la clientela...

Aquella terrible experiencia volvió alcohólicos a muchos quienes terminaron por acostumbrarse a mendigar sólo para comprar vino u otros licores; sin embargo, la mayoría de ellos se sobrepuso y luego de preguntar por aquí y por allá, ayudando hoy en este lugar y mañana en este otro, lograron encontrar algún trabajo, precario pero trabajo al fin, y tuvieron un salario seguro.

Y después de mucho esfuerzo, dejaron las calles y se fueron a vivir a los tristemente famosos “conventillos”.

Los conventillos eran vecindades casi siempre con el piso de tierra, a los cuales entrabas luego de atravesar una pequeña puerta en el medio de un portón. Avanzando por un corto pasillo divisabas un gran patio lleno de habitaciones ubicadas en sus orillas. En medio de ellas, dos pequeñas piezas eran utilizadas como cocina común una y como baño común la otra; a su lado, una llave o una pileta, a veces un lavadero. Sólo los cuartos destinados a habitaciones eran privados: el baño, la cocina, la llave o pileta y el lavadero si es que existía, eran comunitarios. Tampoco había electricidad y debían alumbrarse con velas. Obviamente, los incendios eran frecuentes.

Por el medio del conventillo corría una hedionda acequia llena de las inmundicias del baño y del agua de las llaves o piletas, y de los lavaderos.

En tales lugares se hacinó el bajo pueblo capitalino: familias con cinco o más integrantes, padre, madre, hijas e hijos y algún pariente o amigo, en habitaciones cuyos únicos muebles eran algunos cajones en donde se sentaban a comer y una cama para tres o cuatro; en ocasiones no había tal cama y sólo una colchoneta cumplía esa función, quizá sin frazada o con una muy delgada; aun a veces no había nada en lo cual tenderse a descansar y sus habitantes dormían en el piso, tapándose con hojas de periódicos. Claro, en verano es delicioso dormir así pues el verano en Santiago es muy caluroso, el verano y la primera mitad del otoño, pero la otra mitad del otoño y todo el invierno y parte de la primavera, son terribles...

Ahí les puedes ver, abrazándose tratando de no congelarse mientras se quedan dormid@s pero son despertad@s cada diez minutos por gélidas pesadillas; intentarán dormirse otra vez, escuchando entumidos la lluvia sobre el techo, tiritando y orinándose de frío...

Así y ahí, en aquella tremenda indignidad nacieron, vivieron, procrearon y murieron en el más absoluto anonimato incontables humanos: obreros, ladrones, asesinos, policías, basureros, mendigos, jugadores, empleados de última categoría, prostitutas, bebedores y muchos actores, dramaturgos, poetas, literatos y pintoras con infinito talento a quienes nadie aplaudió, nadie leyó ni nadie admiró...

Todo eso me lo contó don Floridor del Carmen Rosales Soto, un anciano a quien conocí mientras repartía las cartas en el ex sector de la señora Fresia. Vivía él en una de las piezas de esos conventillos -con alcantarillado ahora, y también con electricidad-.

Don Floridor se ganaba el sustento reparando serruchos, oficio que nunca imaginé pudiese existir. Era viudo y tuvo dos hijos que murieron de tuberculosis antes de aprender a caminar.

“Yo viví todas esas cosas... tanta maldad... hombres que solamente pedían trabajo para alimentar a su familia... y los mataban... a ellos y a sus familias los mataron... allá en el norte, sí pues... en el norte... y también en el sur... y aquí en Santiago hacían lo mismo... y también allá en Valparaíso hacían lo mismo... yo viví todo eso, sí pues...”, me decía don Floridor a sus noventa y cuatro años de existencia.

En el colegio jamás puse atención a los profesores. Yo aprobaba las aburridas asignaturas copiando en las pruebas y por eso no sabía tan siquiera una palabra de lo que don Floridor me fue relatando en las muchas tardes que conversé con él, sentados en el patio del conventillo mientras compartíamos unos mates.

Quizá aquella tan grande ignorancia mía radicó también en el silencio familiar respecto a todo lo relacionado con la historia de Chile, antigua o reciente. Lo único que llegué a saber de boca de algún pariente, fue algo que me dijo hace diez o quince años atrás una tía que me cuidó cuando yo era muy pequeño: “Lagas, en ese tiempo del ‘73, durante la dictadura, tu papá y tu mamá se unieron a la resistencia contra los militares, y se alistaron al MIR. Alguien los delató y los arrestaron. Los militares torturaron a tu mamá y a tu papá juntos para que dieran los nombres de otros Miristas, pero no dijeron nada, no delataron a nadie... a tu papá le sacaron la capucha y la venda y le afirmaron la cabeza para que viera cuando los militares violaron y mataron a tu mamá al frente de tu papá... él por milagro pudo sobrevivir...”.

Muchos años después, le pregunté a mi padre sobre aquello que me contó mi tía:

“Tu tía habla puras weás”, fue lo único que dijo.

Hasta donde llega mi memoria, veo a mi padre volviendo silencioso desde sus trabajos; luego se sentaba a la mesa comiendo y viendo la tv y después se tiraba en el sillón y se mantenía fijo frente al televisor hasta muy tarde. Los días que no trabajaba, se tendía en la cama a ver la televisión desde la mañana y no se apartaba de ella hasta la noche. No tenía amigos y no le gustaba visitar a nuestros parientes ni recibirlos en casa; nunca hablaba de nada y casi siempre sus únicas palabras eran “sí”, “no”, “allá está”, “hola”, “chao”.

Jamás entablamos una conversación sobre mi vida o la suya, o sobre cómo me había ido en el colegio o a él en el trabajo.

¡Me gustaba mucho hablar con don Floridor!

Él sabía de hartos temas y conocía muchos sucesos que me impresionaron demasiado, como la matanza de la Escuela Santa María en Iquique, la huelga portuaria de Valparaíso, la masacre del Seguro Obrero acá en Santiago y la matanza de Pampa Irigoín allá lejos, en el sur, en Puerto Montt... “Yo viví todo eso en el norte, en Valparaíso y en el sur, sí pues”, repetía siempre al cebar su mate.

Don Floridor me prestó también muchos libros, algunos de historia, muy antiguos, y fui adquiriendo el hábito de la lectura.

Como dije, no eran sólo libros de historia sino también de filosofía, novelas y poemas y así conocí a Émile Zola, a Vicente Huidobro, también a Hipatia de Alejandría y a Alberto Moravia, a Dostoievski, a Pablo de Rocka, a Pio Baroja y a Proudhon y a Malatesta-

También me habló de Karl Marx, y me dijo que pensar que toda la historia de la humanidad ha sido motivada por la lucha de clases, es una estupidez, porque la amistad y el amor trasciende las clases, por algo le gustaba mucho Prudhon y Malatesta y también Vicente Huidobro, pero Huidobro era de la clase dominante, y también Malatesta... “y como Marx dice que todo es lucha, la única manera de ser felices es luchando contra las clases dominantes para cambiar la estructura económica del capitalismo, y luego de eso, se transformará el individuo. Pero diciendo eso ponen la responsabilidad de la propia felicidad en el exterior de cada uno, y eso no es así, es al revés: si en tu mente y en tu espíritu estás tranquilo, con plata o sin plata estarás contento y en paz”, me decía.

— ¿Pero cómo un hombre con cuatro hijos va a estar tranquilo si no tiene trabajo?

— ¿Pero cómo llegaste a tener cuatro hijos sin tener dinero ahorrado o un trabajo seguro, o un almacén o un negocio para no tener que preocuparte si en algún momento, quedabas sin trabajo?

— Quizá no me educaron bien porque yo era pobre y a los pobres les dan una pobre educación... los ricos les dan una pobre educación a los pobres para que no se revelen contra las clases dominantes, eso dice Marx en el libro que usted me prestó...

— Mire, no depende de los ricos que usted sepa que traicionar a alguien que lo quiere, está mal. No depende de los ricos ni de que usted vaya a la iglesia y en la iglesia le digan que es malo traicionar a quien lo quiere a usted. Los ricos y los pobres sabemos que traicionar a quien nos quiere, está mal.

— ...

— Si alguien traiciona a quien le quiere, tiene un problema en su Alma y en su corazón, y también en su mente, y eso no depende del capitalismo, depende de cada uno. Yo viví todo eso en el norte, y en el sur y acá en Santiago y en Valparaíso, sí pues, pero yo no me volví alcohólico como muchos de mis compañeros, y todos éramos de la misma clase proletaria y habíamos sufrido por ser pobres, pero muchos no nos volvimos alcohólicos... y la estructura económica capitalista nos oprimía por igual, pero yo no me volví alcohólico, a pesar de todo... y no soy el único, cuando lea todos los libros que tengo y que le voy a prestar, se va a dar cuenta que esto que le digo es verdad, porque también han torturado a mucha gente y muchos no dijeron nada, pero otros traicionaron... y quienes traicionaron tenían los mismos ideales y la misma entrega pero por alguna extraña razón, algunos traicionaron y algunos no traicionaron.

—¿Y si tienen un hijo?

— ¿Un hijo? No entiendo su pregunta...

— O sea, digo que si por unirse a la lucha armada, el papá y la mamá dejan al hijo de un año de vida a otras personas para que lo cuiden, en vez de cuidarlo ellos... ¿Eso no es traicionar al hijo?

— No lo sé... eso lo sabe el papá y la mamá nomás...

Don Floridor también me prestó un libro de un filósofo alemán que me gustó mucho, y cuyo apellido no sé si está bien pronunciado, Nitche creo que se dice.

“Con las muchas cosas que don Floridor sabe, estoy seguro que podrá enseñarme sobre el MIR y la dictadura del ‘73. Más rato le voy a preguntar sobre todo eso”, me dije un martes mientras tomaba desayuno en mi cubículo, antes de salir a reparto en la bicicleta.

Aquella tarde de martes no lo encontré sentado y rodeado de serruchos, como siempre le veía al entrar al conventillo. La puerta de su habitación estaba cerrada con un candado.

Le pregunté a una vecina por don Floridor: “anoche se sentía muy mareado y fue al hospital”, me dijo la vecina. El hospital quedaba cerca así que pedaleé rápidamente.

Como quizá imaginaste, al llegar al hospital y preguntar por don Floridor del Carmen Rosales Soto, me dijeron que había muerto.

Y murió solo, solo y quizá también triste... triste como los tristes personajes de sus incontables relatos.

Gracias a todo lo que aprendí con don Floridor, al año siguiente rendí una excelente Prueba de Admisión a la Universidad del Estado, y me matriculé en la carrera de Pedagogía en Historia...

Se terminó de editar el domingo 20 del 7 del 2025
mientras 2PAC Shakur y Bruce Lee, me acompañan
en esta partecita de mi existencia.



Se permite la reproducción total o parcial sin fines comerciales de "5 + 1 () Relatos", y me da lo mismo si me citay o no total, el registro de Derechos de Autor y los diez mil millones de borradores de este puto libro, los tengo yo.

Leíste

232 *páginas*

828 *párrafos*

36.987 *palabras*

169.038 *grafemas (letras, números, paréntesis, guiones, símbolos y signos de puntuación)*

Manuel Rojas

5
+1

() Relatos

